LA NIÑA VERDE

Herbert Read

CAPÍTULO I

El asesinato del presidente Olivero, que ocurrió en el otoño de 1861, fue para el mundo en general uno de esos innumerables incidentes de índole violenta que caracterizan la política del continente sudamericano. Durante veinticuatro horas figuró con grandes letras en la primera plana de los diarios, pero salvo una insinuación, al día siguiente, de que el general Iturbide había formado un gobierno provisional con plena aprobación del partido militar, el suceso no tuvo más repercusión en el resto del mundo. El presidente Olivero, que había preparado su propio asesinato, dispuso sin ninguna prisa su viaje a Europa. Durante el trayecto se dejó crecer la barba.

Su desembarco en España apenas llamó la atención, porque el regreso de emigrantes tostados y barbudos después de toda una vida en las pampas era acontecimiento común en ese país. Pero no era en España donde había resuelto quedarse; aunque el español se le había hecho natural, hasta el punto de emplearlo con el pensamiento y la palabra, su verdadera nacionalidad era la inglesa y el deseo que dominaba en ese momento su conducta era regresar a su tierra natal y en particular a los paisajes de su infancia. Treinta años habían transcurrido desde su precipitada partida: treinta años durante los cuales esos paisajes se habían retirado a una distancia fantástica, brillantes, exquisitos, minúsculos como un panorama visto por un telescopio al revés.

Pero la nostalgia sentimental que consumía su ser era tan intensa, no menos considerable era su temor racional de desilusionarse; sólo tras muchas cavilaciones y pretextadas demoras se acercó a Inglaterra. En España, en Provenza, en Suiza, en París -dondequiera que detuviera su lento avance hacia el norte- hacía un alto para poner a prueba su sentido de la realidad. ¿Realidad? Quizá no sea esa la palabra exacta para describir dos estados mentales, uno de los cuales bebe el vivaz encanto de las cosas tangibles, de ciudades y gentes pintorescas, de colinas y cielos, de manjares y vino, de libros y periódicos comprados al azar, de músicas oídas casualmente, mientras el otro está concentrado en un paisaje distante y recluido en el largo, oscuro túnel del tiempo, aunque resplandeciente en su engaste de cristal. Olivero, que había ejercitado con tanto éxito el arte de olvidar, trataba ahora de revivir en sí mismo el arte de recordar. Descubrió que lo esencial era ante todo abandonar cualquier intento consciente de evocar el pasado. Hechos y lugares exigen en su individualidad un sitio en el tiempo. Después de treinta años, ¿cómo reconstruir un sentido del tiempo? Huir del sentido del tiempo, vivir en la eternidad de lo que él estaba acostumbrado a llamar la "esencia divina de las cosas" era su único deseo. Pero esa misma esencia lo impulsaba ahora a volver al sitio donde por primera vez se había liberado su personalidad, en circunstancias lo bastante extraordinarias para convertirlas en la perdurable realidad de su vida.

Ya en Inglaterra no dilató su partida hacia la aldea natal. Había salido de ella a pie para caminar casi siete kilómetros hasta el ferrocarril más cercano: ahora una nueva línea lo llevó hasta la aldea misma. Desde un empalme de la línea principal, el tren inició un recorrido sinuoso entre las colinas; se detuvo en cada estación y esperó a veces largo rato para cargar ganado o

[*] Título original en inglés: *The Green Child*. Traducción de Enrique Pezzoni. Digitalización KCL.

mercancías. Olivero -en Inglaterra su nombre había sido Oliver- conservaba aún su capa negra y el sombrero de alas anchas con que había salido de Sudamérica. Resultaba por lo tanto una figura curiosa entre los granjeros y sus mujeres que, sucesivamente, compartían el vagón con él. Permaneció silencioso y reservado en su rincón, mirando la campiña y observando los cambios que treinta años habían producido inevitablemente. Al declinar la tarde se encontró en terreno familiar: reconoció con un inesperado acceso de emoción la silueta de las colinas, las laderas boscosas, las torres de las iglesias y una o dos casas aisladas; pero las aldeas, con sus estaciones y sus correspondientes cobertizos, le parecieron extrañas. Lo olvidó comprobar que su estación se encontraba a cierta distancia de la aldea: no estaba preparado para sumergirse tan súbitamente en el corazón de su pasado. Dejó la maleta en la estación y esperó hasta que el último de los pasajeros que bajaron con él desapareció por la calle que llevaba al pueblo. Entonces echó a andar tras ellos lentamente, con la cabeza baja, como temiendo que el mirar hacia arriba o a su alrededor lo perturbara demasiado. Cuando llegó a las primeras casas era casi noche.

La aldea consistía en dos calles que se cruzaban en la plaza del mercado. A lo largo del camino que Olivero había tomado corría un arroyo: del lado había casas a las que se llegaba unas veces sólo por medio de un tablón ancho, otras a través de un puente de madera con barandas, y en algunos pocos casos por una alcantarilla de piedra. Al llegar a la plaza del mercado el arroyo torcía a la derecha, siempre acompañado el camino, que tomaba esa dirección. Allí lo separaba del camino una fila de sicomoros; la perspectiva, mirando calle abajo, con los viejos hospicios a un lado y los sicomoros, el arroyo y, tras él, las altas paredes del Municipio, era una de las más bonitas de Inglaterra. Pero aparte de observar que los árboles eran más grandes y su sombra más densa de lo que recordaba. Olivero no miró a derecha ni a izquierda y cruzó derecho la plaza del mercado hacia la hostería, donde tomó un cuarto y dispuso que le llevaran su maleta desde la estación.

Arreglados esos preliminares, volvió a la plaza y se sentó un instante en un banco próximo a la cruz del mercado. Empezaban a encenderse luces en las ventanas, pero salvo alguna figura que iba de una casa a otra, casi nadie se veía. Se quedó escuchando los ruidos familiares: voces en el dulce dialecto que en otro tiempo había hablado, el golpe de una aldaba levantada, el tintineo de un cubo de leche, las campanadas de los relojes en las casas; y por debajo de todos esos ruidos ocasionales, el persistente susurro de la corriente en su lecho de guijarros. Una baranda blanca frente a él bordeaba el arroyo; Olivero se puso de pie, se dirigió hacia la baranda e inclinándose sobre ella miró el agua rizada.

Entonces advirtió, o creyó advertir, un hecho extraordinario. El arroyo, tal como lo recordaba -y podía recordar la presión y la corriente contra sus piernas desnudas cuando lo vadeaba caminando sobre los pulidos cantos-, corría hacia la estación desde donde acababa de llegar. Pero ahora, indudablemente, corría en dirección opuesta, hacia la iglesia. El reflejo de la luna, que había surgido plácidamente sobre los sicomoros, hacía evidente ese cambio en la rizada superficie del arroyo, cuando aquí y allá alguna piedra que sobresalía encrespaba el agua contra la fuerza de la corriente. Durante casi una hora Olivero permaneció como clavado en la blanca baranda; toda la estructura de sus recuerdos estaba en juego. Evocó, detalle tras detalle, sus experiencias con relación al arroyo: las truchas detenidas, con la cabeza contra la corriente, que solía observar desde el puente de piedra vecino a la iglesia -una de sus diversiones favoritas era arrojar piedras a los peces desprevenidos, pero desde luego los peces huían siempre antes de que las piedras tocaran la superficie del agua-; el remanso, más allá del molino, donde solía bañarse -y aquí recordó distintamente las combadas ramas de los sauces, con sus largas barbas de fronda desteñida, y cómo (sí, fuera de dudas) esos mechones se inclinaban hacia la aldea cuando los atrapaba la corriente-; además, el molino estaba casi dos kilómetros aguas arriba de la iglesia y más allá el arroyo se abría camino -lo cual es una manera de hablar, porque en verdad se había abierto camino en la dirección opuesta- a través de prados y bosques hasta llegar a las ciénagas abiertas, donde tenía su fuente. En largos días de

excursión Olivero solía remontar el lecho de la corriente hasta su fuente, un estanque perfumado por bajas ramas de mirto y alegrado por manchones verdes y amarillos de sanícula. No había duda de que el arroyo brotaba en ese lugar, más allá de la iglesia, y cruzaba la aldea rumbo a la estación del ferrocarril. Y sin embargo, a menos que sus ojos lo engañaran tenía ante sí la innegable evidencia de que ahora corría en dirección opuesta, hacia la iglesia.

Su primer impulso fue buscar alguna explicación física para el fenómeno que había observado. Los meandros de un arroyo, por ejemplo, pueden ser muy engañosos. Obstáculos de toda clase desvían el curso natural del agua hacia un nivel inferior -desigualdades de la altura y consistencia del terreno, para no mencionar la deliberada intervención del hombre-, de modo que un arroyo que corre de norte a sur en determinado lugar, puede fácilmente correr de sur a norte en otro lugar no muy lejano. Pregúntese a cualquiera en qué dirección viaja cuando atraviesa el canal de Panamá desde el Atlántico hacia el Pacífico: si se digna responder dirá, en la mayoría de los casos, de este a oeste; si sospecha una trampa, quizá diga de norte a sur. Nunca sospechará la verdad, o sea que debido a las contorsiones del extraño istmo su verdadera dirección es de oeste a este. No puede esperarse, por lo tanto, que una corriente mantenga siempre la misma dirección en su marcha hacia el mar; en realidad puede recorrer todos los puntos de la brújula. Pero desde el lugar en que Olivero se encontraba, en la plaza del mercado, hasta el puente vecino a la iglesia -donde atisbaba, de niño, las truchas-, la corriente fluía en línea recta: no había curvas que la desviaran. Llegó, pues, a la conclusión de que si la dirección de la corriente se había alterado la causa era la intervención humana. Desechó, de paso, una idea que por un instante le cruzó por el cerebro; que acaso un terremoto hubiera alterado en alguna forma los niveles del suelo causando así una corriente contraria. En Inglaterra, desde luego, nunca hay terremotos.

Aunque era tarde decidió remontar la corriente para resolver el problema. La luz de la luna era bastante clara para guiarlo; y acaso en la oscuridad sus instintos infantiles podrían revivir más fácilmente y mostrarle los senderos que había conocido de niño: senderos de pescadores, al borde del arroyo, senderos difíciles para cualquier extraño. Pero antes de partir bajó hasta el arroyo por una escalera de piedra que los aldeanos usaban para llenar sus cubos, y, después de recogerse la capa y la manga, hundió en la corriente la mano hasta la sensible muñeca: sintió el empuje del agua fría y confirmó de ese modo, mediante un sentido independiente, la impresión que ya habían recibido sus ojos. Aunque como a la mayoría de los hombres le bastaba guiarse por el sentido superior de la vista, no había inconveniente -muy por el contrario, un considerable alivio- en incluir otro testimonio sensorial a un hecho tan incomprensible por la razón.

Eran cerca de las ocho. Había tomado té en el empalme, al trasbordar para la línea local, y en esa parte de la región el té es la última comida del día. Por consiguiente, no había motivo para regresar a la hostería, cuyo dueño supondría que había salido para visitar a sus amigos. La calle principal estaba desierta; una hora después casi todas las luces estarían apagadas, porque la gente ya empezaba a acostarse. Caminó lentamente hasta el puente de piedra; desde allí la calle seguía en línea recta mientras el arroyo, costeado por una callejuela, torcía a la izquierda. No tenía sentido demorarse en el puente: era un arco alto sobre el lecho del arroyo y de noche no había peces que ver. Pero como para reiterar un viejo hábito, Olivero subió y miró desde la cimera de piedra el agua negra y lenta en la sombra del arco. Nada ganaba con permanecer allí y pronto dejó el puente para tomar el sendero hacia el molino.

No había inclinación perceptible del terreno, de modo que Olivero no se detuvo a comprobar si existía una excepción a esa ley física elemental según la cual el agua no puede correr hacia arriba. Recordaba ahora que le había costado admitir esa ley cuando se la enunciaron por primera vez en la escuela. Conocía largos trechos del arroyo que, vistos desde una colina próxima, tenían toda la apariencia de inclinarse hacia arriba, en el sentido de la corriente. Además, el agua no era un elemento carente de poder; tenía cohesión, como puede observarse

en una gota de lluvia pendiente como una cuenta de cristal del borde de una hoja de repollo, reflejando el mundo entero en su tensa superficie. Más aún, su mente infantil siempre había creído posible que la fuerza que impulsaba el agua hacia abajo fuera incapaz de impulsar la misma agua hacia arriba, y cuando le explicaron que esa fuerza era la fuerza de la gravedad, todavía juzgó razonable admitir que una corriente de agua que hubiera caído *x* metros en una distancia de *y* kilómetros fuera capaz de ascender *x-n* metros en una distancia *y-n* kilómetros. El factor *n*, desde luego, podía ser considerable, a causa de la lamentable tendencia del agua a escurrirse hacia atrás; pero aun así, sobre una base razonable de probabilidades, podía esperarse que una corriente ascendiera una suave pendiente de unos quinientos metros.

Recordó esos cálculos infantiles mientras seguía andando hacia el molino. Estaba ahora en terreno harto familiar, tan familiar que años atrás había conocido el color y la forma de cada piedra empotrada en el sendero, cada variante de la forma y composición del cerco que, pasadas las últimas casas, bordeaba el camino a la derecha. Durante casi toda su infancia el molino había sido su hogar y había recorrido diariamente ese camino entre casa y escuela. Una alta hilera de árboles desiguales bordeaba el otro lado del sendero: saucos, fresnos, sauces, endrinos; bajo sus ramas colgantes solían ir y venir las aves acuáticas. Pronto pudo ver el largo frente blanco del molino, reluciente bajo la luna, y a la derecha, medio oculta bajo una gran haya cobriza, la casa. Pero mientras se acercaba, con un azoramiento que no pudo explicarse, advirtió cambios, cambios en la atmósfera, en el ruido del agua, en el vago contorno de árboles y cercos. Caminó cada vez más despacio y al fin se detuvo para tratar de examinar, a la luz de la luna, las pruebas de los cambios que tenía ante sí. Frente a él debió de correr en otro tiempo un vado poco profundo; a su derecha, quizá hubiera un pequeño puente. Pues allí el río se dividía en dos brazos: el izquierdo, con relación a Olivero, estaba formado por el agua que había pasado por el molino desde el dique, situado más arriba; el otro era el curso natural del arroyo. Pero el vado y el puentecito habían desaparecido y el camino hacia el molino seguía, recto y nivelado, sobre una alcantarilla de mampostería. Mientras avanzaba lentamente hacia ese nuevo puente, descubrió a sus pies una inesperada corriente de agua; pero se explicó casi en seguida ese fenómeno al comprobar que el agua que debió de correr con ruidosa fuerza desde el canal del molino había cesado por completo y la hierba cubría el lecho de ese brazo. Dedujo sin vacilar que el molino había dejado de funcionar o lo accionaba otra fuerza que no era la del agua. Pero su aspecto abandonado y vacío, aun a la luz de la luna, apoyaba irrecusablemente su primera hipótesis, y cuando Olivero se acercó aun más, la confirmaron las ventanas rotas y sin vidrios, donde una o dos bolsas viejas se agitaban desoladamente. No había luz en la casa, pero el jardín estaba cuidado y desde la acacia vecina al portón un gato saltó para restregar su esbelto cuerpo contra sus piernas.

Olivero volvió hacia el arroyo. Ahora estaba plenamente seguro de que no lo había engañado su memoria: la dirección de la corriente había cambiado. El motivo no lo sabía aún. Volvió a cruzar la alcantarilla y tomó el sendero que llevaba hacia la parte posterior del molino, hacia el dique y el vertedero. Poco había cambiado ese lugar, pero el muro entre el dique y el vertedero había sido arrasado o parcialmente destruido: la corriente podía así reanudar su dirección natural por un lecho que Olivero recordaba como el comienzo de una senda para carros entre el molino y una curtiembre abandonada, un kilómetro arriba. Empeñado en resolver el misterio, siguió andando por la ribera del arroyo, tropezando durante algún tiempo en un espeso matorral de ortigas y cicuta. Pero al fin llegó hasta las ruinas de la curtiembre, donde volvió a sentirse en terreno familiar. Un sendero claramente definido corría ahora a lo largo del arroyo; a la derecha había praderas pertenecientes al molino, y tras ellas, paralelo a la corriente, el camino que conducía a las ciénagas. Reflexionó algunos momentos: se hacía tarde y no sabía cuánto duraría la luz de la luna. Acaso podía cruzar el arroyo y seguir a campo traviesa hasta el camino, que se reunía con el arroyo tres kilómetros valle arriba: la marcha sería más fácil en la oscuridad, y sin duda no habría de encontrar en ese trecho la causa que explicara el cambio de dirección. Pero los últimos sucesos, sobre el hallazgo del molino abandonado, le habían dado

tal sensación de incertidumbre que decidió no aventurarse, y echando algunas miradas al arroyo avanzó lo más rápido que pudo por el difícil sendero que se abría ante él.

Nada interrumpía su marcha. El arroyo corría frente a él; podía ver y oír la dirección del agua que pasaba riendo sobre los cantos de su lecho, burlándose de él, atrayéndolo hacia adelante. De pronto distinguió luces. Supuso que serían de una casa llamada La Caldera, situada en el punto donde el camino que llevaba de la aldea a la ciénaga se cruzaba con el arroyo. Intuyó una probable explicación para el abandono del molino al recordar súbitamente que La Caldera también había sido una especie de molino -un pequeño negocio con dos piedras que podían moler el grano grueso, como el centeno, para uso del ganado-. Los pocos labradores de las ciénagas usaban ese molino para ahorrar el recargo de flete que significaba llevar el grano a la aldea. ¿Y si ese otro molino se hubiera agrandado y perfeccionado hasta reemplazar al de la aldea? No podía preverse lo que habría sido capaz de hacer un hombre ambicioso que hubiera contemplado esa posibilidad: pues la fuerza motriz, lo único que era necesario, estaba al alcance de la mano. Recordó que por la época en que dejó la aldea se hablaba de modernas maquinarias que podían moler harina más fina y blanca que la producida hasta entonces. Era bastante probable que el molinero de La Caldera hubiera ganado de mano a su rival más conservador, instalando una nueva planta y acaparando todo el negocio.

Cuando se acercó confirmó su hipótesis al descubrir que las luces pertenecían a un edificio o a varios edificios. Y cuando se acercó aun más oyó un continuo zumbar de máquinas. El molino, reconstruido y ampliado, trabajaba de noche. Por una ventana abierta vio girar las ruedas y agitarse las poleas. El sendero lo llevó hasta la verja de un jardín; comprendió que debía seguir avanzando a través del patio del molino, dejando atrás la casa. No se sentía muy dispuesto a hacerlo, por temor de que lo detuvieran e interrogaran; y no porque tuviera mala conciencia con respecto a su investigación, sino porque sería difícil explicarlo a la gente, que podría no entender la importancia que tenía para él y acaso lo consideraran medio loco al verlo vagabundear a medianoche, llevado por un propósito aparentemente fútil. De modo que en lugar de cruzar el portón del patio dio vuelta a la casa por el fondo, por el lado que daba a la campiña, para llegar hasta el arroyo.

En ese lado de la casa una sola ventana arrojaba una luz brillante hacia el campo: una ventana abierta en el piso de abajo, casi a nivel del suelo. Olivero quiso evitar el abanico de luz haciendo un amplio rodeo por la pradera, pero lo disuadió la inesperada aparición de un hombre que surgió de las tinieblas, más allá de la luz, llevando una carga en los brazos. Cuando esa figura se acercó a la luz, Olivero distinguió claramente que el bulto era un cordero muy quieto, acaso muerto, que el hombre metió por la ventana abierta. Después deslizó sus propias piernas y tras ellas, con un giro, porque el dintel era bajo e incómodo, todo su cuerpo. Todo ese trámite, rápido y seguro como un acto deliberado, despertó como es natural la curiosidad del desprevenido observador. Olivero pensó que en esa época del año quizá no fuera raro que un cordero muriera a la intemperie; pero el tiempo era excepcionalmente benigno. Y de todos modos ¿por qué rescatar el cordero a medianoche y llevarlo a la casa con tanto secreto? Se le ocurrió que como a la mayoría de la gente le repugna la carne de animales muertos naturalmente (es decir por obra de Dios y no en el matadero) y muchos ganaderos lamentan tales pérdidas, quizá el hombre ocultaba el animal para después hacerlo pasar por degollado. Pero el cordero parecía demasiado pequeño para la mesa, y en lugar tan desierto no habría sido difícil ocultarlo en pleno día. Había que buscar otra explicación. Y por el momento el problema del arroyo abandonó la mente de Olivero.

Permaneció unos minutos en la sombra de la pared y después empezó a deslizarse lentamente hacia la luz. Estaba a unos diez pasos cuando lo petrificó un agudo alarido que salió de la ventana abierta. Sólo un segundo duró su rigidez: se precipitó hacia la ventana e instintivamente se arrojó al suelo para alzar lentamente la cabeza hasta el nivel de la ventana. Volvió a quedar como clavado en el suelo.

Sobre una mesa desnuda, a la derecha, yacía el cordero; tenía la garganta abierta y la sangre caía en una gran fuente, sobre cuyo borde la cabeza colgaba patéticamente. El hombre estaba en medio del cuarto y tiraba hacia atrás de la cabeza de una mujer sujetándola por el pelo y obligándola a beber de una taza que tenía en la mano. Olivero observó todo eso de una ojeada; después advirtió que la mujer, extraordinariamente frágil y pálida, estaba atada con una cuerda a una silla, y mientras se debatía para rehusar la taza mostraba una expresión de concentrado terror. La sangre que el hombre le obligaba a beber chorreaba por ambos lados de su boca y formaba manchas brillantes sobre su vestido blanco. La luz provenía de una lámpara de queroseno cuyo globo dorado se balanceaba impasiblemente sobre esa escena de horror.

En tales circunstancias ningún hombre actúa conscientemente; se ve de golpe ante una situación que no puede presenciar pasivamente y tiene que participar en ella. Extraños fluidos penetran en su circulación, los ojos se le dilatan, ele pelo se le eriza, las narices se le distienden. Durante treinta años, luchando contra sus inclinaciones naturales, Olivero había sido un hombre de acción. En muchas ocasiones se había visto obligado a obrar con violencia y rapidez, y aunque después, invariablemente, le resultaba difícil reconstruir los elementos impremeditados de sus actos y le era imposible explicarse sus motivos, siempre había salido bien parado. Sin esfuerzo consciente se había ganado una reputación de valor y aun de audacia temeraria que poco tenía que ver con los hábitos ordinarios de su existencia. En ese momento, pues, se precipitó sin vacilar dentro del cuarto pasando primero las piernas, como había visto hacer al hombre. Pero quiso la desgracia que al agarrarse al marco de la ventana para levantarse y girar el cuerpo, cayera el bastidor aprisionándolo en una posición ridícula: la mitad superior del cuerpo fuera de la ventana, las piernas agitándose desatinadamente dentro del cuarto. Este percance, que en cualquier circunstancia normal hubiera sido simplemente cómico, dio un giro aun más fantástico a la escena del horror del cuarto pero también sirvió para anular las defensas instintivas que un hombre puede ofrecer al enfrentarse de golpe con la figura de un enemigo. Cuando el hombre del cuarto se volvió y vio las piernas que se agitaban se limitó a dejar la taza en la mesa y a soltar la cabeza de la mujer. Permaneció perplejo, mientras Olivero recuperaba rápidamente el equilibrio y luchaba para levantar el bastidor que lo apresaba. Al fin quedó en pie, sin sombrero y con las ropas en desorden, pero imponente y macizo contra el bajo marco de la ventana.

Durante un instante los hombres se miraron en silencio.

Sacudido hasta sus fibras más íntimas, Olivero no pudo actuar instintivamente. Los pensamientos cruzaban veloces su cerebro. Sabía que lo oportuno habría sido decir: "Suelte a esa mujer" o algo semejante. Mientras tanto la mujer había dejado caer la cabeza sobre el pecho y sollozaba suavemente, sin interesarse siquiera por el drama que se desarrollaba ante ella. Algo en su actitud o en su aspecto fue, acaso, lo que persuadió a Olivero de que un gesto convencionalmente dramático o violento sería inútil en esa situación. De modo que con ademán de cortesía muy español se limitó a decir: – ¿Puedo ser útil en algo?

En vez de contestar, el hombre se situó tras la silla en que estaba atada la mujer. Desde esa ventajosa posición siguió mirando al intruso con animosidad salvaje pero impotente. Con los ojos fijos en el hombre, Olivero avanzó uno o dos pasos y en ese preciso instante comprendió que su adversario estaba intimidado y retrocedería antes que oponer resistencia. Por consiguiente siguió avanzando, aunque lentamente, hasta llegar junto a la mujer. Entonces, sin apresurarse, empezó a aflojar las cuerdas que la ataban.

La mujer permaneció inerte. Los brazos liberados cayeron como péndulos a cada lado de la silla, la cabeza siguió inclinada sobre el pecho. Con infinita ternura hacia tan indecencia víctima de la maldad humana, Olivero levantó un brazo de la mujer y comenzó a frotarle la magullada muñeca. Entonces advirtió en su carne una peculiaridad que explicaba su extraña palidez. La piel no era blanca, sino de un desleído tinte verdoso: color huevo de pato. Era, además, un

tegumento excepcionalmente transparente, y a través de su palidez las ramificaciones de sus venas y arterias se extendían, no azules y escarlata, sino verde vivo y doradas. Las uñas eran de un azul pálido, muy parecido al del huevo del mirlo. El leve olor que emanaba su carne era dulce y algo espeso, como el perfume de las violetas.

Olivero alzó los ojos hacia el hombre, que seguía mirándolo fijamente, de pie contra la pared.

– ¡Es la Niña Verde! -gritó.

El hombre se limitó a seguir mirándolo, pero Olivero comprendió que su posición era exacta.

Porque mientras frotaba la fría muñeca, recordó el extraño suceso que había causado sensación no sólo en la aldea, sino en todo el mundo, divulgado por los periódicos, el mismo día en que dejó su hogar treinta años atrás. La noticia lo había alcanzado mientras viajaba; durante muchos días había colmado su espíritu con una sensación de prodigio y hasta con una especie de ira por no poder indagar el fenómeno en su propio terreno: él, que de toda aldea habría sido el más indicado para encargarse de semejante asunto.

Quien se tome el trabajo de examinar las crónicas descubrirá que en cierto año -el curioso deducirá por lo que ya hemos dicho que era alrededor de 1830, pero por razones que resultarán obvias cuando se lea este relato es imprescindible disfrazar el tiempo y el lugar de estos hechos- aparecieron en la aldea de… del condado de… dos niños, en apariencia de unos cuatro años, que ignoraban todos los idiomas conocidos y no podían explicar su origen ni comunicarse de ninguna manera con la región -y en verdad ni con el resto del mundo- donde habían sido encontrados. Además esos niños, cuyos ligeros vestidos eran de un extraño tejido verde semejante a una telaraña, se distinguían también por la extraordinaria calidad de su carne, que era de una textura verde y semitraslúcida, parecida sobre todo a los cactos, pero desde luego mucho más delicada y sensitiva. Una viuda de la aldea adoptó a esos niños para que pudieran educarse y civilizarse. Eran bastante dóciles y tímidos como gacelas, pero no tenían nociones de Dios y ni siquiera de la moral que por lo común ya ha aprendido un niño inglés de esa edad. Olivero no había olvidado ese extraño acontecimiento que tenía para su espíritu la significación de un símbolo no descifrado, oscuramente vinculado con su partida y, además, con la fatalidad de su regreso.

No ha de sorprender, pues, que se explicara tan rápidamente el extraño aspecto de la mujer que tenía ante sí. En cuanto descubrió su identidad, un nuevo estado de calma descendió sobre él. Su mente seguía muy activa, imágenes de diversa índole emergían y se hundían en rápida sucesión. Pero esa actividad mental se parecía a las revoluciones restringidas y equilibradas de un giroscopio apoyado en su cerebro y a la vez distante, sin relación con el sereno elemento de su sangre.

Limpió con su pañuelo las huellas de sangre en el rostro de la mujer y después le cruzó los brazos sobre el regazo. La mujer respiraba suavemente, sin agitación; había abierto los ojos, pero su mirada fija estaba clavada en el suelo. Olivero se volvió hacia su compañero, cuya actitud era ya menos tensa y defensiva; tenía ahora la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, y algo en la astuta mirada de reojo con que observó a Olivero hizo que éste lo reconociera de golpe.

– Tú eres Kneeshaw -dijo, avanzando hacia él.

El único resultado de ese reconocimiento fue aumentar el miedo del hombre. A la reacción física, ahora se agregaba para él un misterioso sentido de adivinación en el forastero. El miedo lo poseyó a tal punto que su cuerpo perdió toda energía. Con un gemido cayó a los pies de Olivero.

Olivero no tenía la menor intención de hacerle daño. Temía el sentimiento de desprecio que amenazaba dominarlo; por lo demás, estaba tan ansioso por resolver el misterio de la escena que había presenciado y tan convencido del destino especial que lo había llevado a ese lugar y ante esa gente, que procuró establecer a toda costa una relación de confianza. Se inclinó, pues, tomó al hombre por un brazo, lo alzó y lo llevó hasta una silla, junto a un extremo de la mesa. Después fue a sentarse al otro extremo. Pero de inmediato advirtió que el cordero estaba sobre la fuente, entre ambos, y su presencia le incomodó. Lo tomó y a través de la ventana lo depositó afuera, en el suelo. Después cerró la ventana y volvió a la mesa.

– Kneeshaw -empezó-, acuérdate de hace treinta años. Eras un escolar. ¿Te acuerdas de tus últimos días en la escuela? Recuerda un día, una tarde en que tu maestro había dispuesto sobre la mesa del aula un modelo del ferrocarril movido a cuerda. Era una gran novedad en aquellos días; no era una clase de juguetes que hoy pueden comprarse en cualquier juguetería, sino un tren en miniatura cuidadosamente construido por un ingeniero. El ingeniero era mi tío, uno de los primeros grandes ingenieros ferroviarios. Me había dado ese modelo cuando yo era niño. Como yo tenía mis ideas sobre la insuficiencia del conocimiento -todavía sigo fiel a ellas- solía permitir a los niños que jugaran hasta que los absorbiera la fantasía y la imaginación. Mientras jugaban yo los observaba y aprendí mucho acerca de la naturaleza de sus mentes. A veces los miraba sin que lo advirtieran y en una ocasión vi a un niño cuyo carácter era en general hosco y poco atrayente, tomar la máquina y empezar a darle cuerda con perversa intensidad. Todos los demás sabían que no debía forzarse la cuerda. Ese niño decidió súbitamente ignorar la instrucción y destruir el ingenioso juguete que su maestro apreciaba y que era una fuente de infinito placer para sus camaradas. Lo vi dar cuerda rápida, enérgicamente, empleando toda su fuerza a medida que el resorte se ponía tirante. Desde luego, estalló de repente: la espiral de metal se desenrolló y la máquina cayó de las manos del niño sobre la tabla como un animal despanzurrado. Tú, Kneeshaw, eras el niño y yo el maestro. Cuando el resorte se rompió, algo se rompió en mi espíritu. Dejé la aldea al día siguiente y no he vuelto hasta hoy, treinta años después.

Kneeshaw permaneció sentado y sin moverse mientras Olivero hablaba. Levantó vivamente los ojos cuando Olivero descubrió su identidad, pero el sentimiento que se había despertado en él era de curiosidad más que de asombro. Esos hechos pasados que tanta significación tenían para Olivero y que, fijos en su mente, habían dirigido su personalidad durante años y años, para Kneeshaw sólo brotaron de los olvidados recuerdos de su pasado gracias al azar de ese encuentro. El joven maestro que durante dos años había bregado con un intratable grupo de siete u ocho muchachos se había borrado de la vida de Kneeshaw antes de que éste cumpliera doce años. Kneeshaw lo recordaba alto y moreno, con un rostro muy pálido bajo el pelo lacio. Recordaba también el aula, la mesa redonda ante la cual trabajaban, la chimenea de mármol negro, con un sillón frente al fuego desde el cual Olivero impartía casi toda su enseñanza: recitación, dictado, deletreo y un poco de aritmética. La casa estaba aún en pie -el aula era ahora la oficina del señor Coverdale, el precursor, y el primer piso estaba ocupado por el Comité Conservador-. Era una fea casa de ciudad, sin armonía con el resto de la aldea. Estaba mucho más retirada de la calle que las demás casas, y lo que había sido jardín era ahora un melancólico patio empedrado, en el cual sólo brillaba la chapa de bronce del señor Coverdale. Era como si la aldea, tan hermosa y equilibrada, hubiera rehusado asociarse con ese árido bloque cuadrado, relegándolo a un segundo plano para que decayera y desapareciera.

La escuela se había cerrado de repente y el maestro había dejado la aldea. El padre de Olivero había muerto pocos años después en el molino; ¿por qué había de recordar Kneeshaw nada de todo eso? Recordaba, sí, la máquina de juguete, pero no su acto de vandalismo; nunca supo que se relacionara con la súbita partida del señor Oliver.

El maestro volvía a hablar:

– Fue un hecho sin importancia, pero rompió algo que estaba tenso en mí. Mi madre había muerto; yo con mi padre no simpatizaba. Nunca había planeado pasarme la vida como maestro de aldea, profesión para la que no tenía aptitudes físicas ni mentales. Pensé que podría llegar a ser poeta, pero mis versos eran tétricos y oscuros, y nadie los habría publicado. Me sentía impotente y frustrado; ansiaba que las circunstancias me obligaran a actuar. Luché débilmente contra tu ignorancia y tu estupidez, también contra la de tus camaradas. Pero no tenía fe en el saber y mi único deseo era que conservaras la inocencia y la felicidad. Lo interpretaron como debilidad y pereza mía y los padres fueron retirando a sus hijos hasta que no quedó más que un puñado, un puñado de niños medio abandonados, cuyos padres no daban ningún valor a la educación y sólo procuraban librarse algunas horas al día de una carga importante. Yo quería a algunos de esos niños: eran como animales jóvenes, como terneros o potrillos, con miembros desmañados y ojos brillantes y movimientos rápidos y superfluos. Pensé que ignoraban el mal hasta el día en que te vi jugando con la máquina y saltó un resorte que acabó con mi tensión. Los abandone a todos.

La mujer gimió quedamente en su silla. Olivero le miró el rostro. Respiraba con lentitud y parecía a punto de dormirse.

– Háblame de ella -exclamó Olivero, volviéndose hacia Kneeshaw-, de la Niña Verde.

– La Niña Verde -repitió Kneeshaw en voz baja.

Dijo esas palabras y se quedó mirando a Olivero. En tales circunstancias nada facilitaba el contacto entre ambos hombres. Durante quince años, desde el día en que llevó a la Niña Verde como mujer suya al molino, Kneeshaw había vivido en completa soledad. Era analfabeto y apenas sabía hablar; encaraba los problemas de la vida guiado sólo por sus instintos directos y día tras día se comportaba como le ordenaban esos instintos. Ahora estaba frente a un hombre que sin duda alguna pertenecía a otro mundo, al mundo de las palabras abundantes, al mundo de las ideas y los sentimientos y las experiencias complicadas. No había en él ningún impulso natural que lo comunicara con tal hombre. Pero la tragedia nos aparta de nuestro comportamiento habitual, alzándonos hasta un nivel donde rigen la imaginación y la fantasía.

– La Niña Verde -dijo- vino a mí hace quince años.

– Eran dos -dijo Olivero.

– Uno murió -repuso Kneeshaw-. Sólo vivió unos pocos meses en este mundo. No quiso comer; fue consumiéndose. Y ahora ésta se ha cansado y quiere volver al mundo de donde vino.

– ¿Por eso la obligabas a beber sangre?

– Sí. Durante muchas semanas no ha comido nada sólido. Bebe agua y leche, pero ni quiera la leche toma con gusto. Está consumiéndose y se morirá, porque nunca come carne y no quiere vivir.

– Cuéntamelo todo. No he sabido nada desde el día en que dejé la aldea.

Kneeshaw le relató entonces la historia de la Niña Verde, en forma inconexa y respondiendo a muchas interrupciones y preguntas de Olivero. Mientras tanto, la Niña Verde había caído en estado de inconsciencia; quizá durmiera, porque respiraba profunda y regularmente.

Kneeshaw contó cómo habían aparecido un día dos criaturas caminando hacia la aldea, desde las ciénagas. Repitió algunos detalles sobre su aspecto y conducta que ya conocía Olivero y siguió contando cómo la primera mujer que los había visto, la anciana señora Hardie, antigua

aya de Olivero, los llevó a su casa, los vistió y los alimentó como si hubieran sido sus hijos. Era viuda, y su único hijo, Tom Hardie, era marinero. En aquellos días, en que los periódicos no tenían su actual carácter y no existían reporteros ni fotógrafos, un acontecimiento como la aparición de los niños verdes pronto se convertía en asunto de interés apenas local. Hubo, en verdad, muchas indagaciones y durante largo tiempo los niños verdes fueron señalados como objeto de curiosidad a los visitantes. Un médico de una ciudad vecina intentó examinar científicamente a las criaturas: quiso tomarles el pulso, auscultar sus pulmones, escuchar sus latidos, y hacer aun más pruebas científicas, como analizar su orina y obtener una muestra de su sangre. Pero la señora Hardie era una madre celosa y mantuvo a los niños a salvo de tales investigaciones. Ese médico despechado planteó la cuestión legalmente, pero se resolvió que los niños verdes no eran tesoros encontrados y que la ley no contemplaba de ningún modo un caso como la aparición de dos seres tan extraordinarios. Por lo tanto, siendo la posesión el fundamento de la ley se permitió a la señora Hardie conservar a los niños tanto *de jure* como *de facto*. La única otra dificultad la planteó el párroco de la aldea: insistía en bautizar a los niños, pero el menor, o sea el que parecía menor (porque no había diferencia en su conducta ni en la extensión de sus conocimientos) murió mientras lo llevaban a la iglesia, cosa que atemorizó a tal punto al párroco y a cuantos tenían ganas de intervenir, que en adelante nadie turbó la soledad de la señora Hardie. Cierto que el niño muerto no pudo recibir sepultura cristiana, pero nadie protestó cuando la señora Hardie decidió enterrarlo en el terreno triangular que se encontraba en el punto donde se bifurcaba el camino de las ciénagas, por un lado directamente hacia la aldea, por el otro hacia el molino. Corría el rumor de que un asaltante de caminos había sido enterrado en el siglo XVIII en ese baldío.

La otra criatura verde, a quien la señora Hardie empezó a llamar con el prosaico nombre de Sally, creció normalmente, es decir que recibió alimento adecuado y aumentó de tamaño. La probable edad de los niños en el momento de su aparición fue siempre motivo de cálculos. Por su desarrollo físico se les habría dado unos cuatro o cinco años; pero a pesar de que no sabían hablar y aparentemente carecían de pensamientos naturales, había en sus rostros, plenamente formados aunque minúsculos, una mirada sin edad que desafiaba todos los cálculos. Y aunque Sally aumentó de estatura, la expresión y el carácter de su rostro no se alteró en lo más mínimo; aun ahora, treinta años después, tenía los mismos rasgos inocentes y sin edad que cuando apareció por primera vez. A la sumo podía decirse que en ella todo estaba en una escala apenas mayor.

No faltaron quienes vieron en la aparición de los niños verdes todo un portento de brujería; algunos de los aldeanos más crédulos y recelosos habrían presenciado con alegría la destrucción de las criaturas. Pero en esa época la ilustración se extendía rápidamente por la región, y la ilustración lleva consigo la tolerancia. Por lo demás, la Niña Verde no hacía daño a nadie; vivía casi sin que nadie la viera en la casita de la señora Hardie, una casita en las afueras de la aldea, con el fondo hacia un bosque. Es muy posible que durante casi todo el año la Niña Verde vagabundeara por los bosques y los campos inadvertida a causa de su coloración protectora.

El camino entre la casa de Kneeshaw y la aldea pasaba frente a la casita de la señora Hardie. Y cada vez que Kneeshaw tomaba ese camino, pensaba en la extraña criatura que vivía allí. A veces la veía surgir repentinamente del inmóvil fondo verde, como un insecto asustado. Pero era tan tímida que nunca le hablaba y sólo en raras ocasiones, cuando la encontraba en el sendero volviendo del bosque con la señora Hardie y un fardo de leña sobre los hombros, podía verla más de cerca. Entonces solía detener a la señora Hardie para preguntarle si tenía noticias de su hijo Tom y en qué parte del mundo estaba. Y como antes de marcharse al mar, Tom había sido como un hermano mayor para Kneeshaw, la señora Hardie se paraba uno o dos minutos a hablar con ese muchacho raro y hosco. Durante largo tiempo no ocurrió otra cosa, pero en cierta ocasión, quizá diez años después de la aparición de los niños verdes, la señora Hardie sufrió un desmayo y empezó a sentir que su fin no estaba lejos. Comprendió que debía

preocuparse por el futuro de la Niña Verde y la única persona a quien se dirigieron sus pensamientos fue Kneeshaw. Kneeshaw era ya un muchacho de veintidós años, serio y enérgico. El pequeño molino de su padre solía trabajar día y noche moliendo grano para los labradores de valle arriba. Aunque en ese hogar hacía mucha falta una mujer (la madre de Kneeshaw había muerto al darlo a luz), Kneeshaw parecía no interesarse en las mujeres, y a pesar de la porfía de su padre no se mostraba inclinado a elegir esposa.

Los encuentros casuales en el camino se hicieron más frecuentes y mucho más largas las conversaciones sobre Tom. Cierto día llovía cuando se cruzaron cerca de la casita. La señora Hardie invitó a Kneeshaw a guarecerse un rato y la Niña Verde les preparó té. Al observar sus silenciosos movimientos por el cuarto, sus tímidos y exquisitos revoloteos contra el resplandor del fuego, Kneeshaw conoció por primera vez la angustia y el anhelo de tener a una mujer en su hogar, y sobre todo el ansia de esa criatura que pertenecía a otro mundo, un mundo tan delicado y manso. Volvió con su imagen al sombrío molino, a la gran cocina desmantelada con el horno abierto y las vigas ennegrecidas por el humo.

La señora Hardie no tardó en comprender, a través de la turbada mirada de sus ojos y los agitados movimientos de su pecho, que Kneeshaw estaba enamorado. Le sonrió y lo alentó. Pero la Niña Verde no dio ninguna respuesta. En verdad, nada sabía de la naturaleza del amor y no sentía ninguno de los impulsos carnales que acompañan las emociones del amor en el común de los mortales. Aunque ya había aprendido a hablar inglés, su conocimiento de esa lengua estaba condicionado por las circunstancias del ambiente en que vivía; por la vida cotidiana de una mujer viuda y viejo, sin intereses fuera de la existencia más bien aislada que llevaba en la aldea. No había libros en la casa y la señora Hardie no leía siquiera la Biblia, en el cual tanto habría podido aprender la Niña Verde sobre la historia del mundo y las pasiones de los hombres. A decir verdad, la señora Hardie no sabía leer, y cuando llegaba del mundo exterior algunas de las escasas cartas de Tom, debía pedir al cartero que entrara y se la leyera, servicio que siempre recompensaba con un vaso de vino de sauco. Cada dos años, Tom se quedaba una semana en su hogar, pero aunque en cierto modo era un hijo afectuoso, sólo estaba a sus anchas en compañía de hombres y pasaba la mayor parte de sus asuetos en la aldea, bebiendo en la taberna con viejos amigos. A veces se encaminaba valle arriba para ver a Kneeshaw. Le alegraba pensar que su vieja madre tenía en su casa a alguien que la ayudara y la cuidara en caso de enfermedad; pero la muchacha era sin duda un bicho raro y él no sabía qué pensar de ella. Cierta vez había contado a sus compañeros, en el castillo de proa, la extraña historia de los niños verdes, pero se habían reído de él llamándolo crédulo y tonto, de modo que no había vuelto a mencionarlos. Y cuando regresaba a su hogar, se conducía como si nada supiera de la historia de Sally. La ignoraba por completo, y ella, por su parte, no encontraba antinatural semejante conducta.

Las cosas se precipitaron con la última enfermedad de la señora Hardie. Una mañana se desmayó al levantar la cabeza de la almohada y permaneció largo tiempo inconsciente. Seguía inconsciente cuando Sally, preguntándose por qué tardaba tanto en bajar, subió a su dormitorio y la encontró todavía inmóvil y blanca en su cama. Sally no sabía nada de la muerte y sus síntomas, de modo que se sentó a esperar que la anciana despertara. Vio cómo empezaba a batir los párpados y cómo, minutos después, recuperaba el conocimiento. Pero la señora Hardie estaba muy asustada por lo sucedido y envió a Sally en busca no del doctor, a quien despreciaba, sino a Kneeshaw. Se quedó en la cama y cuando llegó Kneeshaw le suplicó que subiera y se sentara junto a ella. Le pidió que tomara un cofre de una repisa sobre la chimenea y que lo abriera. Dentro había noventa soberanos de oro, un broche de filigrana de oro y un relicario con un mechón de Tom. El broche sería para Sallý, el relicario para Tom, pero el dinero sería de Kneeshaw si se arrodillaba y juraba solemnemente casarse con Sally y ser bueno y cariñoso con ella durante toda la vida. El reloj dio las doce mientras Kneeshaw estaba de rodillas. Y cuando bajó, vio a la Niña Verde de pie en la cocina, contra la luz de la ventana, pelando patatas; y la luz brillaba a través de sus brazos desnudos, de sus dedos, de su frágil

nuca, y su carne era como la carne de una mano que protege una bujía del viento o como el resplandor que vemos cuando miramos el sol a través de la fina telaraña de los párpados cerrados. Kneeshaw llevó el cofre al molino, mostró a su padre los soberanos de oro y el padre accedió de buena gana al matrimonio. Con todo ese dinero podían comprar una de las nuevas máquinas de moler y producir harina más fina que cualquier molino de la aldea.

La señora Hardie no volvió a levantarse de la cama y murió una noche, mientras dormía. Cuando no pudo despertarla, la Niña Verde fue en busca de Kneeshaw, que imaginó lo sucedido y la hizo quedar junto a su padre. Fue después a la aldea, llevó consigo al doctor hasta la casita de la señora Hardie y se confirmó que había muerto de un síncope cardíaco, según certificó el doctor a su debido tiempo. Fue enterrada en la fosa de los pobres, porque en la casa no se encontró dinero. Pero el subastador vendió después sus pocos mubles y con el dinero obtenido se pagó el alquiler, sin que hubiera otros problemas con su sucesión. Tampoco hubo nadie que objetara la unión de Kneeshaw con la Niña Verde; pues aunque el párroco no pudo casarlos porque la Niña Verde no estaba bautizada, nadie se molestó en entrometerse: podían vivir juntos, aislados en un mundo indiferente.

El padre de Kneeshaw vivió unos cinco años más después que la Niña Verde entró en su casa; pero ya no cuenta en nuestra historia. Era un viejo muy gordo y pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo en un sillón situado en un rincón oscuro de la inmensa cocina. La única otra habitante de la casa era una cocinera. La despidieron cuando llegó la Niña Verde, pero Kneeshaw fue descubriendo que su mujer era tan "sin maña", como él decía, tan inhábil para los quehaceres domésticos, que debió emplear otra vez a la criada para que cocinara y limpiara. Entre las primeras peculiaridades que Kneeshaw observó en Sally figuran su imposibilidad a acercarse al fuego y su violenta repugnancia por cualquier clase de carne. Era mucho más sensible que una persona normal a los excesos del calor y del frío, y se retorcía como quemada a dos pasos del fuego. No podía meter las manos en el agua caliente y hasta huía del calor de un cuerpo humano. Su repugnancia por la carne era congénita; se apartaba con asco de la carne cruza. A veces comía truchas del arroyo, pero siempre como plato frío. Solía beber un poco de leche pero sólo se mostraba ávida de avellanas, zarzamoras y berros, y de toda clase de hongos y setas.

Cuando empezó a descubrir sus relaciones íntimas, Kneeshaw pareció muy tímido: habló con frases que implicaban más de lo que decían. Sus instintos animales eran de la misma índole hosca pero enérgica que revelaba su conducta exterior. Carecía de la experiencia y, por consiguiente, de la habilidad necesaria para educar a su compañera en los placeres y deberes del matrimonio. La Niña Verde no se limitaba a ignorar los deseos sexuales corrientes: estaba por completo desprovista de ellos. Huía de los brazos de Kneeshaw como de un fauno de aliento quemante. Por la noche huía a los bosques, a las ramas de una acacia que extrañamente existía en ese páramo y cuyas hojas plumosas le ofrecían un refugio seguro. Le gustaba el agua fría del canal del molino y sin pudor ni vacilaciones solía despojarse de su ropa y flotar como una sirena, casi invisible en el líquido elemento. No parecía sentir afecto hacia seres humanos o animales; nunca mencionó a la señora Hardie después de su muerte, nunca prestó la menor atención al perdiguero, las aves de corral o el ganado. Sólo observaba atentamente a los pajaritos, sobre todo los que viven cerca del suelo, como los jilgueros y abadejos; escuchaba a la tierra como si fuera un mirlo. No cantaba ni silbaba ni se entretenía con ningún sonido. Sólo el murmullo del agua le interesaba, y jugaba días anteros en el lecho de guijarros y del arroyo. No era capaz de mucho ejercicio físico y caminar tres o cuatro kilómetros la dejaba exhausta. Si salía de la casa, iba hacia los páramos, lejos de la aldea. Al principio Kneeshaw se alarmaba cuando Sally no volvía al anochecer y salía a buscarla con una linterna para encontrarla siempre junto al arroyo. Ella lo seguía dócilmente hasta el molino, pero con el tiempo Kneeshaw solía quedarse dormido antes de advertir la ausencia de Sally, y desde entonces no una, sino muchas veces ella pasaba noches enteras afuera, junto al arroyo. Lo cual es menos extraño de lo que puede parecer, porque rara vez dormía como un ser normal,

aunque permanecía sentada durante largas horas, en una especie de trance, inconsciente de lo que ocurría ante ella pero con los ojos abiertos. Por la noche, cuando yacía en su cama, en la oscuridad, acaso dormía. Pero Kneeshaw nunca la observó en un sueño profundo, y sí en verdad dormía era su sueño tan ligero que bastaba acercársele para despertarla.

Dos sucesos apartaron la atención de Kneeshaw hacia la Niña Verde. Uno, la muerte de su padre, simultánea con el aumento de trabajo en el molino, que fue absorbiéndole cada vez más tiempo y energía. El otro suceso fue menos honroso. Un día de verano encontró a la cocinera durmiendo en el granero donde se guardaba el heno. Yacía de espaldas, abiertos y abandonados los brazos y las piernas. El súbito deseo que se despertó en Kneeshaw no encontró resistencia, y en adelante sus impulsos naturales se desahogaron por completo en ese miembro subordinado del hogar.

Lo cual no significó que Kneeshaw sintiera una completa indiferencia por la Niña Verde. En cierto modo, y por razones que le habría sido difícil analizar, continuó sintiendo su atracción. Era quizá el misterio de su carne, la posibilidad de descubrir en ella una manera diferente de amar; y era, en parte, el sencillo encanto de su modo de ser. Olivero, con todas sus preguntas, no pudo descubrir cuánto duró ese estado de veneración; Kneeshaw, desde luego, no quería exponerse demasiado y aunque Olivero había aprovechado su larga experiencia con hombres de toda clase, estaba un poco desconcertado ante un carácter a la vez tan elemental y complejo como el de Kneeshaw. En Kneeshaw los instintos primitivos eran mucho más fuertes que las convenciones de la vida civilizada. Pero ello no quiere decir que fuera necesariamente brutal. Basta pensar en los complicados tabúes de las razas salvajes para comprender que el progreso de la civilización no consiste únicamente en un paso de la simplicidad a la complejidad, de la rusticidad al refinamiento, de las maneras naturales a las artificiales. El grado de engaño, como podría llamárselo, parece relativamente constante; sólo cambian los detalles componentes. Un progreso de la complejidad a la simplicidad requeriría sin duda un mundo inhumano, como habría de descubrirlo Olivero.

Kneeshaw se mantuvo en esa actitud de respeto durante unos diez años. Pero durante ese lapso, el contacto diario quizá redujo al mínimo su temor instintivo (pues en eso consistía realmente su veneración); por otra parte, sus relaciones con la cocinera debieron de hacérsele monótonas y desagradables. Lo cierto es que varios años antes del regreso de Olivero, Kneeshaw empezó a atormentar a la Niña Verde. Primero la encerró en su habitación, con la esperanza de imponer cierta regularidad en sus movimientos. Si al menos pudiera hacerla dormir y comer a horas normales, pensaba, acaso se hiciera más humana y tratable. Al principio Sally se escapo una y otra vez, por la ventana o, cuando la clausuraron, por la chimenea, que era bastante amplia como para admitir su esbelto y sinuoso cuerpo. En tales ocasiones desaparecía durante muchos días, pero cierto temor le impedía aventurarse demasiado lejos de la comarca, y Kneeshaw siempre encontraba su cuerpo silvestre y exhausto en los páramos, donde al abrigo de una colina solía hacerse una cama de brezos y helechos.

Pero después de esos encuentros volvían las dificultades. Kneeshaw convirtió el desván en una prisión. Allí, aunque bebía agua y leche y comía las raciones de hierbas, ensaladas y pescado frío que le llevaban, la Niña Verde se consumía visiblemente. Un día la encontraron en la penumbra golpeando con sus delicados puños los tablones que Kneeshaw había clavado cruzando la ventana. El esfuerzo la hizo desmayar, y Kneeshaw, alarmado, bajó su frágil cuerpo hasta un sofá del cuarto que llamaban sala. Le asustó ver el cambio que se había producido en ella: su carne, antes verde y traslúcida, se había vuelto de un amarillo de cera, del color de las cerezas rubias maduras. Tenía los ojos opacos y la respiración era apenas perceptible. Permaneció allí largo rato y bajo la intensa luz que la inundaba pareció revivir un poco. Kneeshaw la dejó dormir en el sofá esa noche, y cuando bajó a la mañana siguiente, muy temprano, la encontró de pie en el marco de la ventana, envuelta en los primeros rayos del sol.

Había recobrado su tinte natural y ese día volvió a comer. De ese modo recobró gradualmente sus fuerzas. Y nunca regresó a la oscura habitación de arriba.

Cuando la consideró bastante repuesta, Kneeshaw empezó a llevarla a las praderas y al borde del arroyo. Allí pasaron juntos muchas horas, pero no se sentían felices, porque la Niña Verde casi había dejado de hablar y vagabundeaba recluida en sí misma, mientras Kneeshaw permanecía receloso y vigilante. Pero tales excursiones eran difíciles para él y lo fueron cada vez más a medida que sus negocios aumentaron. Por entonces se cerró el viejo molino de la aldea. Los sucesores del padre de Olivero eran poco emprendedores y al fin sucumbieron a la competencia de Kneeshaw. Kneeshaw tomó un capataz, pero el molino debía trabajar durante tantas horas, a menudo durante toda la noche, que él mismo tuvo que encargarse de su parte en la tarea. Además, había muchas otras cosas que hacer: visitar los mercados, tratar con los labradores, llevar los libros y las cuentas. La Niña Verde no podía ayudarle en nada de eso; la mayoría de las veces su sola presencia lo estorbaba. Había una gran cantidad de gente cada vez mayor en el lugar: labradores, carreteros, granjeros de valle arriba y valle abajo. Todos ellos conocían la historia de la Niña Verde; quizá cada hombre, cada mujer, cada niño en treinta kilómetros a la redonda sabía de su presencia en este mundo. Era, por consiguiente, objeto de gran curiosidad y de averiguaciones, todo lo cual agraviaba profundamente a Kneeshaw. Se divulgó que el molinero era en ese sentido muy susceptible, pero aun así había gente ignorante o burlona que no lo dejaba en paz.

Cuando la rutina de la vida guía a un hombre a través de días y meses y años, es sorprendente cuánto tiempo puede persistir en un estado de tensión mental. Gentes que no tienen ocupaciones, cuyos cerebros no están, como suele decirse, "desprendidos" de sus dificultades, deben llegar muy pronto al punto culminante de sus experiencias emocionales. Pero un hombre como Kneeshaw podía pasar años enteros en un estado de vacuidad psicológica, sencillamente porque su mente estaba tan ocupada con las actividades prácticas que excluía automáticamente las cuestiones personales. La psicología de la Niña Verde era cosa diferente; en cierto modo, no existía. No había pruebas de que tuviera ninguno de los afectos humanos corrientes; según hemos dicho, al morir la señora Hardie no demostró dolor; ni siquiera había llorado la muerte de su hermano. Sus reacciones frente a las situaciones emocionales más comunes eran visibles, pero físicamente extrañas. No demostraba el enojo y el asombro mediante expresiones verbales o faciales, sino por un temblor de los miembros y un nublamiento de su traslúcida carne. Expresaba la alegría mediante un resplandor más intenso de su coloración, un brillante fulgor de ónix en los ojos y una risa que era un suave canturreo en el fondo de su garganta. No parecía conocer la tristeza ni el afecto, pero el temor y la repugnancia le producían la misma palidez o emblanquecimiento que la falta del sol, aunque en forma súbita, como un rubor al revés. Lo cual dejan sin explicar la emoción del amor; y ésta era, desde luego, la emoción que Kneeshaw no podía concebir que un ser tan femenino, y por consiguiente tan intensamente atractivo para su masculinidad, careciera de lo que en el mundo culto llamaríamos características sexuales, y el oculto origen de todas las atenciones que prodigaba a la Niña Verde no tenía otra explicación. Era una indagación en el misterio del corazón de la Niña Verde.

Pero una indagación hecha de manera torpe, instintiva.

Esa noche en que estuvieron sentados juntos a la Niña Verde inconsciente, Kneeshaw no contó su historia a Olivero con todo pormenor. Pero la situación que durante cinco o acaso diez años debió de prolongarse entre él y la Niña Verde fue aclarándose poco a poco. Olivero empezó a sentirse enfermo de ansiedad. El hombre que le hablaba, que respondía a sus preguntas con hosquedad y de mala gana, era el niño que treinta años antes había simbolizado para Olivero el perverso espíritu destructivo que acecha tras las civilizadas convenciones de la sociedad. En su estado de juvenil desesperación la imagen de ese niño que rompía deliberadamente el resorte de un complicado juguete había precipitado la crisis final de su desilusión, y con esa imagen

quemándole el espíritu, había abandonado el escenario de su juventud. Aunque sus experiencias posteriores le habían enseñado a moderar su desesperación, y aun a aceptar el mal como un agente necesario del bien, como reactivo que obliga a obrar al alma perezosa, nada había amenguado su sentido de la realidad y el poder del mal. Mientras Kneeshaw hablaba empezó a comprender, con una angustia casi intolerable, que en las manos del niño instintivamente perverso había vuelto a caer una complicada máquina; al volverse hacia la frágil figura sentada en la silla temió que el resorte hubiera sido forzado por segunda vez.

Cuando terminó de interrogar a Kneeshaw -o más bien cuando ya no pudo soportar la lastimosa visión de la frágil figura que yacía exhausta bajo la luz de la lámpara- propuso que llevaran a la Niña Verde a su cuarto. Kneeshaw sugirió que la acostaran en el sofá de la sala, ya que ese era el cuarto que más le gustaba. Allí se despertaría por la mañana bañada por la luz del sol. Diciéndole que lo precediera con la lámpara, Olivero se acercó a la silla y tomó en sus brazos a la Niña Verde. Le asombró la ingravidez de su cuerpo, mucho más leve que el cuerpo de un niño, más leve que una gavilla de trigo. La sala quedaba al otro lado del vestíbulo, a la derecha de la ventana por donde había entrado Olivero. La llenaba una mustia fragancia que provenía de los muebles sin uso, los búcaros de rosas marchitas sobre la chimenea, las honradas paredes blanqueadas. Dentro del brillante guardafuego de bronce había dos anchas e intrincadas caracolas en cuyos labios rosados murmuraba perpetuamente un mar remoto. Kneeshaw dejó la lámpara sobre una mesa circular en medio del cuarto; Olivero entró con su carga y la depositó en el sofá, que ya estaba arrimado al alféizar de la ventana. Tomó almohadones de los sillones y con gran delicadeza le acomodó la cabeza y los brazos. Olivero miró la noche brillante y se preguntó si debía cerrar los postigos; pero recordó cuánto le gustaba a la Niña Verde la luz del sol y pensó que aun los débiles rayos de la luna podían contentarla, de modo que los dejó abiertos. La Niña Verde yacía ahora entre la luz de la lámpara y la luz de la luna, respirando suavemente; las rubias trenzas de su pelo aprisionaban la luna en torno a su rostro de cera, cuyo agudo sufrimiento penetró el corazón de Olivero. Se quedó mirándola, mientras algo de la fiereza y la inquietud de su vida se aplacaba súbitamente ante esa sobrenatural frialdad.

Cuando levantó los ojos fue para ver la cara de Kneeshaw, que lo miraba desde el otro lado de la lámpara. Había permanecido allí después de colocar la lámpara en la mesa y aún tenía apoyada la mano sobre el borde. Miraba a Olivero con fijeza, con celos. La desconfianza y el resentimiento que habían crecido en su hosca naturaleza durante el interrogatorio a que Olivero lo había sometido, se resolvían ahora en odio hacia el intruso. Lo enfurecían la seguridad de Olivero, la destreza con que su mente aprehendía complejidades e impulsos del alma que los hombres más simples sólo pueden percibir oscuramente. Preveía que Olivero habría de adquirir muy pronto gran ascendiente sobre la Niña Verde, que habría de saber cómo tratar con ella, cómo hablarle, cómo hacerla humana. Lo que él se había empeñado en lograr durante años infructuosos, este hombre lo conseguiría en una noche.

– Salgamos -sugirió Olivero-. Trae la lámpara.

Salió del cuarto de Kneeshaw lo siguió dócilmente. Volvieron al cuarto de donde habían salido y permanecieron uno frente a otro, Olivero con la cabeza baja, las manos cogidas atrás, sosegado por la evidente fatalidad de la situación; Kneeshaw alerta, en actitud de espera.

Olivero no tardó en salir de su ensimismamiento y se dirigió a Kneeshaw:

– Ya es muy tarde para volver a la aldea. Si pudiera, me quedaría aquí hasta mañana.

– No hay cama disponible -respondió el oro.

– No importa. Puedo descansar en una de estas sillas.

Kneeshaw se agitó. La insistencia de Olivero había inflamado su temperamento. Quería librarse de ese hombre que amenazaba perturbar el laborioso plan de su vida; más aún, que amenazaba arrebatarle a la Niña Verde.

– Tiene usted que irse -exclamó, alzando y bajando como martillos los puños cerrados.

Olivero comprendió que debía mostrarse calmo y fingió ceder a la insistencia del otro. Pero al mismo tiempo se propuso no abandonar a la Niña Verde. Había ido demasiado lejos, había soportado demasiado para que entorpecieran su destino en esa hora de realizaciones.

– Muy bien -dijo-. Me iré.

Pero no tenía la intención de irse. No sabía exactamente qué hacer. Miró hacia la ventana, pero se estremeció interiormente. Decidió buscar de nuevo el arroyo, más allá del molino. Era imposible, desde luego, que las maquinaciones de Kneeshaw hubieran desviado la corriente, pero quería tener la satisfacción mental de comprobar que el arroyo continuaba su obstinado curso más allá del molino. Salió por una puerta al fondo del cuarto. Kneeshaw, sombrío, se mantuvo aparte. Cruzó la cocina y se encontró en un patio empedrado, con imprecisas sombras de árboles a distancia. A la izquierda se alzaba el molino, un estrecho edificio de tres pisos, con las ventanas apenas iluminadas. El ruido de la máquina llegaba amortiguado a través de las sombras, mezclado con el sonido más lejano del agua arremolinada.

Olivero caminó hasta la esquina del molino, pasó a la puerta a través de la cual vio centellear las ruedas y oscilar las correas, y llegó hasta la otra esquina. Allí había una represa y el agua se hundía suavemente y casi sin ruido bajo el camino a sus pies. Surgía del otro lado del camino, en un canal por donde corría como un veloz dardo de acero para lanzarse con fuerza en los cangilones de la gran rueda. Olivero pasó por una portezuela que llevaba a una plataforma situada sobre la rueda; a su derecha, una puerta daba al molino. La rueda parecía moverse lentamente bajo el gran peso del agua que bajaba rompiéndose en irritado rocío contra su ciega resistencia. El agua sobrante del dique escapaba hacia abajo por una pendiente. Más allá de la rueda, todas las aguas volvían a unirse en un turbulento remolino del que subía un rugido que apagaba los demás ruidos.

Olivero se acercó hasta el borde de la plataforma y se inclinó sobre las agitadas aguas. La luna era aún suficiente para dar a las aguas un resplandor aceitoso; pero Olivero no pudo distinguir ninguna dirección en el remolino. El agua había abierto al caer durante años y años un pozo muy hondo y podía uno mirarlo durante un día entero sin que sus cientos de corrientes entrecruzadas repitieran un solo diseño. Era un continuo entretejerse de bandas irregulares de agua que fluían y brotaban en todas direcciones. El rumbo final de la corriente se perdía en las tinieblas.

Olivero escrutó esas tinieblas, pero no había esperanza. Pensó que deteniendo un instante la rueda del molino habría sido posible ver qué ocurría con el agua del pozo. Por su infancia pasada en un molino sabía que parar una rueda de molino era la cosa más fácil del mundo. Sólo había que mover el canal de madera por donde el agua bajaba hacia la rueda, de modo que la corriente cayera fuera de ella, o bien cerrar la compuerta y cortar así el paso del agua. Después de reflexionar un momento, Olivero pensó que el segundo método era el mejor; dejaría menos agitado el pozo. Regresó, pues, al puente, donde encontró el cierre que aseguraba la compuerta. Estaba tan absorto en la solución de su problema que no pensó que el molino, al detenerse, lo denunciaría.

Atornilló el cierre hasta el máximo y volvió corriendo a la plataforma. La rueda se iba parando lentamente; el agua chorreaba por sus tablas y barrotes musgosos. Para observar mejor el pozo Olivero se echó de bruces, protegiéndose los ojos de los rayos de la luna. Concentró su

atención en las aguas: hacían abajo tanto ruido que no advirtió que la maquinaria había dejado de andar y ni siquiera oyó abrirse la puerta a sus espaldas. Pues mientras Olivero proseguía su investigación, Kneeshaw había vuelto al molino para encontrar que, con gran asombro suyo, la maquinaria iba deteniéndose. El capataz ya se había retirado, de modo que nadie podía haber desconectado la rueda. Sin duda, la corriente de agua había sido desviada; se dirigió a la plataforma para averiguarlo. Cuando abrió la puerta no pudo ver nada, pero advirtió que el agua del canal no corría. Salió entonces a la plataforma y tropezó con el pie de Olivero. Se inclinó hacía adelante y cayó; como la plataforma era estrecha y no tenía baranda, sólo pudo salvarse de caer de cabeza por el costado de la rueda aferrándose al borde de madera. Cuando se recuperó y se volvió, quedó frente a Olivero, que se había puesto de pie, sorprendido. Olivero se disponía a gritar una explicación por sobre el estrépito del agua cuando a la luz de la puerta abierta vio avanzar la cara de Kneeshaw. Estaba contraída de odio y de intenso furor, y Olivero comprendió súbitamente que iba a ser atacado. Saltó hacia el espacio entre Kneeshaw y la puerta abierta, pero Kneeshaw también saltó y ambos se aferraron mutuamente sobre la plataforma. Kneeshaw había ceñido los brazos en torno al cuerpo de Olivero y trataba de alzarlo en vilo para llevarlo al borde de la plataforma. Olivero se debatió y consiguió librar el brazo derecho; con la palma empujó con todas sus fuerzas el mentón de Kneeshaw hacia arriba, esperando que aflojara su brazo. Pero sintió que lo alzaba a pesar de sus esfuerzos. Kneeshaw intentó girar con su carga, y cuando todo su peso descansaba sobre una pierna, Olivero aprovechó la oportunidad para arrojarse súbitamente hacia delante, apoyando las piernas contra la pared del molino. Kneeshaw se tambaleó y cayó sobre la plataforma. Su cabeza colgaba sobre el pozo, pero aún apretaba las piernas a Olivero como una serpiente. Olivero abrió las piernas para no ser reducido otra vez y encontró un apoyo para cada pie: uno contra la pared del molino, otro contra el canal. Aun para el hombre más fuerte habría sido imposible derribarlo. Con su mano libre seguía empujando hacia atrás el duro y sucio mentón de Kneeshaw; ahora lo hacía con todas sus fuerzas. Sabía que de ese modo podía romperle la nuca, pero no quiso llegar a ese extremo.

– ¡Suelta! -gritó, empleando la frase que había usado de niño-. ¡Suelta!

No podía ver la cara de Kneeshaw, que estaba en escorzo, pero sintió que aflojaba su abrazo y supuso que no quería seguir luchando. Olivero se incorporó y permaneció apoyado contra la puerta abierta para recobrar el aliento. Durante uno o dos minutos Kneeshaw no se movió, pero después levantó la cabeza y se sentó en cuclillas sobre la plataforma. Respiraba pesadamente, como un toro moribundo, pensó Olivero mientras entraba en el molino. Se sentó en un cajón junto a la puerta, sin saber qué hacer. Pero resolvió que lo primero era no abandonar a la Niña Verde a merced de ese loco. Vio la oscura silueta de Kneeshaw pasar la puerta en dirección a la compuerta; con una especie de simplicidad animal iba a cumplir el propósito que lo había llevado allí: poner en marcha el molino. Olivero oyó cómo se deslizaba el agua por el canal para estrellarse contra la rueda; pero el freno seguía trabado y la rueda no se movía. Había que soltarla y esperar que tomara impulso para que la maquinaria reanudara el movimiento. Son ese propósito Kneeshaw reapareció ante la puerta. La palanca y el freno estaban directamente detrás del cajón en que Olivero descansaba Kneeshaw vaciló al pasar frente a él. Pero Olivero, adivinando su intención, le hizo señas de que siguiera.

Kneeshaw empujó la palanca y su mano quedó apoyada en ella. Era una barra de hierro como de un metro de largo, con una abertura cuadrada en la punta que calzaba en la rueda del freno. La levantó. Fuera, la rueda del molino adquiría velocidad. Kneeshaw se volvió rápidamente con la barra alzada sobre su cabeza. Pero Olivero había advertido el intenso intervalo durante el cual Kneeshaw cedía a la repentina tentación del hierro en su mano, y se volvió en el instante en que Kneeshaw la levantaba. Kneeshaw no tuvo tiempo de desviar el golpe, que dio en el vacío. Olivero saltó hacia atrás. La arremetida del golpe proyectó hacia delante a Kneeshaw que, bamboleándose, pareció ir a dar con la cabeza en la boca del estómago de su rival. Pero Olivero había levantado el pie derecho para rechazar el choque, y pateando con fuerza rechazó

a Kneeshaw por la puerta abierta. Lo vio tambalear hacia atrás sobre los talones, y estaba a un punto de cerrarle la puerta en la cara cuando un grito salvaje se alzó sobre el rugido del agua y vio a Kneeshaw caer de espaldas hacia el pozo, más allá de la rueda. Olivero saltó afuera y se inclinó sobre las aguas arremolinadas. El rocío del agua que caía no le dejó ver nada y corrió a impedir el paso del agua por el canal. Cuando volvió, la rueda empezaba a detenerse y en su último giro la cara de Kneeshaw emergió de la oscuridad del pozo a la luz de la luna. Kneeshaw se había aferrado a uno de los cangilones y subía al girar la rueda. Pero cuando llegó a cerca de un metro de la plataforma la rueda se detuvo del todo. Kneeshaw levantó la cara hacia Olivero y lo maldijo. Porque ahora la rueda, libre del freno, giraba sin trabas sobre su eje y el peso del cuerpo del Kneeshaw empezó a moverla en dirección opuesta. Kneeshaw sabía que eso iba a ocurrir; pensó que Olivero también lo sabía y había cortado deliberadamente el agua. Trató de parar la rueda afirmando el pie contra la pared de la plataforma, pero no encontró punto de apoyo en el viscoso musgo de plantas acuáticas. De pronto la rueda se sacudió hacia atrás y Kneeshaw cayó de espaldas en el remolino. Olivero, que se había echado de bruces en un esfuerzo por asirlo, lo vio caer y oyó su grito, pero la oscuridad del pozo y la agitación del agua lo ocultaron todo a sus ojos. Corrió hacia el puente atravesando el patio y llegó hasta el punto en que las aguas emergían del pozo de la rueda. Pero estaba a alguna distancia, porque en ese sitio el arroyo corría por un corte artificial. Olivero penetró en la corriente. El agua seguía arremolinándose a su alrededor en atormentadas espirales, pero en dirección a la rueda todo era oscuridad. Avanzó sobre las negras paredes hasta que el agua le golpeó el pecho y se sintió hundir rápidamente en sus profundidades. El rugido era ensordecedor y nada podía verse, salvo la leve fosforescencia de la espuma. Desistió y retrocedió hasta la ribera. Se acuclilló para tratar de ver cualquier objeto que flotara sobre la superficie del agua. Pero nada pasó. Empezó a tiritar violentamente bajo las ropas heladas y empapadas, que se le pegaban a la piel.

Cuando yo no pudo soportar la agonía del frío, volvió a la casa. En la cocina encontró el rescoldo de un fuego. Se desnudó, se secó y entibió. Retorció las ropas y las colgó para que se secaran. Encontró un sobretodo de Kneeshaw y arropándose en él se apelotonó en una silla junto al fuego. Estaba seguro de que Kneeshaw se había ahogado. Era improbable que supiera nadar; el pozo bajo la rueda era muy hondo y las corrientes poderosas. El molino se había detenido; las luces de las lámparas declinaban. Debían de ser las dos o las tres de la mañana. A las seis, quizá antes, bajaría la criada y lo encontraría. Sería difícil explicarle su presencia y más difícil aún explicar la ausencia de Kneeshaw.

Pero no llegó a ver la criada. A eso de las seis se despertó sobresaltado. Se vistió en silencio con las ropas ya secas, cruzó el vestíbulo y golpeó en la puerta de la sala. No oyó respuesta y abrió suavemente. La Niña Verde estaba de pie como la había descrito Kneeshaw: en el alféizar de la ventana, como para percibir los primeros, débiles rayos del sol naciente.

Alzó los ojos sin demostrar sorpresa o emoción. Olivero se adelantó y le cogió la mano; estaba muy fría.

– Salgamos al sol -dijo.

Ella abandonó su actitud y se preparó a seguirlo. Olivero no salió por la cocina: quitó la tranca a la olvidada puerta del frente, que daba directamente a la dehesa. El sol no estaba muy alto, pero brillaba tibiamente sobre las bajas brumas de la pradera, sobre la hierba cargada de rocío, sobre las delicadas telarañas de los cercos. Cruzaron la dehesa en dirección al río. Los conejos huían ante ellos y algunos viejos cuervos alzaron el vuelo y abandonaron graznando su comida matinal.

La Niña Verdee caminaba como un hada. Tenía los pies descalzos húmedos de rocío; mantenía los ojos fijos en el sol. Una suave brisa fresca ondeó en sus trenzas y agitó los pliegues de su falda.

– Kneeshaw se ha ido -dijo Olivero, cuando se acercaban a la orilla del arroyo.

Ella volvió hacia él un rostro sin emoción y acaso sin entendimiento.

– Kneeshaw se ha ido -repitió Olivero-. Se ha caído en la presa del molino, bajo la rueda. Creo que se ha ahogado.

Ella no respondió. Estaban junto a la ribera, a unos doscientos metros del molino. La corriente, advirtió Olivero, aún corría hacia las ciénagas.

Un sendero cubierto de hierba bordeaba el arroyo, que ahora corría con cierta celeridad entre márgenes terrosas. A intervalos se alzaban sauces en la ribera; sus ramas peinaban a veces el agua.

Al final de la dehesa había un madero del cual pendía sobre el agua una floja red de alambre, destinada a impedir que el ganado de los campos más altos se extraviara por el arroyo.

En el cerco había un portillo que tenían que pasar.

Olivero ayudó a la Niña Verde a pasar sobre el portillo. Cuando ella se volvió para cruzar la barra superior miró hacía el arroyo y se estremeció.

Olivero siguió su mirada de asombro.

En el ángulo formado por la ribera y el madero que atravesaba el arroyo, en un remanso espeso de tallos podridos y juncos marchitos, flotaba el cuerpo de Kneeshaw.

De cara al cielo, parecía mirarlos mientras permanecían como paralizados en el portillo. El pelo negro, empapado y desgreñado, caía sobre la frente pálida pero sin ocultar los ojos fijos y desorbitados.

A pesar de todas sus experiencias de muerte y terror, Olivero se horrorizó profundamente. Ya había llegado a la conclusión de que Kneeshaw se había ahogado, pero la súbita visión de su cadáver actualizó, en un punzante minuto, toda la angustia mental de las últimas doce horas.

Pero la Niña Verde ya seguía andando. Antes de que Olivero lo advirtiera, había bajado del portillo y se había adelantado con aparente desinterés. No se volvió y avanzó lentamente.

Con una última mirada al cuerpo que se mecía en la corriente, Olivero saltó sobre el portillo y siguió a la Niña Verde. Caminaron varios kilómetros, más allá de las últimas granjas, dejaron atrás las praderas y costearon el arroyo, ahora menos caudaloso, a través de los páramos.

-"¿Cómo es posible que la corriente disminuya y, sin embargo, fluya hacia delante?"-, se preguntó Olivero. Explicó su perplejidad a la Niña Verde, pero ésta se limitó a seguir andando. Olivero estaba agotado por el sueño y el hambre, pero la Niña Verde había revivido con el ascenso del sol. Bebieron agua del arroyo, y en un sitio del páramo donde la corriente se bifurcaba y tres pinos daban alguna sombra descansaron dos horas. Durante ese intervalo, Olivero contó a la Niña Verde la historia de su vida.

Depuse, por la tarde, siguieron bordeando el arroyo hasta el corazón de los páramos. Alrededor de las cuatro llegaron a un pequeño valle, cerca del punto más alto del páramo. Tenía entrada, pero no salida. En su extremo había una curva y allí, en el cuenco al pie de la pendiente, tenía fin o comienzo el arroyo.

El corazón de Olivero latió excitado al acercarse al fin de su larga busca. Parecía haber pasado mucho tiempo, toda una vida, desde que había dejado la aldea, la noche anterior, en su vagabundeo investigador. Aquí estaba la solución de su perplejidad. El arroyo terminaba ahí: no en el mar que todo lo reúne, sino tierra adentro, en el brazo de las colinas.

Olivero se quitó calcetines y zapatos y recogiéndose los pantalones penetró hasta el medio del arroyo. El lecho era tibio y arenoso; sus pies se hundían en la blanda arena. La Niña Verde lo siguió y juntos caminaron hacia el cuerpo. El arroyo se ensanchaba en un pantano, denso de juncos y mirtos. Pronto vieron ante sí un estanque circular. La corriente fluía hacia ese estanque y parecía rodearlo en un círculo completo. Pero el centro del estanque estaba calmo, sin remolinos. Hasta había azucenas y botones de oro en la superficie. Debe de ser poco hondo, pensó Olivero. Pero entonces, ¿hacia dónde corría el agua? Avanzaron lentamente. El agua se movía muy suave contra sus piernas. Era ligeramente tibia, como el lecho arenoso. Estaban ahora en el punto donde la corriente, después de describir un círculo, volvía a encontrarse consigo misma. Un lecho de clara arena plateada se extendía a sus pies. Olivero se inclinó para mirar de cerca. La arena, aunque parecía minúscula esfera de plata sobre un tambor tenso. El agua, pensó Olivero, debe de hundirse aquí.

Y mientras reflexionaba, vio que la verde figura de sirena de Sally avanzaba. Caminaba rápidamente a través del agua, hacia la arena plateada. Se hundía, y la hundirse se volvía hacia Olivero. Su rostro estaba transfigurado, radiante como el de un ángel. Extendió un brazo hacia Olivero. Con un grito de felicidad, como si un júbilo secreto se le hubiera revelado súbitamente, Olivero corrió hacia ella y, cogidos de la mano, ambos se hundieron bajo la superficie del estanque.

CAPÍTULO II

La historia que Olivero relatara a la Niña Verde mientras descansaban bajo los pinos murió en el aire de los páramos. El relato siguiente se basa en los papeles descubiertos en el equipaje que había dejado en la posada, completados con datos tomados de los archivos de la Asociación Histórica de Sudamérica. Desde luego, carece de la llaneza de estilo con que Olivero debió expresarse en esa ocasión única; porque mientras hablaba a la Niña Verde advertía sin duda que ella provenía de un mundo desconocido para él. La Niña Verdee siempre fue incapaz de describir a nadie ese mundo, porque no había palabras terrenas que pudieran traducir sus recuerdos. Si Olivero le hubiera preguntado si en ese mundo crecían árboles como los que veían sobre sus cabezas, o si crecía cualquier clase de árboles, ella se habría limitado a sacudir la cabeza y a decir: "Todo era diferente".

También Olivero había vivido durante treinta años en un mundo en que todo difería extrañamente de la plácida escena que se extendía ante ellos. Había árboles, desde luego, en aquellas regiones, como en Inglaterra, pero sus verdes hojas solían estar cubiertas de blanco polvo y pendían en el sol deslumbrantes como hojas de arcilla. Olivero empleaba palabras como esas para describir su mundo, demasiadas palabras, palabras que la Niña Verde nunca había oído y no podía entender. Pero tenía que usar esas palabras, porque palabras y cosas crecen juntas en la mente, crecen como una piel sobre la tierna imagen de las cosas hasta que palabras y cosas no pueden separarse. Las palabras que la Niña Verde no entendía eran como música para sus oídos, y la música tenía un significado para ella, de modo que ninguna de las palabras de Olivero se perdió totalmente en el aire de los páramos.

– Cuando dejé nuestra aldea hace treinta años -empezó Olivero-, me dirigí primero a Londres, porque Londres era el centro del mundo y pensaba que entre todas sus maravillas, y en la diversidad que me estaba destinado. Tenía fe en algunas de mis aptitudes. Era ambicioso, o sea que ansiaba adquirir imperio sobre los hombres ejercitando dichas aptitudes: aptitudes para escribir, para expresar ideas, para usar palabras. Las palabras pueden centellear y seducir, pueden atraer los ojos de los hombres y fascinar su espíritu, aun cuando signifiquen poco o nada. Pero no sabía qué difícil es hacer oír la propia voz, ascender sobre el nivel de la multitud, alcanzar una pequeña eminencia desde la cual las palabras puedan atraer la atención. Vagabundeé de un periódico a otro, pero en ninguno fui admitido ni tuve oportunidad de empezar. Nada tenía que ofrecerles: era un joven maestro de aldea que nunca había publicado una sola línea ni tenía experiencia de periodista.

Las veinte libras que había llevado conmigo se agotaron pronto. Al principio me fijé la suma de una libra semanal para vivir, pero al cabo de diez semanas, y sin perspectiva de trabajo, la reduje a sólo diez chelines semanales. Y cuando pasaron otras diez semanas sin que encontrara trabajo me concedí cinco chelines semanales; dormía en camas que costaban seis peniques por noche y gastaba el resto en pan. En tan mísera condición me encontraba cuando un día vi en el escaparate de una sastrería un anuncio que decía: **Se necesita muchacho listo**. **Preguntar dentro**. Era un desapacible día de noviembre. Tenía frío y hambre: entré en la sastrería. Vi un mostrador y tras él un cuarto con pilas de paños enrollados a un lado; al otro había una escalera que llevaba al piso superior y bajo la escalera una oficina, separada del cuarto por un tabique de madera y vidrios. La puerta de esa oficina se abrió y un hombre avanzó hacia mí. Era el señor Klein, propietario de la tienda. Era bajo, con una gran cabeza hundida entre los hombros y la piel grisácea y floja sobre los redondos carrillos; los párpados no tenían pestañas. En su aspecto había algo que recordaba una serpiente, un pesado reptil, una tortuga. Me erguí cuando se me acercó. En comparación yo resultaba alto, y por entonces estaba muy flaco y estragado; el pelo, demasiado largo, me caía en greñas sobre la frente y las orejas.

Expliqué que aspiraba al puesto ofrecido en el escaparate. Me observó rigurosamente y me preguntó la edad. Dije diecinueve años, porque un hombre que tiene veinte quizá no pueda considerarse un muchacho.

– ¡Oh, demasiados! -dijo el señor Klein agitando con impaciencia sus manos gordas y arrugadas.

– ¡Oh, no! -exclamé.

El señor Klein ya me volvía la espalda, pero en mi voz desesperada debió de haber algo bastante urgente para retenerlo y hacer que levantara las cejas en un gesto de sorpresa.

– Soy joven, estoy hambriento, puedo trabajar duro -empecé a explicar.

– ¿Se las entiende usted con los números? -me preguntó con un acento que entonces advertí extranjero.

– Sí. He estado en una buena escuela. He estudiado matemáticas -aseguré, sin querer exagerar mis pretensiones.

– ¿Matemáticas, eh? ¡Matemáticas! -exclamó el señor Klein.

Creo que fue esa la primera vez que ejercí el mágico poder de las palabras, de una palabra.

– De modo que ha estudiado usted matemáticas -siguió-. Bueno, quizá podamos hacer trato.

Me hizo varias otras preguntas y al fin consintió en someterme a una prueba. Debía volver al día siguiente, a las ocho de la mañana.

Esa noche comí bien, y por la mañana, con un cuello limpio que me había comprado, volví a la tienda del señor Klein. Había afirmado que sabía llevar libros, aunque mi única práctica era un oscuro recuerdo de mis días de escuela. Pero confiaba en que mi inteligencia me sacaría del aprieto y al fin tuve razón. El señor Klein era un judío polaco que había huido a Inglaterra hacía varios años. Al principio había trabajado como cortador en una sastrería, pero era hábil e independiente, y muy pronto ahorró bastante dinero para empezar por cuenta propia. Cuando entré en su tienda hacía seis meses que era el dueño y durante ese tiempo había intentado llevar él mismo sus libros. Pero el sistema monetario inglés le costaba penosos esfuerzos y había pasado muchas horas de inútiles intentos haciendo el balance de sus ingresos. Al fin había decidido tomar un empleado y poner un anuncio en su escaparate; apenas habían pasado una o dos horas cuando lo vi. Era el primer aspirante al puesto y después de un día de prueba quedé empleado con el salario de una libra semanal.

Pasé el primer día verificando los libros del señor Klein. Quedó tan impresionado por la rapidez y seguridad con que sumaba las columnas de libres, chelines y peniques que ya no hizo más averiguaciones sobre mi capacidad. Por mi parte, descubrí que mis conocimientos escolares bastaban para la simple tarea de registrar las entradas y salidas del libro de caja y el libro mayor del señor Klein. Con eso se mostró del todo satisfecho. Cuando después me pidió un análisis de sus costas pude dárselo sin dificultad. En una o dos semanas establecí una relación de confianza total y hasta fui encargado de la caja registradora.

No he de abrumar mi relato con otros detalles de esa parte de mi vida. Llegué a sentir afecto hacia Klein, a comprender su sencillo espíritu comercial, a simpatizar con el fondo contra la persecución racial que explicaba su presencia en Londres y era el motivo de su deseo de justificarse en el mundo. Descubrí por ejemplo, su intensa lealtad familiar. Había dejado en Polonia a su madre anciana y a dos hermanas. Su ambición era ofrecerles un hogar en Inglaterra; pero debía ser un buen hogar, un sitio con comodidades que representara para ellas su morada definitiva en el mundo y donde la familia se restableciera bajo su guía patriarcal. Pero no permanecí a su lado el tiempo necesario para ver lograda esa ambición. Porque la verdad es que yo detestaba la mísera tienda, el olor a ropa, el penetrante tufo grasiento del barrio, el trabajo insípido y mecánico a que estaba forzado, la pobreza general de mi situación. La pobreza es degradante para cualquier humano; pero para quien ha nacido con instintos que claman por belleza y placeres refinados, que anhelan música y poesía y ficciones, la pobreza es una tortura lenta, una tortura para el espíritu más que para el cuerpo y, por lo mismo, tanto más aguda. Había momentos, cuando pasaba frente una librería o un teatro, en que mi desolación parecía crecer dentro de mí en olas de amargura. Envidiaba a la gente que puede dar rienda suelta a sus sentidos hasta saciarlos, a la gente que da por supuesto todo lo que yo ansiaba, como parte de su rutina y de su herencia y sin la real necesidad que me consumía. No culpaba a la sociedad en que esa injusta distribución de bienes era normal; más bien veía el problema como un caso individual y suspiraba por alcanzar el poder de conseguir tales bienes. Quizá en esto no era mejor que mi patrón, el señor Klein; pero yo era menos práctico. El señor Klein sabía que la posesión no se obtiene sino avalando riquezas que sólo se adquieren con esfuerzo; por lo tanto, su idea fija era acumular esas riquezas. Yo quería adueñarme del poder directamente, en virtud de mi personalidad y mi inteligencia, y por consiguiente no tenía paz ni contento. Quería huir.

Habíamos establecido un contrato según el cual yo estaría al servicio del señor Klein durante tres años. Por ese contrato el señor Klein había aumentado mi salario primero a treinta chelines semanales, después a dos libras. Durante los dos últimos años que trabajé con él procuré ahorrar; llegué a reunir cuarenta libras y con esa suma resolví, terminado el contrato, aventurarme en el mundo.

Al principio pensé en América, donde tantos jóvenes de mi condición se habían arriesgado con éxito. Pero mis aspiraciones, aunque románticas, tenían límites precisos: no eran de las que se satisfacen luchando con las fuerzas naturales. Mi índole no era emprendedora y soñaba en cambio con vivir en los países y ciudades donde la experiencia humana más vasta ha acumulado el más rico depósito de belleza y sabiduría. Grecia, Italia, España eran el escenario de mis divagaciones más frecuentes, y si mis pensamientos iban más lejos era hacia el remoto y místico Oriente, hacia la India y la China. Lo cierto es que fue el señor Klein quien hizo posible mi huida. Creo que había advertido la profundidad de mi desasosiego, y cuando le confié que estaba resuelto a tentar fortuna en el extranjero no sólo me escuchó con simpatía sino que me encomendó una misión que me llevó al corazón de Europa. Aunque las cartas que recibía de sus hermanas no podían alarmarlo, quería cerciorarse del bienestar de su madre, que no sabía escribir. Quería, además, enviarle una suma de dinero, unas cien libras inglesas, pero no se atrevía a confiarla al correo. Su madre vivía en una pequeña ciudad al sur de Varsovia: allí me propuso enviarme el señor Klein, con el viaje pago y diez libras adicionales para que fuera más lejos si lo deseaba. Acepté la oferta sin vacilar; durante los tres años pasados en Londres no me había hecho de amigos a quienes apreciara particularmente, y nada, absolutamente nada, me retenía en Inglaterra. Corría el mes de octubre cuando empezamos a discurrir el proyecto. Al principio el señor Klein sugirió que aguardara hasta la primavera siguiente, ya que mi viaje sería entonces más agradable. Pero tanta prisa tenía yo por correr esa aventura que no quise admitir demoras, y un día de noviembre, casi a los tres años de emplearme en la sastrería del señor Klein, salí de Londres rumbo a Varsovia.

No me demoré en el trayecto. El dinero, en monedas de oro, estaba cosido en un cinturón hecho por el propio señor Klein. En esos días los medios de transporte eran escasos, lentos e incómodos, y yo viajaba del modo más barato. Sin embargo, no hay palabras que puedan expresar el interés y la excitación con que seguí cada jornada del viaje: la costa de Inglaterra que se alejaba mientras nos internábamos en el mar, la sensación de estar en el mar, el primer impacto de las voces y los rostros extranjeros en Hamburgo, donde desembarqué, los curiosos hábitos de mis compañeros en la diligencia que tomé hasta Lubeck, la animación y el renovado interés de cada etapa. Me senté, callado e inmóvil, en un rincón de la diligencia. No podía olvidar el cinturón que llevaba bajo la camisa. Dormí a intervalos. En Lubeck tomé un buque pequeño hacia Danzig, desde donde seguí por Vístula hasta que los hielos hicieron imposible la navegación. Terminé el viaje en un trineo arrastrado por caballitos lanudos. Cuando llegué a Varsovia hacía un frío intenso; había nevado y bajo el blanco manto casas y calles parecían ilustraciones para un cuento de hadas. Pero la realidad era más amarga. En la vasta plaza adonde me dirigí para tomar el coche hacia N., la ciudad en que vivía la madre del señor Klein, se había reunido una gran multitud. Me uní a una de sus filas y esperé. De pronto un estremecimiento y un murmullo corrieron entre los que aguardaban. Por un extremo de la plaza aparecieron un grupo de soldados a caballo, con largas lanzas en la mano derecha y fusiles a la espalda. Los seguía una carreta tirada por cuatro caballos y escoltada a cada lado por otros soldados a caballo. Otros dos soldados seguían a pie, sólo con fusiles. La carreta estaba entarimada para formar una plataforma, y en esa plataforma, sentado en un banco, había un mísero desecho humano. Llevaba una gorra y un gabán, y del cuello le colgaba un letrero en el que había una inscripción con letras negras. Yo no sabía leer esas palabras ni preguntar a los que me rodeaban; pero no era necesario. Resultaba harto evidente que el hombre era un criminal convicto camino del cadalso. De entre la multitud se alzaron frases socarronas e hirientes, pero el prisionero no les prestó atención. Caían del cielo gris algunos copos de nieve; la procesión siguió su camino, extrañamente silenciosa bajo la nieve.

Yo no sabía polaco, pero el señor Klein me había dado una carta para que la mostrara a cualquiera que me resultara amable y simpático; en ella explicaba que yo era inglés que tenía que viajar hasta la ciudad de N. y suplicaba al amable extranjero que me auxiliara. Con esa carta y las pocas palabras que había aprendido encontré la diligencia sin dificultad y al fin llegué a N. La casa de los Klein estaba en una calle apartada y oscura, pero también la encontré sin

demasiadas dificultades. Las cartas que tenía conmigo eran bastante explícitas para la situación que iba a afrontar. Una de las hermanas de Klein me recibió y me condujo a una oscura cocina donde una mujer muy anciana y arrugada estaba sentada junto a una inmensa estufa de loza. Era sorda y hablaba de modo muy confuso; después me mostraron un dormitorio que, supuse, habría de estar a mi disposición mientras quisiera permanecer allí. Le lavé, volvía a la cocina y dejé el cinturón sobre la mesa, no poco aliviado por haber llegado al destino y cumplido mi misión. La anciana volvió su silla hacia la mesa, y sin vacilar un instante empezó a abrir el cinturón con un cuchillo. Las monedas de oro aparecieron una tras otra y quedaron cuidadosamente apiladas. Sólo después de sacar la última la anciana reparó de nuevo en mí; entonces, con asombro por mi parte, se pudo de pie, se me acercó tambaleando y tomándome la cabeza entre las manos me besó la frente en señal de gratitud. Buscó después un pañuelo de seda, anudó las monedas y desapareció escaleras arriba. Mientras tanto la hija (vi sólo una y deduje que la otra se habría casado y viviría en otra parte), había preparado la comida. Mientras comimos, las dos mujeres, llenas de alegría, conversaron animosamente, ignorándome casi por completo, salvo cuando se volvía hacia mí y me sonreían para incitarme a comer más. Me quedé tres días junto a ellas, descansando, reflexionando siempre, sin saber aún qué paso dar.

La única lengua extranjera que por entonces conocía era el francés, pero no tenía especiales deseos de marcharme a Francia. Resolví volver a Hamburgo y decidir allí lo que haría. Me despedí de la familia Klein, volvía a Varsovia y desde allí rehice mi camino sin ningún incidente molesto. En el camino pensé en varias formas de ganarme la vida, pero sólo podía imaginar alguna que coincidiera con mis habilidades y mi decisión de permanecer en el extranjero: por ejemplo, enseñar mi idioma. En Hamburgo se me presentó una oportunidad inesperada. Había decidido dirigirme al cónsul inglés para que me aconsejara el medio de abrirme camino hacia alguna ciudad cosmopolita como París. Di con un hombre simpático que tras un rato de conversación se interesó por mis proyectos y me invitó a comer con él. Gracias a su amable intervención fui admitido en un buque que comerciaba con Burdeos y Marruecos. Quedó establecido que yo depositaría en manos del capitán doscientos cincuenta marcos -la mitad de la suma que me quedaba- como garantía en caso de que decidiera abandonar el buque. Debía asistir al capitán, que era inglés, como sobrecargo y camarero.

A pesar de mi falta de experiencia fui capaz de llenar mis funciones con aprobación del capitán. Además del primer piloto era el único inglés a bordo; la tripulación era una mezcla de polacos, láscaros y alemanes. Al principio me encontré tan a gusto en mi puesto que a pesar de todas las incomodidades de una vida como la que llevaba pensé que podría soportarla durante uno o dos años, mientras aumentaba mi dominio de las dos o tres principales lenguas de Europa. Seguía pensándolo cuando llegamos a Burdeos, sin que me hubiera disuadido el mar agitado que encontramos en el golfo de Vizcaya. Pero dos o tres días después, cuando llegamos al puerto de Cádiz, mi resolución cambio súbitamente. El pésimo tiempo que soportamos en el Océano Atlántico quedó atrás cuando dimos la vuelta al cabo San Vicente; y cuando entramos en el puerto de Cádiz, la atmósfera estaba tibia y serena, la ciudad resplandecía más allá de las aguas azules y sus torrecillas blancas como la nieve se alzaban majestuosas en el cielo limpio. Quedé maravillado ante ese espectáculo y cuando bajé a tierra me deleitó aun más lo que vi: las calles de mármol, las macizas murallas, los amplios paseos. Por entonces todavía estaba fresco de recuerdo de amargas guerras y los habitantes de Cádiz en especial no tenían motivos para recibir con alegría a un inglés. Pero yo había tomado un romántico afecto por nuestros antiguos enemigos y me colmaba la dicha de no encontrar resentimiento en ellos, sino una alegría despreocupada y un modo de vida que me pareció ideal. Súbitamente perdí todo deseo de seguir viajando. Quería desembarcar allí con mi escaso capital y tentar fortuna.

Mi deserción enfureció al capitán y desde luego perdí mi depósito de garantía. Pero cuando dejé el buque con lo poco que tenía se despidió de mí con benevolencia y hasta me dio una carta de presentación para algunos comerciantes sevillanos que acaso podían emplearme.

Lo cierto es que estaba destinado a permanecer en Cádiz durante muchos meses. Como ignoraba el idioma del país y el estado de sus asuntos, caí en una trampa que, por lo demás, me habría sido difícil evitar. Al desembarcar me dirigí a una posada frecuentada por marineros. Había pasado la tarde vagabundeando por la ciudad, habituándome a su atmósfera, disfrutando de las cosas extrañas que veía y oía. Hacia medianoche volví a mi posada y cuando entré me salieron al encuentro tres hombres uniformados. Uno de ellos, que parecía de grado inferior, estalló en un torrente de ásperas palabras, ninguna de las cuales tenía sentido para mí. Pero por sus gestos supuse que estaba arrestado y que debía acompañarlos.

Era inútil resistir. El dueño de la posada, un viajero marino gordo y repulsivo, me miró con desagrado. Uno de los soldados se había apoderado del equipaje que yo había dejado arriba, en mi cuarto. Lleno de confusión, salí de la posada y fui conducido a través de calles desiertas hasta que por fin llegamos a un edificio sombrío y deprimente. Era una especie de fortificación o de cuartel; allí me empujaron hasta un cuarto vacío, evidentemente un calabozo. No había sillas ni cama; el suelo era de piedra. Pasé casi toda la noche yendo y viniendo para no entumecerme. Al fin me acurruqué en un rincón y dormité hasta que el frío y los calambres me obligaron a ponerme otra vez en pie.

Así permanecí, sin que nadie acudiera, hasta el mediodía siguiente. Entonces fueron por mí al calabozo y me llevaron ante un oficial. Me miró con indiferencia y me habló en español. Quizá me preguntó si sabía español; de todos modos, contesté en francés que no entendía ese idioma y le supliqué que me explicara en francés el motivo de mi arresto.

Se volvió hacia otro oficial sentado a su lado e hizo alguna chusca observación en español. Después me preguntó: *Vous êtes français*?, con tal acento que apenas pude reconocer como francés. Respondí que era inglés. *Et Jacobin*, agregó. Me tendió entonces un libro que me pertenecía. Era un libro de un escritor francés, Voltaire, una obra de gran ingenio y sabiduría que yo apreciaba por sobre todos los demás libros y que leía constantemente.

De golpe la situación se me hizo clara. Durante muchos años, Cádiz había sido el centro revolucionario de España. Allí, en 1812, las Cortes reunidas proclamaron la primera constitución liberal; allí, en 1820, los ciudadanos se rebelaron para restaurar la constitución y la revolución se había extendido por España. Un ejército francés bajo el mando del duque de Angulema, había sofocado después esa revuelta y desde entonces venía prolongándose un estado de ANARQUÍA y opresión militar. Yo sabía, pero con absoluta inocencia no había pensado en la vigilancia y el espionaje que aún persistían ni en el carácter peligroso de los pocos libros que llevaba conmigo.

Aunque nunca había participando activamente en asuntos políticos, mis simpatías eran decididamente liberales. Voltaire, Rousseau, Diderot eran autores que me atraían por la luminosa naturaleza de su filosofía y por el donaire literario de su estilo. Había leído otras obras de autores revolucionarios como Volney y Monstesquieu. De modo que cuando el oficial me disparó la pregunta: *Étes-vous Jacobin*?, instintivamente no pude negarlo. Empecé a explicar que no tenía relación con los jacobinos, que no tenía convicciones políticas de ninguna especie. Pero cuanto más elocuente procuraba ser, menos convencido parecía el oficial, que me detuvo con otra pregunta: *Ce livre est à vous*?

No podía negarlo. No podía protestar contra la poca fuerza de las pruebas. Sabía que en todas partes, y en especial entre el clero y las fuerzas reaccionarias, Voltaire era considerado como un demonio responsable del incremento de las doctrinas jacobinas. Permanecí perplejo e irritado: "¡Basta!", gritó el oficial y dio nuevas órdenes en su idioma. Me empujaron del cuarto y volví al calabozo. Desde allí, mucho después, fui trasladado a una prisión común donde me encontré en compañía de unos doscientos hombres; algunos eran truhanes corrientes; otros, prisioneros políticos. Estábamos hacinados en la más indescriptible suciedad: los soldados eran

pocos pero en nuestras condiciones un grupo de hombres armados podía vigilar cómodamente a cien prisioneros.

Allí permanecí casi dos años. Me esforcé por hacerme entender y porque fuera reparada la injusticia de mi condena. Pero mientras no supiera el idioma lo suficiente para comunicarme con mis carceleros, era imposible exponer mi caso. Y después de varios meses de asidua ejercitación con mis compañeros de cárcel, cuando al fin pude expresarme con claridad y energía, consideraron mi culpa confirmada por el tiempo y mi aquiescencia.

Esos terribles meses iban a decidir toda mi vida futura. No sólo me convertí en adepto del idioma español, sino que además encontré entre mis compañeros de prisión a varios de los llamados jacobinos, algunos de los cuales habían seguido al famoso general revolucionario Rafael de Riego. Como antes he confesado, yo profesaba cierta simpatía por su punto de vista. Cuando la ambición y la pobreza se juntan en un mismo individuo, dicha tendencia es casi inevitable. Pero esa vez me puse en contacto con realidades políticas. Supe de la lucha que había intentado establecer la justicia en España, de la infructuosa revuelta de Riego, del abominable reinado de Fernando. Solíamos hablar de las colonias liberadas en América, de sus constituciones democráticas y de las posibilidades de establecer en ellas un nuevo mundo y sin la opresión y la injusticia del viejo. Los hombres con quienes hablaba no eran en modo alguno idealistas desinteresados; algunos no eran más que militares aventureros y aunque sus propósitos les habían hecho adquirir ciertas familiaridades con las doctrinas jacobinas, no veía razones para creer que su gobierno -en el caso de que llegaran alguna vez al poder- pudiera ser menos tiránicos que el de la monarquía existente. Con todo, conocí a dos o tres hombres de índole diferente, hombres que habían sido jóvenes en tiempos de la Revolución Francesa y que habían abrazado con entusiasmo la causa de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Esos hombres encauzaron y fortalecieron mis vagas simpatías. En suma, me convirtieron a su causa.

La muerte de Fernando y la proclamación de la nueva reina motivó una amnistía parcial que me benefició. En la prisión había decidido que, una vez libre, me marcharía a las colonias independizadas para probar fortuna en cualquier forma que se me presentara. Aún tenía veinte guineas inglesas cosidas, siguiendo el ejemplo de mi primer patrón, en el forro de mi chaleco. Con ese dinero esperaba adquirir un pasaje para Buenos Aires o Río de Janeiro, en caso de no poder abrirme camino por otros métodos. Cuando quedé en libertad puse en práctica ese proyecto sin demora.

La historia de mi viaje resultaría demasiado larga si la contara con todo detalle. En Cádiz me alisté en uno de esos barcos que protegidos por la bandera española asaltaban los navíos mercantes ingleses que regresaban desde las colonias insurrectas. Sólo el nombre nos faltaba de piratas; la tripulación estaba formada en parte por hombres de la prisión que acababa de dejar. Nos dimos al mar, abordamos con éxito dos barcos de regreso y los despojamos de lo mejor de sus cargas. Pero nos sorprendió un navío que marchaba al extranjero: nos persiguió y como estaba libre de carga y sus velas eran más grandes que las nuestras, pronto nos capturó. Después de uno o dos disparos inútiles nos entregamos. Yo habría compartido la suerte de la tripulación, que fue encadenada, de no haber revelado mi nacionalidad y mi triste destino. El capitán inglés creyó en mi buena fe y me utilizó como emisario intérprete en todos sus tratos con el navío cautivo. Como se avistara otro navío inglés, los cautivos fueron llevados allí a las autoridades. Yo auxilié al capitán inglés en todas las negociaciones necesarias y le supliqué después que me dejara libre. Respondió ofreciéndome un puesto en su tripulación, pero yo estaba resuelto a buscar fortuna en las colonias y cuando le expliqué mi intención, me despidió con un amistoso apretón de manos.

Era tarde cuando dejé el navío inglés. Decidí buscar alojamiento cerca de la costa. Evité la calle principal, que me pareció por encima de mis medios y de mi aspecto, y tomé por otra paralela pero menos frecuentada que llevaba desde el río hacia lo que me parecía el centro de la ciudad.

Después de Cádiz, me deprimían la chatura y la monotonía del lugar y súbitamente me sentí desamparado. Las calles estaban desiertas y tuve que caminar durante largo tiempo desde el puerto antes de llegar a los barrios habitantes. La mayoría de las casas eran de estilo español, con paredes blancas y rejas al frente; algunas puertas abiertas dejaban entrever patios interiores alegres y floridos. Como no vi nada que se pareciera a una posada resolví entrar a una taberna y obtener algunos datos del tabernero mientras comía y bebía algo.

No acababa de ocurrírseme esa idea cuando di con una casa diferente de las otras; la puerta no se abría a un patio sino directamente a un cuarto iluminado por una lámpara colgada del techo. Era un cuarto sin muebles, pero sentados ante una tosca mesa había varios hombres bebiendo vino. Cada vez que recuerdo esa escena pienso que muchas cosas, pero sobre todo el aire solemne y resuelto de los hombres allí reunidos, debieron detenerme; pero estaba cansado y con hambre, desconocía todo lo que me rodeaba y tomé la casa por una modesta taberna como las que había visto en Cádiz y en otras partes de Europa. De modo que entré. Quien desee comprender lo que ocurrió deberá tener alguna idea de mi aspecto en esa época. Mi larga prisión me había dejado esquelético, con mejillas hundidas y ojos que parecían curiosamente grandes y sombríos. Al salir de la prisión me había comprado un sombrero español de alas anchas y copa alta. Llevaba una camisa oscura y un corbatín rojo, y en lugar de chaqueta, mi manta de marinero echada sobre los hombros. Lo poco que poseía estaba en un envoltorio que llevaba en la mano. Llegué hasta el umbral del cuarto sin que nadie reparara en mí.

Permanecí allí, pensando a quién dirigirme. Pero en cuanto me vieron hubo un movimiento general y los hombres sentados ante la mesa se pusieron de pie. Me saludaron con expresiones de bienvenida y me hicieron un lugar a la cabecera de la mesa. Yo seguía creyendo que había entrado en un lugar público, y la cortesía y el respeto general con que me acogieron me causó no poco asombro. Pusieron un vaso ante mí y lo llenaron de vino.

Percibí cierta expectación entre mis compañeros, pero bebí el vino con toda la indiferencia de que fui capaz. Durante en lapso que me pareció una eternidad nadie habló. Entonces una voz se dirigió a mí a través de la mesa:

– ¿El señor ha tenido buen viaje?

Alcé los ojos lentamente, resuelto a obrar con cautela.

– Sí -respondí-, gracias a Dios he llegado sin contratiempos.

– ¿Ha venido usted en el navío inglés que ha anclado esta mañana en el río?

– En ése.

– Lo esperábamos ayer, directamente desde Cádiz.

– De Cádiz vengo, pero las rutas marítimas no son directas.

Respondí a ciegas, al principio con el deseo de ser complaciente. Pero no había adelantado tres paso cuando comprendí que andaba por un camino desconocido que llevaba no sabía adónde. Nunca me había sentido más consciente de mi destino, esa oscura fuerza que nos arrastra a la acción impersonal y nos obliga a entregarnos a los acontecimientos.

– Muy bien -añadió la misma voz.

Y después, como un eco de mis propios pensamientos:

– Ni siquiera las fuerzas naturales pueden vencer a un hombre predestinado.

Bebimos un rato en silencio. Después el mismo hombre volvió a hablar:

– Hemos dispuesto que permanezca usted en esta casa durante dos días. En el tiempo que tardarán en llegar los guías desde Roncador. Seguir el viaje por río le tomará muchas semanas; por eso le aconsejamos que viaje a caballo: así llegará en veinte días a destino. Aguardará en la montaña a las fuerzas revolucionarias del general Santos. El resto no podemos preverlo.

Para entonces ya había adquirido los datos esenciales para comprender el laberinto a que me habían llevado los oscuros manejos del destino. La situación general de Sudamérica me era familiar por mis conversaciones con los compañeros de prisión en Cádiz. La corrupción de la tierra madre se había reflejado, y aun exagerado, durante muchos años en sus dependencias coloniales, gobernadas en su mayoría por virreyes tiránicos y capitanes generales. Ello había suscitado un espíritu de inquietud entre los pobladores y los nativos, que España, distraída por las invasiones extranjeras y las luchas domésticas, era incapaz de contrarrestar. La invasión napoleónica de la Península había sido el acto final de la caída de un imperio, ya que anunció a las provincias de ultramar que había llegado el momento de afirmar su independencia y dar vida a un nuevo mundo. Aunque las doctrinas de la Revolución Francesa habían penetrado en las colonias americanas, en la mayoría de los casos fue la milicia vernácula quien dio el paso decisivo; en efecto, las nuevas repúblicas fueron gobernadas por juntas militares con quienes las tropas españolas se apresuraron a aliarse. En general, las revoluciones no fueron cruentas, pero la paz no era continua. Las juntas reunidas por los diversos dictadores se mostraron ignorantes e intratables y no hubo una sola colonia que no cayera en un período de infortunada discordia. Pero en cada colonia un grupo de idealistas, de hombres imbuidos de los principios revolucionarios, ansiosos de gobernar sus países en beneficio de sus habitantes. Casi todos pequeños comerciantes, criollos y campesinos, carecían de las cualidades necesarias para el mando político y por lo común dependían de aventureros inescrupulosos, casi siempre letrados que envidiaban el poder de los dictadores militares y que sólo por eso profesaban principios revolucionarios, con la esperanza de reunir la fuerza suficiente para desplazarlos.

El grupo de hombres con que topé en Buenos Aires era, como supe después, de índole algo diferente. Formado según el molde del Club Jacobino, su propósito era convertir toda Sudamérica a los principios de la Revolución y confederar todas las antiguas colonias en una sola república. Para ello estaban en comunicación con los revolucionarios de España, de quienes esperaban recibir agentes acreditados dispuestos a actuar como jefes políticos en la empresa. Ignoro qué cadena de coincidencias hizo que mi llegada respondiera a su expectativa. Acepté mi destino, y ellos, por su parte, no tuvieron motivo para dudar de mi buena fe.

El hombre que se había dirigido a mí y que los demás llamaban don Gregorio me hizo varias preguntas sobre las cuestiones de España, en especial sobre Cádiz, de donde había emigrado al fracasar la revolución de Riego. Pude responder ampliamente a todas esas preguntas. Descubrí, por ejemplo, que entre mis camaradas de prisión había varios que habían sido compañeros de don Gregorio y hablamos de ellos durante algún tiempo. Después, viéndome fatigado, don Gregorio sugirió que me retirara a la habitación que me habían preparado. Así lo hice, contento de poder estar solo para considerar mi posición y mi futuro comportamiento.

Pero mi mente estaba llena de dudas y perplejidades y, demasiado exhausto, me dormí antes de tomar ninguna decisión. Dormí largo tiempo, aunque me despertaron a menudo el temor y la ansiedad. Tuve pesadillas que me estremecieron de horror, pero hacia el amanecer caí en un sueño profundo y cuando desperté, ya avanzada la mañana, había olvidado todo ese horror. Tenía clara la mente y muy pronto tomé una decisión. Abandonar el papel que estaba representando me pareció no sólo una vil deserción de la Providencia que me había llevado hasta allí, sino también, y en puridad de verdad, un paso peligroso. Si les descubría quién era

me vería forzado a confesarles, que me había valido la noche anterior. Si intentaba escapar, debería vérmelas con la venganza de hombres habituados a las medidas extremas y que no tenían aspecto de tolerar la existencia de un traidor suelto. Por lo demás, mis verdaderas posibilidades de huir eran remotas, consideraban que era extranjero en la ciudad, sin proyectos definidos y sin saber dónde ocultarme ni de qué modo arreglármelas.

Decidí, por consiguiente, arriesgar la posibilidad y continuar representando el papel que el destino me había impuesto. Me levanté, y ya lavado y vestido bajé al cuarto donde había tenido lugar la reunión la noche anterior. Sólo encontré a una anciana que me dio un tazón de café y un pedazo de pan. Decidí no hacerle preguntas y aguardar los acontecimientos. Hacia el mediodía apareció un joven español en quien reconocí a uno de los revolucionarios, seguido de un gaucho. Me presentó a este último como el guía que me acompañaría al Roncador y con quien podía discutir el plan de viaje, la adquisición del equipo y los alimentos necesarios y todos los demás detalles.

Ese hombre era un antiguo chasque que conocía perfectamente la forma de viajar en ese país, digno de confianza aunque no desdeñara disponer las cosas según su ventaja personal. Preví que podría confiar en él y le entregué una generosa suma de oro para que comprara una montura, pistolas y todo lo necesario, anunciándole que si hacía una buena compra podía guardarse el sobrante como premio. Estaba aún discutiendo el viaje con él cuando apareció don Gregorio, y después de dar su opinión acerca de algunos detalles me invitó a almorzar con él. Caminamos algún tiempo por las calles hasta una linda casa con un patio; allí nos reunimos con la familia de don Gregorio (su mujer y dos niños pequeños) durante un copioso almuerzo que fue, en verdad, la mejor comida que había probado desde hacía más de dos años. Mientras almorzamos no discutimos mi misión ni otros asuntos serios; pero después, cuando el resto de la familia se retiró para la siesta, don Gregorio me llevó a su biblioteca, una fresca habitación amueblada con una mesa, un catre y una colección de doscientos o trescientos volúmenes, casi todos de carácter político o legal. Cambiamos opiniones sobre algunos de los libros que tomó de los estantes y después me dejó para que durmiera mi siesta en el catre de la biblioteca.

Eran las cuatro o las cinco cuando volvieron por mí. Don Gregorio apareció para decirme que debía partir de Buenos Aires al amanecer del día siguiente: tenía el tiempo preciso antes de retirarme a mi cuarto para encargarme de los últimos detalles que considerara necesario. Me prometió acompañarme a las mejores tiendas y me ofreció el dinero que me hiciera falta. Pero no había demasiadas cosas que me parecieran apropiadas para mi aventura. Compré una brújula de bolsillo, algunos lápices, papel y algo de ropa. Don Gregorio me acompañó hasta mi alojamiento y allí nos despedimos. Me dio mensajes de fraternal amistad para el general Santos y me enseñó un sencillo código mediante el cual podría enviarle noticias a él mismo o a cualquier miembro de la Sociedad de Buenos Aires.

Por la mañana siguiente, a las cuatro, el gaucho fue a despertarme. Ante la puerta tenía un caballo con mi montura y todo el equipo en su puesto. Llené las alforjas de la montura con mis pocos objetos personales y monté con cierta vacilación. Aunque había montado desde niño, hacía tres o cuatro años que no subía a un caballo y nunca había cabalgado distancias tan largas como las que se extendían ante nosotros. Aclaraba el día cuando trotábamos por las calles desiertas de Buenos Aires. Mi guía observó que acaso podríamos cubrir unos cien kilómetros por día, pero le confesé que al principio yo sería capaz de tanto. Cuando llegamos a l primera posta, a unos treinta kilómetros de la ciudad, me sentía aún bastante animoso y consentí en forzar la marcha en la próxima etapa. En total cabalgamos setenta kilómetros ese día, deteniéndonos en postas que eran míseras chozas de barro, sin más provisiones para los viajeros que un catre de cuero curtido, carne asada o hervida y el insípido mate del país. En cada posta encontrábamos un relevo de caballos tomados de las manadas que abundaban en cualquier parte de las pampas. Los caballos eran jóvenes y casi salvajes, y andaban a un paso mucho más veloz que el de los de mi tierra.

El recuerdo de ese viaje sigue viviendo en mi memoria. Era ese un viaje nuevo para mí y todo lo observaba con interés y excitación. Las vastas pampas herbosas carecían de rasgos peculiares, pero su llana inmensidad era en sí imponente y aun angustiosa. Las hierbas y plantas que crecían a cada lado del camino eran de tamaño gigantesco, sobre todo los cardos, que alzaban sus copetes y sus hojas dentadas por encima de nuestras cabezas. Gran cantidad de ganado se desplazaba como migraciones sobre la llanura; venados y avestruces saltaban del camino y algunos animales más pequeños, como la barbuda vizcacha y el armadillo cubierto con su cota, recibían con súbita sorpresa nuestra aparición. Cada cien metros, bandadas de perdices alzaban el vuelo a nuestro paso.

De las gentes que encontré durante mi viaje, eclipsadas por los acontecimientos más importantes de los años posteriores, conservo un recuerdo menos claro. Pero en todas partes di con hombres hospitalarios -encargados de las postas, campesinos, a veces un sacerdote-. Nadie estorbó mi marcha -siempre imaginaron que yo era un comerciante o quizá un explorador- y por mi parte asumí una actitud amable pero reservada. Nos detuvimos un día entero en dos de las ciudades más grandes, y al cabo de veinte días calculé que habíamos hecho mil novecientos kilómetros y estábamos al pie de una cadena de montañas que se extendía a uno y otro lado más allá de lo que podían alcanzar nuestros ojos. El poblado a que habíamos llegado, al fin del camino, estaba enteramente habitado por indígenas. El gran río, que durante una distancia de no más de ochenta kilómetros había sido nuestro constante compañero, descendía al este por las montañas en una serie de rápidas e inmensas vertientes cuyo fragor podía oírse desde el poblado. El paso a Roncador era sencillamente una vereda precipitada y rocosa que cruzaba la montaña unos ochenta kilómetros al oeste de las vertientes.

Durante el viaje pude reflexionar a mi antojo, ya que el gaucho, aunque ingenioso, leal y bastante agradable como camarada de viaje, no ofrecía muchos temas de conversación. Sabía que yo estaba implicado en una misma política, pero dudo que eso significara algo para él. Sentía una aversión fija hacia los viajeros godos, como se llamaba a los antiguos opresores, y sus simpatías políticas eran raciales más que idealistas. Tampoco era muy extenso su conocimiento de la región en que estábamos confinados; solía atravesarla como mensajero o guía, pero nunca había vivido en ella. Nada esencial podía agregar a los informes que ya había recibido de don Gregorio.

Todo lo que yo sabía se reducía a esto: la región de Roncador era una de las antiguas provincias españolas más pequeñas. Consistía en una alta meseta, más o menos del tamaño de Irlanda. Era exclusivamente apta para el pastoreo y sólo sus límites geográficos preservaban su identidad política y económica. Tal identidad nunca habría existido sin la obra de los jesuitas, que a comienzos del siglo XVII penetraron en esa fértil región para establecer una misión, convertir y organizar a los indios guaraníes -que hasta entonces habían llevado una existencia más o menos nómada-, enseñarles los principios de la agricultura y el comercio, y algunas artes mecánicas, como al del tejido y la construcción. Durante ciento cincuenta años guiaron los destinos de la comunidad que habían logrado crear, y aunque no hay duda de que explotaron a los indígenas en por de la gloria mundial del clero, el sistema servía al bienestar general, y si no hubieran suscitado la envidia de los poderes temporales habrían podido establecer un orden racional y genuinamente cristiano del que el mundo todo hubiera tomado ejemplo. Pero no contentos con atender al bienestar espiritual y económico de las comunidades que habían fundado, aspiraron a independizarse de la corona española, también en el ámbito político (y se dice que del Papa en el ámbito teológico). Tan lejos llevaron sus intrigas y pretensiones que al fin el rey resolvió expulsarlos de todos sus dominios y urdió sus planes con tal minucia y secreto que en una sola noche cada jesuita de las colonias españolas fue sorprendido y arrestado por las autoridades civiles y militares, enviado bajo escolta a Buenos Aires y desde allí embarcado hacia España.

La expulsión había ocurrido sesenta o setenta años antes de mi llegada a América. El dominio jesuítico había durado un siglo y medio, y aunque enérgico -los indígenas habían observado una estricta disciplina-, se había comprobado duradero y eficaz. Después de la expulsión de los jesuitas, las misiones decayeron por completo, ya que los indios volvieron a su anterior modo de vida o bien -y ese fue el caso más frecuente- cayeron en manos de criollos o españoles inescrupulosos. Para cada colonia fueron designados un gobernador español y tres lugartenientes; para cada ciudad, un administrador civil encargado de los asuntos temporales y dos curas que dirigían los espirituales. En realidad tal gobierno disfrazaba un sistema de expoliación y robo; cuatro años después de la expulsión de los jesuitas, la riqueza en ganado, caballos y rebaños, de la mayor parte de las misiones, disminuyó la mitad.

Con el tiempo yo había de informarme mucho más acerca del gobierno de los jesuitas, pero por el momento no he de cargar mi relato con detalles accesorios. Baste decir que durante otros sesenta y tantos años siguieron mermando la riqueza, la población y todos los signos de civilización en las colonias y misiones. Al caer el imperio español, cuando las colonias declararon su independencia, todos los habitantes aspiraron a una mejora de su condición. Y lo cierto es que desde el punto de vista de los pobladores y comerciantes que habían hecho suyo el país, las cosas mejoraron con la caída del domino español. El poder pasó a manos de los oficiales de la milicia local (fuerzas primitivamente alistadas por las guarniciones españolas), auxiliadas en algunos casos por un letrado y uno o dos comerciantes. En la mayoría de los casos se estableció una dictadura militar, y como el solo propósito de tales sistemas era el engrandecimiento del propio dictador, sólo procuraron atraer la codicia de otros dictadores en potencia. Las intrigas políticas, que invariablemente concluyeron en derramamientos de sangre, se complicaron más tarde con la acción de los nuevos sacerdotes que, hallándose en conflicto con cada sucesiva dictadura, se consagraron con todas sus fuerzas a estorbar la administración pública. Mientras tanto los desdichados indígenas se encontraron peor que nunca; no sólo carecían de organización política y de armas que hicieran posible una revuelta, sino que les faltaba la iniciativa necesaria. Profundamente desmoralizados, fueron las víctimas indefensas de quien tuviera autoridad para oprimirlos.

Contra ese sistema de opresión, la Sociedad Patriótica de Buenos Aires procuraba implantar los principios de la Revolución Francesa. Su ideal era imposible y estaba destinado al fracaso. Pues aunque podían convertir a los indios, y por más que la opresión engendrara el espíritu de rebeldía, faltaban por completo los agentes necesarios para organizar y conducir tal movimiento popular. En toda la extensión del continente apeas había un hombre de inclinaciones políticas cuya conducta no pudiera tacharse de venal y que tuviera la libertad de consagrarse a la causa del pueblo oprimido. Las juntas de Buenos Aires estaban formadas en su mayor parte por hombres cuyos negocios y familias los ligaban a esa ciudad y que se ocupaban únicamente de su propio futuro político. Por tal motivo habían suplicado a sus camaradas de Cádiz que les enviaran agentes de eficacia probada y yo me había convertido en uno de ellos sin habérmelo propuesto.

Los esfuerzos de dichos agentes habrían sido absolutamente inútiles de no existir en casi todas las colonias elementos insatisfechos entre las fuerzas militares. Esas fuerzas, como ya he dicho, no eran puramente españolas; en realidad, si por español entendemos "nacido en España", el elemento puramente español, sobre todo en las colonias más remotas, era una minoría. Durante la secesión de las colonias muchos de los elementos puramente españoles se habían pasado al bando del nuevo gobierno y formaban los núcleos de las dictaduras militares. Salvo esos grupos, la mayoría de los soldados eran hombres nacidos en las colonias, por lo común de padre español y madre india. Pero no había barreras raciales estrictas y hasta los indios puros eran admitidos en los grados inferiores.

Era posible, por lo tanto, establecer una división entre los elementos militares españoles y americanos de nacimiento. Los primeros, que sólo podían alardear de su bravuconería militar,

solían ser de trato insoportable y de costumbres ociosas y corrompidas. Los segundos, con familia y propiedades en las cercanías, tenían intereses fuera de las cuadras y la plaza de armas: se conducían, pues, con más sobriedad y miraban con simpatía a los nativos. La probable estrategia de un partido revolucionario era ganarse la ayuda de esos elementos más deseables del ejército y de tal modo derrocar la dictadura con las mismas armas que la sostenían.

Hay que tener presente que lo que he dignificado con el nombre de ejército era con frecuencia una fuerza de unos pocos centenares de hombres armados con carabinas viejas. En casos excepcionales poseían una o dos piezas de artillería. Desde luego, todos los hombres tenían su caballo o podían tenerlo, ya que caballos era lo que abundaba por todas partes. El ejército de Roncador consistía en cuatro compañías, cada una con menos de doscientos hombres. Pero la plana de oficiales, como de costumbre, no tenía proporción con lo exiguo del ejército e incluía a cinco generales, doce coroneles y veinte o treinta oficiales de grado inferior.

A esto, según puedo recordar ahora, se reducían mis informaciones antes de llegar a Roncador. Pero la Sociedad Patriótica había comprobado que un nuevo gobierno podía encontrar apoyo suficiente no sólo entre los indios sino en el propio ejército, y se habían tramitado negociaciones secretas entre la Junta de Buenos Aires y Crisanto Santos, el general a quien debía dirigirme. Aunque Santos había llegado al grado más alto en el ejército, pertenecía a una familia establecida de antiguo en las colonias y cuya sangre no estaba exenta de mezcla con la de los indios que tanta simpatía le inspiraban. Ansiaba cambiar el estado de cosas vigente y establecer el orden y la justicia en lugar del caos y la opresión, pero no había en el país un solo hombre de bastante educación o experiencia con quien pudiera cooperar. Se consideraba capaz de establecer el orden, pero le repugnaban los detalles de la administración política, sin los cuales es imposible gobernar una comunidad.

Cuando hubimos descansado veinticuatro horas, iniciamos la etapa más breve pero más ardua del viaje. Alquilamos cuatro mulas y otro hombre para que nos sirviera de guía. El sendero serpenteaba por un valle rocoso y precipitado, siguiendo a veces el lecho del río, trepando otras por cuestas de espesa arboleda. Hacia el mediodía llegamos al punto más alto del paso y descansamos allí cuatro horas. Aunque nos encontrábamos por lo menos a mil metros sobre el nivel del mar, la temperatura de ese día otoñal se mantenía serena y cálida. El gaucho y el guía dormían a la sombra; las mulas piafaban constantemente y hacían vibrar la piel para librarse de los molestos insectos que las acosaban. Yo me sentía demasiado excitado para dormir, impaciente y aprensivo a la vez, como si estuviera anhelante en el umbral de un país que iba a decidir mi destino. El sendero herboso a mis pies, el panorama de las montañas arboladas, el vasto cielo abierto sobre mí, todo me incitaba hacia delante con una secreta promesa.

Desperté a mis compañeros hacia las cuatro y hasta los insulté por su pereza. Sólo nueve kilómetros nos separaban de nuestra meta y la pendiente descendía más suavemente. Pero con frecuencia la maleza o las ramas caídas obstruían los senderos, de modo que eran casi las siete cuando por fin llegamos a un claro y vimos ante nosotros un rancho hecho de ramas y barro. Nos detuvimos a la entrada del claro mientras nuestro guía se adelantaba para advertir al dueño de nuestra llegada.

No tardó en volver, haciéndonos señas de que nos acercáramos. La casa no difería mucho de las que había visto durante mi viaje desde la costa. Tenía dos cuartos, el primero con una mesa y algunas rústicas sillas, el segundo con dos camas. Un anciano de rostro moreno, barbudo, cubierto de arrugas y enmarcado por una cabellera sedosa y blanca, se adelantó para saludarnos. Era Borja Yrabuyé, el indio en cuyo rancho tenía que esperar las instrucciones del general Santos. Hablaba un poco el español y era infinitamente cortés, casi servil. En un brevísimo tiempo preparó una excelente comida: carne asada y raíz de yuca, seguidas por mate

cocido y cigarros. Después me entretuve tratando de hablar con Yrabuyé en guaraní; antes de acostarme ya había hecho algunos progresos.

El gaucho partió al amanecer siguiente para Roncador, a fin de prevenir al general Santos de mi llegada y recibir instrucciones. Roncador -la ciudad tenía el mismo nombre que la región- estaba a un día entero de marcha, de modo que no podía esperar la vuelta de Pedro antes de cuarenta y ocho horas. Despedí al guía con las mulas y pasé el resto del día en la excelente compañía de Yrabuyé, que a pesar de las dificultades de comunicación me enseñó mucho acerca de las costumbres del país, la situación de los indios, sus quejas contra los españoles y su deseo de un gobierno establecido. Mientras tanto, seguía aprendiendo el dialecto.

Pedro no regresó al segundo día de marcharse, como esperaba, sino al terreno, en que apareció acompañado por el propio general Santos. De estatura excepcionalmente baja, el general superaba sus deficiencias físicas con un aspecto fiero pero risueño, resultado de sus ojos negros e inquietos y de su barba negra y gris, que brotaba en su cara como las cerdas en un cepillo. Hablaba con rapidez y efusión, y me saludó con tal abundancia de palabras que me evitó la necesidad de una respuesta adecuada. Yrabuyé, que había servido al general y solía acompañarlo en sus cacerías, pronto agasajó a su amo con una comida a su gusto que todos compartimos. Después el general y yo nos apartamos y durante largo rato intercambiamos nuestros puntos de vista, aunque lo cierto es que en esa conversación me limité a hacer preguntas que el general Santos respondió sin reserva. Tenía, en verdad, bastante edad como para ser mi padre, pero me trató sin demostrar condescendencia, atribuyéndome una habilidad política y una experiencia que acepté sin protestas. En mi trato con hombres de acción siempre he comprobado que para las cosas que consideran intelectuales no tienen percepción ni posibilidad de juicio, y aceptan rápidamente la más superficial exhibición de saber como un hondo misterio más allá de su entendimiento, siempre que dicha exhibición se haga con serenidad y firmeza.

El general se las había arreglado para que pensara que estaba cazando en las montañas, de modo que disponíamos de todo el día siguiente para discutir y elaborar nuestros planes. El general opinaba que la sorpresa debía ser el principio de nuestra estrategia. Una vez ocupada la ciudad y arrestados los oficiales españoles, no podíamos temer oposición por parte del pueblo de Roncador. Debía proclamar un gobierno popular y solicitar su apoyo a la nueva constitución, una constitución que habría de seguir el modelo indicado por los más ilustres filósofos europeos.

El general podía contar con la fidelidad de su propia compañía, pero sería difícil reunirla sin que se enteraran los demás oficiales. Sugerí algo como un desfile de la compañía o una excursión de campaña, pero nada de eso era conocido por el ejército de Roncador. Los únicos desfiles habituales eran los de los días festivos, que incluían a todo el ejército. No parecía haber solución inmediata o simple para el problema. Pedí entonces al general que diera una idea más o menos precisa de la disposición de la ciudad y sus alrededores. La ciudad era la sencillez misma; consistía en una plaza central de cuyos cuatro extremos partían dos calles en ángulo recto, cortadas a intervalos irregulares por callejuelas o senderos. Estaba situada en la falda y la cima de una colina semicircular (en realidad era una llanura inclinada), a cuyo pie corría un río. El río, de pocas dimensiones, tenía lecho rocoso y un solo puente de tres arcos lo cruzaba. La calle que daba al puente partía del ángulo noroeste de la plaza y era la vía principal.

La ciudad misma estaba formada por ranchos, salvo la parte este de la plaza. Cien años antes los jesuitas habían construido allí su catedral, flanqueada por dos construcciones de piedra más bajas: una había sido el colegio jesuítico para transformarse después en cuartel general; la otra era depósito y sede de la administración civil. Todo el plantel del ejército ocupaba el antiguo colegio, construido formando un vasto rectángulo y con un claustro cubierto en el interior.

El claustro tenía sólo dos entradas: una, directamente desde la plaza, era un pasaje cerrado de anchura suficiente para que pasara una carreta o cuatro hombres juntos. La otra, desde el crucero norte de la catedral, era una puerta de dimensiones normales.

Sería inútil describir los diversos planes que elaboramos alternativamente durante el día. Los más obvios fueron descartados a causa de la índole del material humano a nuestras órdenes. Aunque confiaba que sus hombres lo seguirían cuando y adonde quisiera llevarlos, el general Santos desesperaba de poder confiarles un plan secreto de operaciones; tampoco podía responder de su discreción, porque la simplicidad de sus mentes impedía comprender la sutil naturaleza de una intriga o la necesidad del silencio. De modo que desechamos todo plan que implicara una acción en masa y nos decidimos por una operación rápida en la que intervinieran pocos hombres. Dicha acción tenía que ser drástica y espectacular, y yo, que hasta entonces me había considerado entre los hombres más humanos y compasivos, me sorprendí admitiendo, y aun instando, al método del asesinato. Arrestar al dictador y a sus inmediatos habría provocado una desesperada oposición entre los oficiales. Y aunque las fuerzas eran leales y el pueblo favorable, sólo habríamos alcanzado la victoria con un incalculable derramamiento de sangre.

Decidimos que nuestro plan contemplaría, en primera instancia, únicamente la muerte del dictador; otras ejecuciones la seguirían si el acontecimiento provocaba oposiciones definidas. Pero el general confiaba en que ni siquiera sus inmediatos llorarían la muerte del dictador, ya que quienes no estaban movidos por el temor o la antipatía personal, sin duda le tenían envidia.

Decidimos a continuación que el asesinato sería espectacular. Un asesinato secreto implicaría el problema ulterior de la publicidad, de las explicaciones interminables. Y las explicaciones son eficaces sólo cuando las acompaña una demostración de fuerza. Resolvimos que el asesinato tendría lugar en la plaza, a una hora en que estuviera reunido un número considerable de gente.

Al asesinato habría de seguir inmediatamente la declaración de la república, la abolición de la dictadura militar y el establecimiento de la soberanía del pueblo mediante la libre elección de sus representantes.

Cuando resolvimos todo eso, el problema derivó hacia la ocasión más oportuna de ponerlo en práctica. Después de algunas vacilaciones, el general recordó que el primer domingo de abril (a mediados de otoño en esas latitudes) tendría lugar la ceremonia de la presentación de los tributos. Introducida originalmente por los jesuitas, esa manera de sostener el clero había continuado bajo el dominio español. Pero como la rivalidad entre la Iglesia y el Estado había ido en aumento, resultaba difícil a los sacerdotes percibir ese tributo. En los últimos tiempos, bajo la dictadura militar, el sistema había sido renovado, los tributos reducidos a proporciones razonables y su percepción garantizada por las armas. Para subrayar ese acuerdo entre la Iglesia y el gobierno, el dictador había establecido la costumbre de asistir con gran pompa a la ceremonia de la bendición de los tributos. Para nuestra fortuna, ese año como en otros anteriores el general Santos había sido encargado de los preparativos necesarios para la participación militar. Nuestro propósito parecía así muy complicado.

Se me ocurrió que podíamos arriesgar el éxito de nuestro plan si hacíamos coincidir el asesinato con la ceremonia de la catedral o si derramábamos sangre en algún lugar sagrado para el pueblo. Habría sido fácil, por ejemplo, situar a los asesinos en el pórtico de la iglesia de modo que cayeran sobre el dictador cuando apareciera al frente de la procesión. Y aun habríamos podido instalar a otros hombres en el interior de la iglesia que, al oír el disparo, cerrarían las puertas e impedirían que saliera el cuerpo de guardia del dictador. Nada más sencillo que ese plan, pero el general confirmó mi temor de que en tales condiciones el hecho podía herir la susceptibilidad religiosa del pueblo y hacer un mártir del dictador.

Ese día no seguimos adelante con nuestros planes, pero como aún debían pasar tres semanas antes del domingo en cuestión, decidimos que al día siguiente yo acompañaría al general hasta su hacienda, situada unos ocho kilómetros al oeste de la ciudad. Allí podíamos elaborar los detalles de nuestro plan de acción con paciencia y cuidado. Al general no le pareció de mucha importancia que mi presencia en el lugar pudiera ser conocida y divulgad en Roncador; sus compañeros del ejército nunca sospecharon que albergaba a un agente político, y en cuanto al pueblo, el hecho de que supiera de mi existencia -y quizá la difusión general de cierta atmósfera de perplejidad y misterio- sería una ventaja para nuestros planes.

Por consiguiente, al día siguiente partimos temprano. Me despedí del amable Yrabuyé y le prometí volver para cazar con él perdices antes de que pasaran muchas semanas. Mi gaucho, que ya debía haber regresado a Buenos Aires, me suplicó que lo retuviera como guardaespaldas en esa tierra de salvajes, y como el general consintió lo tomé de buena gana, ya que era la imagen de la fidelidad.

La región que atravesábamos era de una frescura deliciosa. Prados verdes alternaban con montes de árboles y por todas partes corrían placenteros arroyos. Los arbustos y árboles eran de gran variedad, la mayoría desconocidos para mí; pero reconocí la lima, el naranjo y la higuera. Plantas más pequeñas, algunas olorosas, pendían de las ramas de los árboles mayores y en ese jardín aéreo vivía todo un mundo de seres -ardillas, monos, loros y otros pájaros de vistoso plumaje-. Pero lo más seductor eran las miríadas de colibríes que se arrojaban de árbol en árbol o revoloteaban suspendidos sobre nosotros. Había visto a menudo esos seres -algunos no mayores que insectos- en mi viaje desde la costa, pero nunca en tales cantidades ni en tan deslumbrante variedad. Algunos de ellos parecían en verdad centellear como piedras preciosas o metales brillantes, a la vez traslúcidos e iridiscentes; sus matices iban desde el canela hasta el carmesí, el púrpura, el violeta, el índigo y el verde. Al volar, sus alas vibraban con tal rapidez que se hacían invisibles y producían un zumbido sordo. Al general le complacía mi deleite frente a esos "ángeles", como los llamaba, y me explicó que degustaban mucho, hasta el punto de haber llenado su casa de ellos.

La tierra fue haciéndose aquí y allá más pantanosa; pasamos frente a una o dos lagunas cubiertas de patos y becadas. Perdices y codornices corrían por los claros herbosos. A veces vislumbraba entre los árboles algún rancho y eran frecuentes los signos de cultivo: hileras de algodoneros, yuca, tabaco, y a veces, junto a las casas, un campo de maíz o caña de azúcar. Los habitantes que vimos eran nativos y vivían con extrema simplicidad. Nos detuvimos ante un rancho para beber agua, que nos ofrecieron en un rústico cacharro cocido por el dueño de casa. Éste permaneció con la cabeza descubierta mientras bebimos; la mujer y los hijos se quedaron respetuosamente apartados, con las manos cruzadas sobre el pecho. El general me dijo que no era esa una demostración especial hacia él sino la costumbre observada con todos los extranjeros.

Cabalgamos sin tropiezos y llegamos a la estancia del general alrededor de las cinco de la tarde. La región era menos arbolada pero aun fértil. Grandes rebaños y manadas de caballos erraban por las vastas praderas. La casa estaba al abrigo de un grupo de árboles; era una construcción larga y baja, con una galería abierta. Anunció nuestra llegada un incesante ladrido de perros y una gran agitación de gallinas. Jóvenes gauchos saltaron de la sombra para tomas nuestros caballos y el general me guió a su casa. Vivía allí con su mujer nativa y nueve hijos, la mayor de las cuales era una muchacha de veintidós años. Los besó a todos sucesivamente y me presentó como el doctor Olivero, pues habíamos convenido que ese nombre era adecuado para la región. Pero no permanecimos junto a la familia y nos dirigimos al cuarto del general, en un extremo de la casa. Allí me presentó al resto de su familia que era la parte más numerosa: sus colibríes, que vivían en media docena de jaulas colgadas en las paredes del cuarto. Allí los alimentaba y allí se multiplicaban. El general abrió las jaulas y todos salieron con penetrantes chillidos, revoloteando a su alrededor. Había llevado unas plumas empapadas en jarabe en las

que hundían sus lenguas los veloces pájaros. Otros volaban alrededor de sus orejas, revoloteaban ante su boca, zumbaban junto a su cabeza y sus manos. Cuando se cansó de jugar con ellos, el general apartó las plumas y agitó suavemente las manos; ante esa señal todos volvieron a sus respectivas jaulas.

En una hornacina vi unos pocos libros, pero salvo una mesa y dos sillas no había otros muebles en el cuarto. Casi toda una pared se abría a la galería, desde la cual la vista se extendía hacia un lejano panorama de colinas arboladas, cubiertas por los primeros tintes dorados del otoño. Pronto iba a descubrir que allí, en la galería, la familia entera dormía en hamacas. Pero antes de entregarnos a ese momento de reposo saciamos nuestra hambre con una comida muy bien preparada que nos sirvieron las hijas del general.

Al día siguiente el general volvió a Roncador y me dejó meditando entre sus libros y sus colibríes. Mucho tiempo habría de pasar antes de que estableciera una relación íntima con los últimos, ya que mi figura alta y descarnada tenía, comparada con la baja estatura y el aspecto hirsuto del general, toda la extrañeza de una nueva especie. Entre los libros encontré muchos de índole política, concebidos para inspirar miras liberales y simpáticas -entre ellos la gran obra de Volney, que tanto había influido en mi mente juvenil-.

En esos parajes pasé las tres semanas más agradables de mi vida. El clima eran tan límpido y benigno, la vida de la casa tan alegre y simple, tan desprovista de ceremonias o convenciones de cualquier especie. Me levantaba temprano y me bañaba en un arroyo vecino; pasaba la mañana cazando patos salvajes y perdices o cabalgando por la propiedad con alguno de los hijos del general; dejaba transcurrir las largas siestas en el umbroso cuarto del general; leía con lentitud y reflexión, refrescándome de cuando en cuando con tazas de mate y adormeciendo mis sentidos con cigarros fragantes y recién hechos. Me era difícil concebir que yo fuera el mismo ser que pocos años antes se consumía en una aldea inglesa, el que se había zarandeado por Londres, Varsovia, Cádiz. Mi mente se negaba a creer en la existencia simultánea de tan diferentes lugares; mi recuerdo era una larga hebra teñida por esas experiencias multicolores y enrolladas en mi cerebro. Fuera del presente, no había otra realidad que existiera para mí.

El general Santos volvía a su casa cada pocos días y a veces se quedaba en ella dos días seguidos. Pasábamos largas horas conversando y elaborando nuestros planes. Dos situaciones obraban en favor nuestro. El dictador tenía dificultades para encontrar suficiente dinero con que pagar al ejército que mantenía movilizado, y era evidente un espíritu de insatisfacción entre las filas. Y a medida que se acercaba la época de pagar los tributos, parte del pueblo murmuraba, como de costumbre, contra esa imposición. Roncador no difería mucho de otros países en un punto: las mujeres y los niños llenaban las iglesias mientras que los hombres, cuyos días estaban consagrados al trabajo físico y sus noches al reposo necesario, encontraban poco tiempo -y en verdad no lo echaban de menos- para los consuelos de la religión. Los sacerdotes y frailes acentuaron esa división, tratando por todos los medios de adquirir influencia sobre la población femenina para afianzar su autoridad.

El día fijado se acercaba, y aunque dominábamos ampliamente todos los factores de la situación nos faltaba decisión para el golpe mismo. Resolví, pues, acompañar al general a Roncador y estudiar allí con todo el cuidado posible el lugar elegido para el acto de la liberación. Cambié para ello mis ropas con las del gaucho y partí como asistente del general. El general tenía que hacer algunas compras en el mercado y me mandó por ellas. Llegamos a la ciudad sin tropiezos. Me interesaba comprobar cómo se ajustaba la realidad a la imagen mental que me había formado de ella según la descripción del general. En cuanto al plano y la situación de la ciudad no podía haberme equivocado: era de extrema simplicidad. Pero había imaginado una ciudad de mayor regularidad y aspecto más imponente. La verdad es que era un mísero montón de ranchos y barracas, con cales arenosas, sucias y sin empedrar. Las calles inclinadas hacia

el río estaban desgastadas por las lluvias y el agua de los manantiales, y parecían más bien el lecho de una cañada. La plaza presentaba un aspecto diferencia. Las casas que se alzaban en tres de sus lados -casi todas de comerciantes y traficantes- eran de mayores dimensiones y por lo común de dos pisos. En torno a la plaza corría una recova a modo de claustro. Diseminados más allá de ese camino cubierto se veían algunos ranchos. La plaza, una hectárea de tierra desnuda, estaba desierta cuando llegamos. La característica más notable del lugar era el lado de este de la plaza, ocupado por la catedral y otras dos construcciones: los cuarteles y el ayuntamiento, o sea las oficinas administrativas. Esas estructuras empequeñecían el resto de la ciudad. La iglesia sólo podía juzgarse por su fachada, que era una perversión del estilo barroco: un enorme baldaquín de piedra y estuco al que estaba unido un pórtico de madera flanqueado por columnas salomónicas, y coronado, en un nicho que era un verdadero nido de cuervos de fantásticos ornamentos metálicos, por una imagen de la virgen de la Asunción de tamaño natural. Una gradería de doce escalones anchos bajaba al nivel del suelo. Los otros dos edificios, de dos pisos cada uno, resultaban por contraste severos y parecían cárceles; eran de granito duramente tallado, con ventanas defendidas por rejas de hierro.

Cabalmente hasta el edificio situado a la izquierda de la catedral; pasamos frente a un centinela y entramos en el patio, donde el asistente del general se encargó de nuestros caballos. Era la hora de la siesta y apenas se veía gente por allí. Ya he mencionado la puerta que desde ese patio daba acceso a la catedral. Utilizándola, entramos en su penumbra interior. El olor a humedad y a ruina fue la primera impresión que recibí de su destrucción, la misma que pronto habría de encontrar en todas partes. La techumbre estaba en parte abierta al cielo y grandes manchas verdosas se extendían por las paredes, alguna vez blanqueadas. El altar mayor estaba despojado y evidentemente en desuso, pero en los laterales ardían algunas velas y aquí y allá rezaba de rodillas alguna anciana.

El general explicó que para la Bendición de los Tributos se repararía transitoriamente el altar mayor. Los fieles llenarían la iglesia: a un lado las mujeres y al otro los hombres, separados por un pasillo vacío. Por ese pasillo avanzarían primero el obispo y los sacerdotes, los clerizontes, los neófitos y las vírgenes portadoras de los frutos simbólicos. Seguirían el dictador con su plana mayor y los oficiales de la ciudad, los jueces y los magistrados. Ocuparían su lugar frente al pueblo y entonces se bendecirían los tributos. Más tarde se reanudaría la procesión: los sacerdotes seguirían hacia la sacristía; los oficiales seglares y su séquito saldrían por el gran pórtico y bajarían las gradas hasta la plaza. En la plaza, el general revisaría su ejército en miniatura, dispuesto en formación de desfile. Al pie de las gradas, recibiría el saludo de las tropas camino del cuartel y las seguiría. Después tendrían lugar varias justas ecuestres en la plaza, entre ellas una *sortija*[1] y una corrida de toros -no la verdadera corrida española, sino una puja entre inhábiles toreros indígenas y toros mansos.

Hice muchas preguntas al general acerca de esa ceremonia. Al pie de las gradas donde el propio dictador se ubicaría cinco días después, se me ocurrieron dos ideas: primero, un dictador nunca se aventuraría a marchar a pie delante de su pueblo; segundo, un dictador nunca marcharía a la retaguardia de su ejército.

Como nos habría resultado difícil seguir observando sin atraer una atención indeseable, dejamos la ciudad todavía adormecida en el sol vespertino. Volvimos en silencio, reflexionando sobre el desesperado plan cuya ejecución estaba ya tan próxima.

Lentamente una idea fue adquiriendo forma en mi mente, una idea que me atraía porque prometía poseer la fantasía de un hecho natural. El hombre es siempre tan torpe y directo al cumplir sus designios… El puñal, una bala, el veneno: no hay juego entre la intención y el acto brutal. Cuando los antiguos dioses quisieron matar a Esquilo, enviaron al cielo un águila con

[1] En español en el original.

una tortuga entre las garras, carga insegura y pesada que, zafándose de las uñas, cayó como una flecha y aplastó el cráneo del anciano poeta. Ya habría querido que la muerte del dictador ocurriera de manera semejante.

Mi plan era organizar el asesinato como parte de los festejos. En la plaza se alzaría una empalizada circular, cerco provisional para contener a los espectadores. En el lado sur de la plaza se construiría un palco especial para el dictador y sus amigos. Aunque yo nunca había visto una corrida de toros, mis compañeros de prisión en Cádiz me habían familiarizado bastante con sus características y el primer plan que esbocé al general Santos era éste: en determinado momento de la lucha el torero desviaría el toro hacia el dictador, lo excitaría de modo que él mismo tuviera que buscar refugio en el palco y allí hundiría su espada en el cuerpo del dictador, y no en el del toro. El general alabó mi ingenio, pero opuso estas objeciones: dudaba que existiera en Roncador un *espada*[2] bastante diestro como para dirigir al toro en un sentido determinado; por lo demás, cuando la corrida llegara a su última fase, la "suerte de matar", el toro estaría demasiado aturdido y exhausto para atacar sorpresivamente, haciendo posible la incursión del torero en el palco del dictador.

Comprendí en seguida la fuerza de tales reparos y pensé en el otro deporte típico de esas ocasiones. La *sortija* es una diversión mucho más simple e inocente. Un marco semejante al de una puerta y bastante amplio como para que puedan atravesarlo fácilmente un jinete y su caballo se erige en un espacio abierto. Del madero central cuelga un aro por medio de una cuerda delgada. El jinete, situado a unos cien metros del armazón, galopa hacia ella a toda velocidad y procura llevarse el anillo en la punta de una lanza. El vencedor, que siempre recibe una gran ovación, se pasearía por la pista en Roncador y saludaría al tirano al asar bajo su palco.

El armazón se alzaría en medio de la plaza, frente al pórtico de la catedral. Los jinetes se ubicarían en el extremo norte, de modo que el dictador seguiría claramente la prueba y -deduje- quedaría en línea directa con respecto a la embestida de los caballeros. Un jinete podría espolear a su caballo y antes de que nadie se diera cuenta de lo que ocurría saltar la empalizada y acertar en un blanco menos escurridizo que un anillo colgado.

Todo lo que necesitábamos era un hombre bastante osado y diestro para arriesgar su vida en el intento.

Al principio la complejidad de mi plan hizo vacilar al general Santos; hondamente prefería un disparo directo. Pero como le hice notar los inmensos efectos psicológicos de un golpe tan rápido y sorpresivo, fue convenciéndose poco a poco y acabó por aprobar con entusiasmo mi idea. Esa noche discutimos cada detalle del plan, cada posible eventualidad, y decidimos cuáles habrían de ser las disposiciones inmediatas al asesinato. Acordamos que no bien cumplido nuestro propósito, los cuarteles, la catedral y el ayuntamiento serían ocupados por hombres armados de la compañía del general; que inmediatamente se declararía la república y se publicaría una proclama; que los oficiales españoles serían arrestados y muertos a la menor resistencia.

Una vez resuelto nuestro plan, actuamos con resolución e intensidad. Sólo cinco días nos quedaban para completar los arreglos necesarios. Supuse que lo más dificultoso sería encontrar el asesino, pero el general me aseguró que conocía a una docena de hombres que aceptarían de muy buen grado la oportunidad de vengarse: hombres vejados o maltratados por la dictadura militar. Al general le preocupaban más los detalles de la proclama, pero me ofrecí para redactarla en veinticuatro horas de modo tal que todos los dogmas clásicos del gobierno democrático estuvieran incluidos en ella. Los principios, le aseguré, ya habían sido sentados por

[2] En español en el original.

los Padres de la Revolución (con ese título general designé a filósofos tales como Rousseau, Raynal y Volney); todo lo que hacía falta era aplicar esos principios universales al caso particular de Roncador.

El general se sometió humildemente a mi alarde de arrogancia intelectual y agitando las manos -el mismo gesto con que había apartado a sus colibríes- volvió entre sus animados compañeros para alimentarlos con las plumas enmeladas.

A la mañana siguiente partió muy temprano hacia Roncador. La excitación mental de nuestra última entrevista me había mantenido despierto durante largo rato, y antes de que me venciera el sueño creí ver con claridad las líneas generales de una nueva constitución. Pero al despertar me sentí obtuso y pesado, y sólo después de varias tazas de mate y frecuentes incursiones en las obras de Rousseau y Volney volvieron a tomar forma mis frases. Entonces escribí con rapidez y claridad, y pude consagrar el día siguiente a revisar y corregir las cláusulas de nuestra proclama.

Sigue aquí la proclama impresa que se descubrió entre los papeles de Olivero:

ESTATUTO PROVISIONAL DE GOBIERNO

Que será sometido a una Convención electoral de la República de Roncador

PREÁMBULO

Dotados los hombres todos por la Providencia Universal de las mismas facultades, las mismas sensaciones y las mismas necesidades, por esa razón ha querido la Providencia que tengan derecho a una distribución equitativa de los bienes terrenos. Puesto que esos bienes bastan para todas las necesidades, se deduce que todos los hombres pueden existir con igual libertad y que cada uno es el dueño de su propio destino. La igualdad y a libertad son los atributos esenciales del hombre, dos leyes de su ser, dos elementos de su constitución misma. Los hombres se unen para cultivar la tierra y vivir de sus frutos; para ello establecen compromisos mutuos: a cada servicio libremente prestado corresponde una parte equitativa de riqueza. La libertad y la igualdad están garantizadas por la justicia, que es el principio del gobierno en una sociedad de hombres libres.

ARTÍCULOS DEL ESTATUTO

Artículo 1º. La providencia de Roncador es libre e independiente; su gobierno es electivo; sus leyes serán publicadas por la autoridad de una asamblea popular y administradas sin intervención del temor o el favoritismo.

Art. 2º. La autoridad para gobernar en nombre del pueblo será otorgada por el término de tres años a una Junta de tres personas, elegidas por el voto del pueblo entero; intervendrá en todos los asuntos del Estado, militares, económicos y administrativos. Habrá un secretario (designado por la Junta) con poder para actuar por cualquier miembro de la Junta en caso de incapacidad de esta última.

Art. 3º. La providencia de Roncador se adhiere a la única religión católica; pero la Iglesia sólo tiene autoridad sobre los asuntos espirituales. Podrá elegir a sus propios obispos y guiar la educación y administración del clero. Sus ingresos provendrán de la libre caridad de los fieles en cada parroquia. Todo tributo forzoso que abolido.

Art. 4º. Además de los habituales atributos de gobierno, la Junta poseerá los siguientes poderes: 1º) proveer a las fuerzas civiles y militares; 2º) señalar impuestos; 3º) establecer tratados de amistad; 4º) emprender obras públicas; 5º) imponer reglamentos para la compra y la venta de los productos vernáculos, tanto en el exterior como en el interior.

Art. 5º. Cada mes se publicará un informe general de los ingresos, los gastos y el balance del tesoro. Cada tres meses se publicará un informe general de los ingresos y gastos públicos.

Art. 6º. La disposición de las tropas, el orden de las promociones, los planes de defensa y todo lo relativo a los asuntos militares dependerá del comandante en jefe, que será uno de los tres miembros de la Junta.

Art. 7º. Cada varón de más de dieciséis años estará dispuesto a defender a su país cuando sea preciso.

Art. 8º. La justicia será administrada por una corte de jueces a quienes se pagará un salario fijado por el Estado. Los jueces, independientes de cualquier controlar político, serán designados por su propio colegio y remplazados a petición del pueblo. En cada parroquia habrá una justicia de paz designada por el tribunal de jueces y responsable ante ellos de la administración de la justicia local.

Art. 9º. En cada ciudad o distrito habrá un alcalde elegido por el pueblo y responsable de la administración local de los asuntos económicos. El alcalde podrá ser juez de paz si el pueblo lo desea, pero mientras un juez de paz desempeñe su cargo con consentimiento del tribunal de los jueces, el pueblo elegirá un alcalde por el término de dos años.

Art. 10º. Serán electores los hombres casados y las viudas con familia a su cargo. Los sacerdotes no votarán ni tomarán parte de ningún modo en los asuntos políticos y judiciales.

Art. 11º. Todo comercio con otros países estará sujeto a la supervisión del gobierno.

Art. 12º. Queda abolida la práctica de la usura.

Proclama esta constitución el gobierno provisional del general Santos, que ha designado secretario del gobierno provincial al ilustre doctor Olivero, recién llegado del tradicional país de la libertad, Inglaterra, donde ha estudiado sus leyes e instituciones universalmente admiradas. El gobierno provisional será sometido a la aprobación del pueblo mediante una asamblea general que habrá de reunirse dentro de cuatro semanas.

Fecha en Roncador, el 1º de mayo de 183…

Después de treinta y seis horas de ausencia el general Santos pasó una tarde y una noche en su casa. Sus planes habían tenido éxito completo. Es decir que so pretexto de tomar las disposiciones necesarias para los festejos, se había entrevistado con doce hombres de su compañía, criollos o nativos, quienes bajo juramento cualquier orden del general. Éste había revelado separadamente a cada uno de ellos su proyecto de proclamar la república el domingo siguiente; después los había reunido para pedirles que escogieran en la lista de la compañía los nombres de los compañeros con quienes podrían contar en caso de necesidad. A esos compañeros no debían revelarles el plan, pero en la mañana del festejo cada grupo debería reunirse en el lado este de la plaza para presenciar las partidas. El propio general, como oficial encargado de los actos, estaría en su puesto. El jefe de cada grupo debería permanecer muy atento, pues en un momento dado el general desenvainaría su espada y la alzaría sobre su cabeza. A esa señal todos se precipitarían al cuarto de guardia del cuartel y se armarían.

Reaparecerían de inmediato en la plaza, donde el general se pondría a su mando y dirigiría el resto de las operaciones.

A una pregunta mía el general respondió que el servicio de guardia en el cuartel estaría integrado por su propia compañía y no ofrecería ninguna resistencia a sus amigos.

Opinó que debía dar la señal en el instante en que el asesino emprendiera su carrera fatal. Los pocos segundos que transcurrirían no serían bastantes paras que el movimiento previsto atrajera la atención antes de cometerse el asesinato, sobre todo considerando que el interés general se concentraría en el jinete. Por lo demás, era esencial que el movimiento se organizara antes del asesinato, ya que de lo contrario la súbita confusión del público podría entorpecer la marcha de los soldados.

El general había elegido para el crimen a un indio llamado Iturbide, degradado por el dictador poco tiempo antes. El magnífico físico de este hombre y su pericia como jinete lo habían distinguido ante los oficiales y hasta había alcanzado el rango de lugartenientes. Algunos de los oficiales españoles, disgustados por la presencia de un nativo entre sus filas, le habían provocado a hacer bajo los efectos del vino, algunos comentarios imprudentes sobre la conducta personal del dictador. Después habían comunicado esos comentarios al propio dictador. Furioso ante la idea de que alguien a quien había concedido un favor especial abusara de su posición, sin más averiguaciones el dictador había ordenado una formación de todo el ejército para arrancar las insignias del lugarteniente. Expulsado del ejército, Iturbide, caído en una mísera condición de pobreza y desamparo, sólo pensaba en vengarse de tan injusta humillación.

Tratar abiertamente con semejante hombre era un riesgo extremo. Tampoco era fácil llegar hasta él por intermedio de algún hombre de la compañía, ya que el ascender al oficial Iturbide había perdido su integridad social sin que su desgracia pudiera reivindicarlo ante sus compañeros. El hombre, era pues, un paria, aunque su vigor físico y su vivacidad aún conservaban prestigio ante la juventud civil del lugar. Santos se decidió a enviar a su asistente en busca de Iturbide y lo persuadió de que estuviera en el puente cuando él regresara a su estancia. Iturbide sabía que el general le había tenido siempre simpatía y accedió de buen grado a la cita. Se habían encontrado allí esa mañana misma; Iturbide, con el caballo del asistente, había cabalgado junto a él. Enterado del plan, el indio había jurado mantener en secreto y aceptado su participación en él. El general, por su parte, le había prometido plena protección después del crimen y el rango de capitán en el ejército republicano. Habían pensado además en otros detalles, tales como el medio de conseguir un caballo y una lanza; después Iturbide había regresado a la ciudad a toda prisa.

Esa noche revisamos hasta muy tarde nuestro plan de operaciones. Previmos todas las eventualidades probables; pero hubo un solo punto en el que nos mostramos perplejos. No pudimos imaginar ningún medio para imprimir nuestra proclama antes del acontecimiento. Sólo una imprenta existía en todo Roncador y estaba sometida al tirano. Nuestro desconcierto nos habría llevado a modificar el plan si el general no hubiera observado, ya avanzada la noche, que ningún ciudadano sabría leer una proclama, ni aun impresa, y que por consiguiente no necesitábamos imprimirla sino leerla en voz alta.

El general se mostró satisfecho con los términos de la proclama que yo había esbozado. Sólo puso en duda que los indígenas entendieran una sola palabra del preámbulo; admitió, sin embargo, que la elocuencia es un instrumento esencial del gobierno y por lo tanto me permitió conservar mis frases. Encontró que los detalles concretos de la constitución estaban admirablemente adaptados al país y a su pueblo, y evidentemente quedó impresionado por mi habilidad para los asuntos políticos. Puesto que yo había sido enviado ante él como experto en tales asuntos, no quise alterar su impresión con protestas de modestia.

Pasé el tiempo que me quedaba por delante en un estado de fingida serenidad; permanecía en silencio y meditabundo, pero sentía que sólo mediante un esfuerzo de mi voluntad podía aminorar los impetuosos latidos de mi corazón. Hice varias copias de la proclama, pero no me quedaba otra cosa que esperar. El general Santos, retenido en Roncador, volvió la víspera de la festividad. Todo estaba en marcha. Había acabado con algunos detalles menores y asignado puestos fijos a algunos hombres en el cuartel y la catedral. Lo demás se resolvería en el instante mismo.

Al día siguiente partí muy temprano de la estancia para estar presente en la ceremonia de la Bendición de los Tributos. La ruinosa iglesia había sido decorada con algunos estandartes chillones; adornaban el altar mayor vasos con bujías y velas encendidas. Llenaba la nave una multitud de aire tímido y piadoso. Ya he descrito el ritual: fue cumplido de prisa y desmañadamente. El canto era execrable y la atmósfera general de fastidio. Yo me situé en la sombra, tras la columna de luz que entraba por el pórtico; tenía un interés enorme por ver los rasgos del hombre que iba a perder la vida muy pronto. De repente oí un ruido de marcha y una enérgica voz de mando. Los soldados hicieron alto y entonces entró, sin acompañante de música, un hombre alto y fornido, vestido de general. Lo seguían otros cinco o seis oficiales, entre ellos mi amigo Santos. Cuando el servicio terminó pude observar mejor al dictador, que se dirigió directamente hacia las puertas abiertas con el rostro bañado por la luz deslumbrante: era el suyo un rostro pesado y obtuso, tan desprovisto de inteligencia y delicadeza que lo miré sin compasión.

El dictador permaneció en las gradas de la catedral y allí recibió el saludo de las cuatro compañías -o sea de todo el ejército-, dispuestas en formación de revista en la pista improvisada, que aún no habían cerrado frente a la catedral. Un toque de clarín traspasó después esa atmósfera de expectativa y a un redoble de tambor siguieron las habituales voces de mando. Las compañías formaron en columnas, dieron la vuelta a la pista, pasaron frente al dictador, que volvió a recibir su saludo, y siguieron desfilando hasta el cuartel. El dictador y su plana mayor quedaron solos en las gradas; abandonaron su actitud ceremoniosa y caminaron pausadamente hacia el ayuntamiento, donde los aguardaba un refrigerio.

Mientras tanto terminaron de cerrar la pista e hicieron los preparativos para la corrida de toros: debía empezar a las once y ya desfilaba el pueblo entre los bancos. Los espectadores vestían antiguos atavíos de toda suerte y la escena pronto adquirió gran animación. Yo había resuelto permanecer en las gradas de la catedral, donde quizá me defendiera un poco de sombra contra el sol feroz y desde las cuales podía dominar perfectamente el espectáculo.

Un cuarto de hora después reaparecieron el dictador y su plana mayor. No hubo gritos de "¡Viva!" ni demostraciones de ninguna especie. Dos soldados custodiaban el palco reservado para el dictador y su comitiva; tenía acceso por detrás, al sur de la plaza.

Nada se veía en Roncador del brillante ritual que acompaña las corridas de toros en España. Los "espadas" estaban vestidos con sus trajes habituales y un poncho servía de muleta. Desde un corral situado en el rincón noroeste de la plaza apareció un toro joven y, por el rincón opuesto, un picador a caballo. Parecía cosa difícil persuadir a la acción a ese toro; sólo aguijoneado por los banderilleros mostró algún enojo. Pero sus tímidas vacilaciones y frustrados asaltos dieron a los espectadores motivo suficiente para proferir injurias y gritos de entusiasmo.

A pesar de la atmósfera de excitación, esa parte del día pareció arrastrarse interminablemente para mí y quizá para todos los comprometidos en la confabulación. En realidad no duró siquiera una hora; durante ese lapso se despacharon tres toros. Era ya mediodía y empecé a temer que suspendieran el resto de las exhibiciones. Pero el pueblo de Roncador tenía poca conciencia del paso del tiempo, y en todo caso la *sortija* era una justa demasiado popular para sufrir tal destino. El último todo no había sido arrastrado aún de la pista cuando ya estaban erigiendo el

armazón frente a mi puesto de observación, mientras a la derecha los jinetes competidores se agrupaban en orden de entrada. Yo tenía el inconveniente de no conocer a Iturbide. Había unos doce jinetes de aspecto tan diverso que era imposible establecer cualquier distinción precisa entre ellos.

Quizás transcurrieran diez minutos antes de que la carrera pudiera comenzar. De entre los espectadores subía un murmullo incesante, atravesado por los súbitos gritos de los niños, la aguda risa de las mujeres y, por encima de todo, en el cielo límpido el estridente chillido de los vencejos. El calor del sol hacía subir el olor a polvo, sudor y sangre. Los bruñidos caballos pateaban el suelo y se encabritaban de impaciencia bajos sus jinetes. Miré hacia el palco del dictador, calmo oasis en la sombra: un grupo de cuatro o cinco personas que fumaban cigarros, sin sombrero, las rectas espadas proyectándose de entre sus cuerpos amontonados, con el voluminoso dictador en medio. Miré en torno de la plaza y distinguí a Santos montado en su caballo, en la misma línea que los demás jinetes, pero más alejado.

Después los hombres que habían erigido el armazón recogieron sus herramientas y salieron de la pista. Se oyó una trompeta y el murmullo y los gritos de la multitud cesaron. Sólo los vencejos siguieron chillando.

El primer jinete galopó a través de la pista, el cuerpo tendido adelante, la lanza levantada sobre la cabeza del caballo. Atravesó como un relámpago el armazón, pero dejó oscilando tras sí el anillo.

Otro jinete apareció, y después otro. El tercer caballo tropezó y despidió a su jinete, que debió retirarlo ignominiosamente por la brida. En el intervalo, mientras todas las miradas seguían el accidente sin consecuencias, advertí un movimiento entre los soldados ubicados frente a mí, en el otro lado de la plaza. Se agruparon y desaparecieron juntos como al descuido. Nadie lo observó. Santos había aprovechado la interrupción para alzar su espada.

El caballo de Iturbide estaba inquieto y se encabritaba sobre las patas traseras. Copos de espuma jabonosa le salían de la boca. De pronto quedó inmóvil, para saltar enseguida adelante. Sus ijadas ondulaban como de seda bajo el sol.

Caballo y jinete volaron a través del armazón; el anillo quedó oscilando vanamente tras ellos. Pero ambos siguieron corriendo sin desviarse, veloces, veloces, hasta que se oyó un grito sofocado y los espectadores se pusieron de pie en desorden. El jinete había encogido el cuerpo, confundiéndose casi con el caballo y su vientre espumoso.

Un destello de sol saltó en la punta de su lanza. El caballo se alzó contra la empalizada. Y entonces hubo un lanzazo, hacia abajo.

La confusión se apoderó de los espectadores y se oyeron gritos de asombro. Desde todas partes el público se precipitó a la pista.

Detrás, aún inadvertidos, Santos y sus hombres salían del cuartel armados y en orden.

Y de pronto el grito, destacándose en la batahola. El grito nítido, los sonidos ya articulados:

– ¡El dictador! ¡El dictador ha muerto!

La multitud ondulaba, roto el sostén de las primeras filas. Tres figuras aparecieron: dos soldados y entre ellos Iturbide. Iturbide estaba vivo.

En torno hervía la multitud, aullaba, preguntaba. Voces excitadas que lo hundían todo en la confusión.

Después, sobre el tumulto, un toque de clarín y una orden precisa.

La multitud se volvió hacia la nueva fuente de interés y vio a los hombres armados, sólida falange. Frente a ellos, un general a caballo: el general Santos.

– ¡A sus casas! ¡So pena de muerte, a sus casas! -gritó el general.

Unos a otros se transmitieron la orden a gritos a través de la pista.

Al mismo tiempo un pelotón de soldados dejaba atrás la catedral y marchaba hacia el lado sur de la plaza. La multitud les abrió paso mientras avanzaban hacia el palco del dictador. Allí encontraron a los oficiales españoles, algunos inclinados sobre el dictador herido de muerte, otros discutiendo acaloradamente sobre lo ocurrido. El escuadrón hizo alto y los hombres apuntaron con sus fusiles. El cabo al mando intimó a los oficiales a que entregaran sus espadas y regresaran al cuartel bajo vigilancia.

Perplejos ante el asesinato del dictador, sin recursos en tal emergencia, los oficiales así increpados se dispusieron a obedecer la orden sin resistirse. En ese momento el general Santos se acercó al grupo.

– Caballeros -exclamó, dirigiéndose a los oficiales españoles-, en nombre del pueblo de Roncador he asumido el mando del ejército de la República. El que han presenciado es un acto de justicia que la tiranía y la opresión hacían necesario. En adelante, el pueblo de esta tierra habrá de gobernarse a sí mismo con libertad e igualdad, redimido para siempre del yugo de los dictadores militares. Caballeros, están arrestados. Comparecerán sin demora ante un tribunal que decidirá su suerte con justicia y clemencia.

Los oficiales, atónitos, no tuvieron oportunidad de protestar. A una orden del general el pelotón rodeó a los oficiales y se oyó una voz de mando. El pueblo, igualmente asombrado, se había retirado como chacales aterrados al abrigo de sus aleros: observaban y veían cómo esos hombres que durante tanto tiempo los habían aterrorizado eran conducidos como criminales al cuartel.

Mientras tanto, los centinelas habían ocupado sus posiciones en todos los puestos importantes. La pista estaba vacía, salvo el cuerpo del dictador, que yacía en el suelo junto a la empalizada rota. El general Santos cabalgó hasta el centro de la pista y gritó en voz muy alta:

– El pueblo de Roncador es desde ahora libre. La tiranía ha terminado. ¡Viva la República!

Pero sus espectadores estaban demasiado asombrados por los acontecimientos para responderle. El general volvió su caballo y regresó al cuartel. Al pasar frente a las gradas de la catedral me distinguió y me hizo una seña para que lo siguiera.

Mi primera ocupación fue tratar de imprimir la proclama. Nos adueñamos sin demora de la imprenta y por la tarde estaba impreso buen número de hojas, que se distribuyeron libremente. Mientras tanto, los principales representantes de la ley -algunos magistrados y regidores- fueron conducidos al cuartel, donde se les ordenó jurar fidelidad al gobierno provisional. Todos, sin excepción, aceptaron de muy buen grado a las nuevas autoridades. Resolvimos que el cuerpo del dictador fuera enterrado de inmediato y sin ceremonia pública de ninguna clase. De las disposiciones necesarias encargamos a dos frailes. Por fin compareció ante nosotros el tesorero del gobierno dictatorial; le exigimos un informe acerca de las finanzas del Estado. Todo

el dinero que tenía en su poder y el que se encontró entre los efectos del dictador fue confiscado; esa misma tarde la tropa recibió la paga de un mes.

Trabajamos sin descanso durante el día entero, pero al caer la noche descansamos y comimos en el comando que habíamos establecido en el cuartel. De cuando en cuando llegaban mensajeros para comunicarnos la reacción del pueblo ante el acontecimiento. Al primer momento de asombro había seguido un regocijo general, y por la noche, cuando licenciamos a los soldados, hubo gran animación en la plaza. El pueblo cantó y bailó hasta pasada la medianoche.

Así se llevó a cabo la revolución. No tuvo las características habituales de una revolución. Sólo hubo una muerte, la del tirano; una muerte que, por lo que podíamos juzgar, nadie lamentaba. No se vieron extraordinarias manifestaciones de alegría. Los bailes de la plaza no se distinguieron de los que habrían cerrado cualquier festejo. No hubo héroe popular. El general Santos se había conducido con escrupulosa modestia y el autor material del crimen, Iturbide, se contentó con escapar con vida. Ni siquiera fue en busca de sus camaradas; pero por invitación del general permaneció en el cuarto de guardia, satisfecho con asistir pasivamente a las consecuencias de su acto decisivo.

Esa noche todos dormimos en el cuartel. Al día siguiente terminamos rápidamente con la tarea de investigar al personal del gobierno y designar provisionalmente funcionarios militares y civiles. Yo fui nombrado secretario de gobierno y dispuse de una oficina y un dormitorio, ambos dentro del cuartel. Salvo la atención de los asuntos inmediatos, poco teníamos de hacer antes de que una asamblea general aprobara los artículos de la proclama y eligiera una junta de gobierno. Sin embargo, suspendimos el pago de los tributos, medida desautorizada que molestó profundamente al obispo. Este eclesiástico había conferenciado antes con el general, sin que sus reclamaciones tuvieran la menor eficacia. Se le aseguró que todo habría de someterse al juicio del pueblo o de sus representantes. El obispo, absolutamente desprovisto de la dignidad asignada a las gentes de su rango, escarneció nuestros principios liberales y nos dijo que el pueblo era demasiado simple e ignorante para gobernarse a sí mismo, que era un niño a quien había que enseñar a obedecer a sus maestros, que libre de toda sujeción caería en el salvajismo del que la Iglesia lo había redimido. El general respondió que el pueblo tendría el gobierno que deseara, aun cuando ello significara su total destrucción; pero en su opinión tal destino no debía esperarse, porque el pueblo era por naturaleza razonable y laborioso, y protegido contra la explotación de extranjeros envidiosos, viviría con bienestar.

El general Santos me pidió que hiciera una síntesis de los recursos económicos del país, que esbozara un cálculo de los ingresos y los gastos y estudiara cuál era el mínimo y la índole de las oficinas públicas necesarias para atender los asuntos de la nación. Debía exponer mis conclusiones en forma simple y apta para ser transmitida a la asamblea de representantes del pueblo.

Hacia cada población y distrito partieron mensajeros con el fin de solicitar delegados a la conferencia anunciada en la proclama. En la ciudad se tomaron medidas para la recepción de esos caciques, como se llamaban, los cuales llegarían acaso con sus mujeres e hijos. La mayoría tendría que acampar en la plaza o en la hondonada del río y las pendientes vecinas.

No me demoraré puntualizando la historia de este período de transición. Me encontré envuelto en una multiplicidad de funciones cada vez mayor, ya que nadie aspiraba aún a los cargos públicos y en tales circunstancias es siempre el funcionario principal quien decide. No sin cierta sorpresa, me vi disfrutando de los deberes que recaían sobre mí. No existe dicha comparable a la de gobernar, sobre todo en el caos virgen. No sólo las cosas inanimadas -el dinero, los equipos, los bienes de diversa índole-, sino también los seres humanos son materia maleable para la intención creadora. El sentido del orden es el principio del gobierno, así como del arte, y

advertí que iba traduciendo en mi labor todos esos instintos y ambiciones inhibidas por mi apresurada partida de Inglaterra. Empecé a preguntarme si todos los grandes conductores -un Solón, un César, un Carlomagno, un Napoleón- no eran en el fondo artistas que buscaban un modo de expresión. Hay sin duda una profunda diferencia entre el hombre de acción cuyo único propósito es la acción -un ejercicio de poderosos músculos que se complace en sí mismo- y el hombre de acción que tiende hacia alguna noción intelectual del orden. También existe el hombre de acción que sólo se conduce como lo indican las circunstancias inmediatas, saltando de una isla flotante a otro mientras lo arrastra la corriente.

Mi primera preocupación fue calcular los recursos económicos del país. La extensión de Roncador se suponía de unos ochenta mil kilómetros cuadrados, pero los límites norte y este no eran definidos. A pesar de esa considerable superficie, la población no era densa; aparte las cadenas de montañas deshabitadas que formaban los límites este y oeste, en las llanuras o pampas centrales había muy poca vida humana. Los poblados se confinaban en la cuenca del río; varias corrientes nacían en las montañas occidentales y se dispersaban por las regiones pantanosas del norte; después iban agrupándose en su marcha hacia el sur, por la vertiente este, para unirse al fin con el poderoso río que formaba el límite sur del país. Bajo el dominio español la provincia había sido dividida con fines administrativos en treinta distritos, sin que en la mayoría de ellos hubiera nada parecido a una población. Roncador era la única ciudad de ciertas dimensiones. El censo que organicé enseguida reveló una población de 754 familias, 3.064 almas poseedoras de 4.632 cabezas de ganado doméstico, 1.780 bueyes, 1.510 caballos, 3.791 yeguas, 501 mulas, 198 asnos, 4.648 ovejas y unas pocas cabras. Después de muchas indagaciones calculé que la población total del país era de unas 14.000 familias, con un total de 50.000 a 60.000 almas, con ganado doméstico en proporción y ganado salvaje en cantidad innumerable.

El país era exclusivamente de explotación agrícola y casi se bastaba a sí mismo. Esto, desde luego, simplificaba las cosas. Las únicas importaciones forzosas eran la sal, carabinas y uniformes para el ejército, papel, diversas herramientas e instrumentos, y una abigarrada cantidad de objetos que podrían describirse como artículos de lujo. Las exportaciones consistían en cueros, yerba mate, azúcar y tabaco; y eran más que suficientes para contrapesar el desembolso de las importaciones. Resolví que la política más simple sería mantener contentos a los habitantes del país con la explotación agrícola, mantener bajo un estricto contralor la explotación mercantil de sus productos y, en lo posible, cubrir los gastos del gobierno con el superávit de la exportación. En otros términos, las importaciones podían llevarse hasta el límite del valor de las exportaciones. Por suerte no me vi en la necesidad de considerar un balance de intercambio adverso y no me pareció que esa eventualidad debiera admitirse en el futuro, aun en el caso de que impedirla significara excluir a Roncador de todo comercio con el mundo exterior.

La administración de la política económica no presentaba dificultades, ya que todas las compras y ventas se hacían en la ciudad de Roncador, y virtualmente la única salida para el comercio era el paso en que convergían las corrientes ya mencionadas. El río mismo era la única gran vía para el comercio.

Mientras reflexionaba sobre estas cuestiones, el general Santos estudiaba al personal de la administración. Todos los españoles fueron inmediatamente despedidos e intimados, con el plazo de un mes, a concluir sus asuntos y dejar el país. Pero a los casados con mujeres nativas se les permitió permanecer, con la condición de que juraran fidelidad al nuevo gobierno y se comprometieran a iniciar una empresa privada, en especial la del cultivo. A los oficiales españoles se les hizo la misma propuesta, aunque sólo después de reunida a convención recobraron su libertad.

La convención se reunió el día fijado. Dos días antes los caciques y sus familias acudieron desde todo el circuito. Llegaron alrededor de cien familias, que fueron alojadas del modo previsto. La convención tuvo lugar en la catedral. Era una asamblea abigarrada. En su mayoría los delegados vestían una chaqueta de algodón blanco muy corta y ajustada; un chaleco recamado, más corto aún que la chaqueta; chiripá de pana carmesí, con calzoncillos de complicados bordados pendientes hasta el tobillo; un cinto de seda azul; botas de cuero de potro abiertas en la punta; anchas espuelas de plata en los talones; un sombrero muy pequeño, de cuero, que les cubría apenas la cabeza y bajo el cual colgaba una larga trenza de pelo negro. Pocos de ellos sabían leer o escribir y menos aún entendían las cuestiones sobre cuales se les invitaba a decidirse. Pero dos cosas les resultaban claras: la diferencia entre españoles y nativos, y el gravamen de tributos e impuestos.

Casi todos estaban sentados en el suelo o recostados contra las paredes y los pilares. Se conducían en el sagrado edificio sin demasiadas ceremonias: fumaban, escupían, charlaban libremente. En el crucero se había erigido un estrado, y puntualmente, a la hora anunciada, el gobierno de *facto* entró por la puerta del claustro y se ubicó sobre esa plataforma. Asistíamos el general Santos, yo, los oficiales no españoles -entre ellos Iturbide, que había recobrado su dignidad y ascendido al rango de capitán- y el cacique principal o alcalde de la ciudad de Roncador. Como candidatos para el Triunvirato proyectado en la ordenanza provisional, habíamos convenido proponer además del general Santos a Pascual Arapati, propietario de una de las estancias más extensas vecinas a Roncador, y a Hermenegildo Cora, un juez retirado. Nuestra dificultad había sido encontrar hombres de suficiente eminencia que dispusieran de tiempo para los asuntos del gobierno y que de ningún modo estuvieran comprometidos por la nacionalidad española o los intereses profesionales. En especial quisimos excluir los intereses mercantiles -que en todo caso no eran de número abrumador- y al grupo más considerable de los letrados, que alardeando de su educación superior podían con el tiempo usurpar la autoridad arrebatada al partido militar.

Los trámites fueron sencillos. En mi condición de secretario de la asamblea leí ante todo la proclama y anuncié después que, según sus disposiciones, la Asamblea había sido reunida para elegir una Junta de gobierno. Tres ciudadanos distinguidos, hombres apreciados por su honradez y patriotismo, habían accedido a someter sus nombres a la aprobación de la Asamblea. La Asamblea podía además sugerir otros nombres: en ese caso se someterían a voto.

Terminé mi exposición y miré a mi auditorio. Nadie se movió; nadie se atrevió a hablar. Dejé que transcurrieran unos dos minutos en silencio. Después, dando a mi voz el tono más solemne, grité:

– ¡Patriotas de la libre provincia de Roncador, reunidos aquí en nombre del pueblo! ¿Es voluntad suya que durante un período de tres años sean gobernados por sus fieles servidores el general Crisanto Santos, don Pascual Arapati y don Hermenegildo Cora? Si así lo quieren, griten que sí.

La respuesta surgió violenta y espontánea; algunos gritaron en español, otros en sus dialectos, pero todos asintieron.

– ¿Es, además, voluntad suya que yo, don Olivero, delegado de la Sociedad de los Patriotas oficie como secretario de la Suprema Junta?

Volvieron a asentir y nuestra revolución quedó así legalizada. El general Santos se puso de pie para hablar y habló bien y con sencillez. Describió cómo en un tiempo la región de Roncador había sido una tierra pacífica y fructífera, cultivada por un pueblo americano; cómo, siglos atrás, habían llegados los españoles para someter a ese pueblo; cómo esa tiranía había ocasionado

la opresión de dictadores inescrupulosos e insaciables; cómo había gemido el pueblo bajo esa opresión; cómo habían menguado sus posesiones y declinado sus casas. Habló después del nuevo espíritu de libertad e igualdad que, nacido en Europa y establecido en todos los países de ese continente, ya se había difundido por América. En cada provincia llegaba a su fin el dominio de España, y el pueblo mismo, el de los hombres que habían nacido en la tierra, había resuelto erigirse en guardián de su propio destino, para vivir en concordia y disfrutar de los bienes de la tierra en pro de la felicidad común.

El discurso del general cerró la Asamblea. Se anunciaron festejos que habrían de durar hasta el fin del día siguiente. Por la noche se encendieron hogueras en la plaza y al son de tres o cuatro guitarras los caciques y sus mujeres e hijas bailaron con los ciudadanos de Roncador. Tuvo lugar otra corrida, otra vez con seis toros; la *sortija* que siguió no ocasionó desenlaces fatales.

Pocos días después el último visitante se había marchado y a un extranjero llegado a Roncador le habría costado creer que la plácida vida del lugar había sido perturbada. Allí, habría dicho, existe una civilización que no es elevada entre las civilizaciones del mundo, pero que se basa en dos principios eternos: la dignidad del trabajo y el temor a Dios.

Pero yo, en mi oficina, no tenía motivos para sentirme tan satisfecho. El general Santos había vuelto a sus colibríes, Arapati a los ciudadanos su estancia y el juez Cora a la sombra de su alero. Iturbide era ya el jefe del estado mayor y podía contar con él para los asuntos militares, mientras yo me consagraba a los problemas económicos y administrativos.

No tuve grandes dificultades. La importación de sal fue declarada monopolio del gobierno y prometió suministrar ingresos firmes y sustanciales. Las tasas a las importaciones se fijaron al comienzo en un treinta por ciento *ad valorem*, pero al cabo de tres meses se redujeron al veinte por ciento. Sería tedioso enumerar todos los actos de administración que proyecté y que aprobó la Junta. Gracias a tales medidas la prosperidad volvió rápidamente al país y el pueblo vivió con alegría.

Mucho más difíciles de precisar eran los principios del gobierno. Si los habitantes de Roncador hubieran sido seres puramente racionales, cuya felicidad dependiera de su prosperidad material, una administración eficaz habría colmado todas sus necesidades. En el plano ideal su bienestar espiritual debía ser la única ocupación de la Iglesia y los artículos de la constitución eran claros en este sentido. Pero tal como entonces existía, la Iglesia no estaba tan corrompida cuanto profundamente menoscabada. Los sacerdotes y frailes eran hombres de escasa educación que en ningún modo se distinguían por sus maneras y costumbres de la masa de su grey. El jefe de la Iglesia, obispo Andrés Velazco, era viejo y ya abúlico. Desde la secesión entre las colonias y la patria madre, las comunicaciones con el soberano Pontífice de Roma habían cesado casi por completo.

Para resolver tales problemas yo no encontraba ningún auxilio en los miembros de la Junta. Aunque los tres eran hombres rectos y profesaban la fe católica, desdeñaban profundamente al clero regular y secular. Sobre todo recelaban de los frailes, no sólo a causa del público desenfreno de sus vidas, sino también por la excesiva influencia que tenían sobre el pueblo. El pueblo de Roncador era simple de espíritu y confería a su cristianismo toda la fuerza supersticiosa de una religión primitiva. Reverenciaban como representante inmediato de Dios al *pai* o santo padre; obedecían ciegamente cualquier orden y hacían de muy buen grado lo que se exigiera de ellos. Los miembros más licenciosos de la cofradía aprovechaban de esa fe supersticiosa depositada en ellos por el pueblo no sólo para satisfacer su depravación moral, sino además para crear una atmósfera general de espionaje e intriga de la que obtenían incesantes ventajas. La Junta me autorizó a tomar medidas para destruir el poder de esos conciliábulos y para reformar el gobierno jerárquico de la Iglesia, pero siguió indiferente con

respecto a los problemas mismos que todo eso implicaba y se contentó con legislar de día en día a la luz de las circunstancias inmediatas.

Mis proyectos de una política más civilizada habrían tardado mucho más tiempo en formularse si no hubiera conocido a cierto *pai* Lorenzo. Yo había tratado de encontrar algunos libros sobre la historia de la Iglesia en Sudamérica y una noche ese fraile -unido a la catedral por cierto cargo semejante al de sacristán- me visitó con el manuscrito de una obra que, suponía, quizá me interesara. Se llamaba *Memoria sobre las Misiones* y era, en efecto, un informe sobre las misiones y colonias jesuíticas escrito pocos años después de su expulsión del país. El *pai* Lorenzo no parecía mejor que el resto de los frailes; por añadidura era gordo y estaba vestido sin la menor pulcritud. Pero había signos de inteligencia en sus rasgos anchos y blandos y su mirada era recta y honrada. Descubrí que era de temperamento perezoso y algo cínico, pero le interesaban las cuestiones históricas y estaba muy al corriente de la literatura profana. Me confió el manuscrito, diciéndome que lo había encontrado lleno de interés y que se apartaba del punto de vista tradicional sobre las misiones jesuíticas.

Seguí su consejo y pasé algunos días leyendo sin dificultad esas páginas escritas en llano español. Mi conocimiento previo de los jesuitas nunca había ido más allá de las meras generalidades. Sabía que era una sociedad fundada en el siglo XVI por un español, Ignacio de Loyola, con el propósito de evangelizar a los paganos. Sabía que los miembros de la congregación estaban sometidos a una educación y disciplina rigurosas. Sabía que sus emisarios penetraron en las más remotas poblaciones de Asia, África y América, y que en América convirtieron a muchas tribus de indígenas nómadas ante quienes se presentaban como descendientes de Santo Tomás, portadores de un mensaje de paz y felicidad eternas para la raza indígena. Sabía que en América, como en muchas otras partes del mundo, adquirieron gran fortuna y extensos poderes; que intervinieron libremente en los asuntos políticos hasta provocar el resentimiento, y acaso los celos, del poder secular; que fueron expulsados con asentimiento del propio Sumo Pontífice.

Pero esa obra me descubrió que su sistema de gobierno y su política general había sido mucho más idealista y desinteresada que cualquier otra autoridad padecida por los desdichados indígenas. Descubrí que llegaron a una tierra cuyos pacíficos nativos estaban a merced de las bandas saqueadoras de colonos portugueses, quienes a hierro y fuego sembraran el terror por toda la comarca. Descubrí que a pesar de tales peligros predicaron a los indígenas, los establecieron en colonias, les enseñaron la agricultura y los oficios mecánicos, así como el arte de la defensa propia. Con el tiempo esas colonias eran invadidas y destruidas, pero siempre había nuevos jesuitas dispuestos a remplazar a los que habían perecido: reunían los dispersos restos de las misiones y empezaban de nuevo la tarea de colonizar.

Al fundar esas colonias, los jesuitas siguieron el principio de que la suya era una corporación distinta de los poderes civiles o eclesiásticos de la comunidad. Desde luego, eran fieles al Papa, su padre espiritual, y al rey, que gobernaba por derecho divino. Pero en la práctica sus instituciones eran independientes de toda autoridad externa, posición paradójica que sólo podía mantenerse en las regiones remotas donde habían fundado sus colonias.

La disciplina de la Compañía era inquebrantable. La gobernaba un superior que vivía en Candelaria, punto central desde donde podía visitar fácilmente los demás establecimientos. El superior tenía dos lugartenientes; uno de ellos vivía en las barrancas del Paraná; el otro en el Uruguay. Además de esos funcionarios, que dirigían los asuntos más importantes de la comunidad, cada ciudad o colonia tenía su cura, asistido por uno o más sacerdotes, según la importancia y el número de la población. Un cura tenía a su cargo el bienestar espiritual de la comunidad, oficiaba en el altar y enseñaba rudimentos de lectura y escritura. Otro cura se ocupaba de los asuntos temporales, vigilando el desarrollo de la agricultura y la enseñanza de los oficios mecánicos.

Los nativos aprendían el arte de gobernarse a sí mismos. Tenían su alcalde, jueces y regidores que presidían cortes y concilios. Pero desde luego un pueblo tan inocente de las tradiciones políticas dependería en gran parte del consejo de los curas, en quienes depositaban su autoridad. Los jesuitas insistían sobre todo en el principio de la igualdad absoluta en cuanto a la posición social, las horas de trabajo y aun la vestimenta. Los escogidos para desempeñar un cargo debían ser un buen ejemplo para quines no tenían ese honor y, salvo la admiración de sus amigos, no parecían recibir ninguna remuneración.

En el ámbito económico, las misiones seguían el principio de la comunidad de bienes. El ganado y los caballos eran propiedad común del pueblo; toda la producción agrícola se repartía equitativamente o se almacenaba para el uso público. Las ganancias obtenidas mediante cualquier venta ingresaban al "fondo de la comunidad" y se utilizaban para la construcción y decoración de las iglesias y para servicios públicas tales como un hospital para los enfermos y una escuela.

No hay duda de que dentro de esa comunidad igualitaria los sacerdotes gravitaban con un poder autocrático. Insistían en que los nativos asistieran regularmente a la misa y mantenían la disciplina moral más estricta. Y hasta cuidaban de corregir la apatía conyugal de los indígenas. A determinadas horas, durante la noche, hacían batir tambores en las aldeas. Porque los indígenas, poco sensuales por naturaleza, después de una jornada de labor en los campos preferían las delicias del sueño a cualquier otro placer y era preciso despertar de esa manera su sentido de los deberes conyugales.

Es indudable que en el curso de dos siglos los jesuitas acumularon en Sudamérica una considerable riqueza en tierras, ganado y vasijas de plata y oro. La consecuencia de tal riqueza fue que adquirieron un poder demasiado extenso y evidente para no suscitar el encono de las autoridades civiles y eclesiásticas que, dirigidas desde Europa, consideraban las colonias como legítimas fuentes de pillaje. La historia de la expulsión de los jesuitas es historia corriente. Las consecuencias para los nativos fueron desastrosas. Una vez más se convirtieron en víctimas de la expoliación, el robo, la administración pervertida; sus posesiones decayeron rápidamente y poco a poco se hundieron en un estado de pobreza e indiferencia. Durante muchos años padecieron a los sacerdotes y frailes enviados en remplazo de los hermanos jesuitas; además eran absolutamente incapaces de entender el sistema de autoridad dual a que habían sido sometidos, ya habituados a la autoridad única de la Compañía, que por intermedio de sus hermanos dirigía tanto los asuntos espirituales como los temporales. Con el cambio de sistema se les exigió que aceptaran por un lado la autoridad de un sacerdote y por el otro la de un seglar; y puesto que esos individuos representaban un perpetuo conflicto de intereses, los indígenas vivían en perpetua confusión. Los sacerdotes, por ejemplo, podían ordenarles que asistieran a la misa a una hora determinada que el administrador civil encontraba inoportuna. Ninguna de las autoridades cejaba, con el resultado de que los pobres nativos eran castigados hicieran lo que hicieran.

Reducidos a la miseria o la esclavitud por la explotación económica, profundamente desmoralizados por gobiernos débiles, desintegrándose por tendencia natural, las primitivas colonias o misiones fundadas por los jesuitas desaparecieron gradualmente. El país todo habría retrocedido acaso a cierta forma de barbarismo de no mediar el auge de los criollos. Despreciados por sus allegados de sangre, los españoles, ese antagonismo fue poco a poco haciéndolos conscientes de su condición racial y hasta llegaron a aspirar al mando de la tierra en que habían nacido. Se convirtieron así en los campeones de la libertad y la independencia, en oposición al dominio español. En Roncador pude comprobar que sin su ayuda la formación de repúblicas independientes nunca habría sido posible.

Durante mi estudio del manuscrito del *pai* Lorenzo adquirí varias convicciones que no me abandonaron mientras permanecí en Roncador. Es posible que el cuadro de las colonias

jesuíticas pintado por el desconocido historiador fuera demasiado benévolo. Es posible, asimismo, que yo leyera en sus descarnadas descripciones una concepción de la sociedad que estaba ya latente en mi mente. No muchos años antes había leído *La República* de Platón con extraordinario entusiasmo; de manera inconsciente, podía haber imaginado las misiones jesuíticas como una realización de los ideales que entonces había abrazado. Pero sólo la coincidencia de la teoría con la historia y la posibilidad de acción en esas precisas circunstancias pudieron impulsar el espíritu de resolución que desde ese momento nació en mí.

Comprendí claramente que un gobierno estable sólo era posible en determinadas condiciones que empecé a formularme a mí mismo con frases precisas. *La autoridad deber ser una*. Por *una* no entendía residente en un solo individuo; es cierto que los jesuitas apelaban en última instancia a la autoridad personal del superior de su Compañía, pero el gobierno de cada colonia estaba confiado a dos curas, uno para los asuntos espirituales y otro para los temporales. Pero el mismo propósito moral animaba a ambos curas y esa era la unidad verdadera y suficiente. *El Estado debe bastarse a sí mismo*. Este principio se deduce del anterior, ya que la autoridad de un Estado disminuye en la medida en que depende de otro exterior. En tal caso su poderío se diluirá en exportaciones y letras de cambio, y otra autoridad competidora se instalará a su lado, tanto más peligrosa por invisible e impalpable. *El Estado debe armarse contra la invasión*. Otro principio deducido de los anteriores, ya que todo Estado inerme provocará la codicia de vecinos ambiciosos. *El Estado debe ser incorruptible* o, por así decirlo, poderoso contra la sedición. Únicamente la injusticia provoca la sedición, pero la injusticia no sólo implica una mala administración de las leyes establecidas para el bienestar común, sino además la existencia de irrecusables injusticias entre las cuales la principal es la desigualdad de la riqueza.

Cuanto más estudié su historia, más firme fue mi convicción de que los jesuitas habían fracasado por una razón única: habían provocado la envidia de gobernantes y de saqueadores, ante todo mediante la acumulación de bienes y en segundo término por su incapacidad de defenderse contra la invasión.

No encontré dificultad para hacer que la Junta aprobara ciertas medidas cuyo objeto era poner en práctica esos principios de gobierno. Fijé mi propio salario y la paga de todos los empleados y oficiales en cifras bajas pero proporcionadas, suficientes para sostener un hogar decente, aunque no para dejar un margen de dinero sin empleo. El ejército profesional quedaba disuelto, salvo una plana de oficiales; pero cada familia debía aportar un varón apto para el servicio que permanecería bajo bandera hasta que lo remplazara un relevo. Para asegurar la homogeneidad del Estado, quedaba prohibida la unión entre españoles, con lo cual se aseguraba automáticamente la asimilación de elementos foráneos. Ningún extranjero podía ingresar al país sin permiso; sólo podía establecerse en él casándose con mujer nativa. Todas las desigualdades sociales desaparecían, ya que cada ser humano tiene los mismos derechos ante la ley. El Estado asumía el dominio de toda la tierra: los propietarios o estancieros debían explotar sus haciendas en beneficio común, so pena de expropiación. La única diferencia que subsistía era la división del trabajo: un hombre puede dirigir una estancia, así como la autoridad el Estado. Pero así como son diversas las aptitudes de los hombres, diversas han de ser sus funciones, aunque no sus ventajas.

Las leyes que aseguraban esos principios fueron promulgadas durante el primer año de nuestro gobierno; pero tomar todas las medidas necesarias fue, desde luego, labor de varios años. Hubo que deportar a algunos elementos rebeldes, todos españoles. Algunos comerciantes se declararon en quiebra: se les ofrecieron tierras o la alternativa de abandonar el país. Algunos estancieros se mostraron reacios ante la requisición de parte de sus ingresos, pero también para ellos la única alternativa fue emigrar. En general, las dificultades no eran las que se habrían suscitado en una civilización más avanzada. Aunque la esclavitud no era desconocida en Roncador, aunque los campesinos de condición más baja eran ignorantes y míseros, no existían diferencias sociales. Aparte los españoles, era la nuestra una sociedad sin clases y el

único problema radicaba en encontrar los medios para igualar los bienes de todos los miembros de dicha sociedad.

En suma, nuestro método -empleado gradualmente- consistía en destinar parte de la producción para el trabajador individual y parte el Estado. Esa parte designada al Estado la fijaba el estanciero, que reunía su producción y tomaba de ella lo necesario para sí mismo. En cada ciudad y distrito había almacenes donde se recogía el excedente para el Estado, y allí se intercambiaba con la producción de los oficios mecánicos. Así un zapatero podía cambiar en la ciudad un par de zapatos por determinada cantidad de té, tabaco, carne o trigo local, reunido en la capital, se intercambiaba a través de comerciantes con importaciones de manufactura extranjera. Tales importaciones eran de diversa índole: para la distribución -sal y artículos de adorno- y para el uso directo del Estado -equipos para el ejército-. El exceso de exportaciones sobre las importaciones podía acumularse como una reserva de crédito por cuenta de los importadores extranjeros; en ninguna circunstancia quedaba autorizado el exceso de importaciones.

Tal era nuestra sencilla economía y no poco de cándido si imagino que civilizaciones más complicadas deberían imitar sus lineamientos. Lo que no puede dudarse es su adecuación al Estado de Roncador. Al cabo de tres años de gobierno había en el país una atmósfera general de paz y contento. Hombres y mujeres vivían en relación de mutua confianza, cultivando la tierra y disfrutando con felicidad de la abundancia de sus frutos.

De todo ello resultó algo imprevisto. Transcurridos tres años era preciso, según la constitución, reunir una Asamblea General reelegir una Junta de Gobierno. Como se acercaba el momento, visité por turno a cada uno de los tres gobernadores. Primero me entrevisté con Hermenegildo Cora. So pretexto de sus años y achaques, se había excusado continuamente de asistir a las reuniones de la Junta. Lo encontré sentado en la galería; sus cabellos de plata brillaban destacándose contra la penumbra del interior. Tenía ya ochenta y tres años y suplicaba que lo dejaran en paz. Estaba seguro de que los asuntos públicos quedaban en buenas manos y por su parte se contentaba con dejar el gobierno del Estado a cargo de sus administradores.

Visité a don Pascual Arapati. Lo encontré vigilando la recolección de la yerba -operación que requiere mucha habilidad en una de sus fases, cuando las hojas arrancadas de las plantas se ponen a secar sobre un fuego al aire libre-. Me retuvo a su lado, en el campo, hasta el fin de la jornada e insistió para que lo acompañara a comer en la estancia, donde amo y peones se sentaban juntos a la misma mesa y comían en los mismos platos. Era una escena de gran animación, de abundancia y colorido abrumadores. Sólo cuando llegamos a la última etapa, la de los cigarros, encontré una oportunidad para explicar mi misión. Don Pascual me escuchó apenas.

– Cuando vuelva usted -me dijo-, firme en la Asamblea que el pueblo tiene el mejor gobierno del mundo y que sólo los necios se opondrán a él.

Por su parte, agregó, estaba demasiado ocupado para consagrarse a los asuntos del Estado. Esa era tarea para hombres instruidos, como don Hermenegildo y el general Santos.

Como puede suponerse, volví a la estancia del general Santos, no poco asombrado. Encontré a mi amigo como siempre he de recordarlo: en extraña intimidad con sus criaturas domesticadas, los colibríes, que revoloteaban sobre las plumas enmeladas. Cuando le conté la actitud de sus dos compañeros de la Junta con respecto a la reelección, sonrió filosóficamente y no pareció preocuparse en lo más mínimo. Prometió, sin embargo, considerar la cuestión y acudir a la Asamblea con nuevas propuestas.

Convoqué, pues, a los caciques para el día fijado. Pero el primer mensajero y el siguiente volvieron diciendo que el cacique rogaba que excusaran su inasistencia a la Asamblea General: había mucho que hacer en sus tierras y no podían abandonarlas durante el tiempo requerido para visitar la capital. Más de doscientos caciques enviaron respuestas semejantes, y la mayoría agregó que estaban satisfechos con el gobierno de Olivero y su Junta.

Envié, desde luego, mensajes de alarma al general Santos, pero no hizo comentario. Llegó el día de la elección sin que hubiera en Roncador más agitación que en un día de mercado. Quizá llegaron a la capital ochenta caciques, pero no todos se dignaron concurrir a la reunión en la catedral. A la hora señalada, el general Santos y yo entramos por el claustro, acompañados por Iturbide. Hablé a la breve reunión y expliqué la necesidad -fijada por la constitución- de elegir una nueva Junta en remplazo de la que había gobernado durante el lapso de tres años. Anuncié que don Hermenegildo Cora y don Pascual Arapati se veían obligados a abandonar sus pesados deberes, el uno a causa de su avanzada edad, el otro porque deseaba consagrarse íntegramente al cuidado de su hacienda. Era, pues, deber de la Asamblea proponer dos miembros que tuvieran la honra de integrar la Junta.

Después habló a la Asamblea el general Santos. También él, dijo, deseaba retirarse de toda participación activa en el gobierno del país. Había servido a Roncador durante toda su vida y ahora quería dedicar sus últimos años a los placeres de la vida campestre. Asistía a la Asamblea por última vez, no para aceptar la reelección ni para proponer un sucesor, sino sencillamente para transferir la autoridad de la Junta a la que habría de elegirse.

Pregunté entonces los nombres de los nuevos candidatos, pero no tuve respuesta. Aquí y allá grupos de caciques empezaron a hablar animadamente, aunque sin elevar ninguna propuesta al cónclave. Esperé unos diez minutos y después de consultar con el general Santos decidimos suspender la reunión durante una hora para permitir a los delegados llegar a alguna decisión. Así lo comuniqué a la Asamblea y nos retiramos con el general e Iturbide al cuartel. Allí deliberamos y decidimos que en caso de no tener propuestas sugeriríamos que el gobierno provisional continuara bajo mi dirección, con la Junta existente como órgano de consulta.

Volvimos puntualmente a la Asamblea y la encontramos dispersa; muchos delegados se habían marchado a comer y el resto discutía en grupos. Pero a juzgar por las pocas palabras que oí, hablaban sobre todo de ganado y cosechas: los asuntos del gobierno no los preocupaban. Ordené silencio y pregunté cuál era la decisión. Un criollo alo e imponente se adelantó:

– Señores -dijo-: ¿por qué perder nuestro tiempo aquí? Don Olivero nos gobierna bien; conoce el arte de gobernar. Dejemos, pues, que nos dirija sin obstáculos. Cuando no estemos conformes, podremos reunirnos aquí de nuevo.

Una aclamación celebró esa propuesta y la Asamblea se disolvió sin darme tiempo para rehusar o demostrar modestia.

De tal manera me convertí en gobernador único del Estado de Roncador, cargo que habría de ocupar durante veinticinco años. Cuando evocó esos años, me resulta muy difícil dar una impresión -inclusive a mí mismo- de la serie de acontecimientos que ocurrieron en tan largo tiempo. Las primeras dificultades fueron casi todas prácticas, pero en los dos ámbitos donde podían preverse más tropiezos, la Iglesia y el Ejército, encontré ayuda en subordinados que carecían de ambiciones personales y ejercían con obediencia y comprensión la autoridad en ellos delegada. Iturbide ascendió a general y comandante en jefe de las fuerzas armadas. Dirigió el sistema de alistamiento obligatorio con tacto y eficacia, y en las raras ocasiones en que las fuerzas debieron acudir para repeler incursiones o intentos de invasión, demostró una astucia y un valor que en campos de batalla europeos le habrían dado renombre inmortal. Pero

por lo común los sucesos de Roncador no trascendían al mundo exterior, de modo que Iturbide debió contentarse con la gratitud de su gobernador y de su pueblo.

La iglesia resultó problema mucho más arduo, pero el *pai* Lorenzo siguió conquistando mi confianza y mi respeto, y cuando murió el anciano y agotado obispo insistí en la remoción del digno sacerdote. Le dije que la Iglesia gozaría de plena libertad y autoridad para los asuntos espirituales, a condición de que siguiera los principios de su fundador, enseñando a los hombres a amarse los unos a los otros, adoptando para el clero una norma de pobreza y castidad, velando por los enfermos y moribundos, cumpliendo con todos los demás actos corporales de caridad. El obispo Lorenzo no tenía otros deseos, pero la tarea de depurar el clero era difícil. Expulsar a todos los corrompidos significaba dejar sin un solo cura las parroquias de Roncador. Se fundó un seminario para formar nuevos sacerdotes que, no bien ordenados, remplazaban a las venales. En pocos años el ejemplo de las medidas tomadas con los peores infractores produjo un efecto muy saludable sobre el resto, pero mucho tiempo transcurrió antes de completarse el proceso de purificación.

El arte de gobernar es el arte de delegar la autoridad. Lo esencial es que la autoridad delegada actúe como una pelota sobre una cuerda elástica. No importa el tamaño de la pelota ni la tensión de la cuerda, con tal de que la autoridad vuelva a su fuente con sólo la presión de un dedo. El gobernador ideal es aquel que está desposeído de *toda* autoridad y es sencillamente el centro matemático en que convergen mil líneas: el guía invisible, y aun potencial, de una hueste de eficaces títeres. En estados más complicados el sistema de la delegación debe dividirse y subdividirse, pero tal era la simplicidad de la economía de Roncador que yo mismo podía vigilar directamente cada aspecto de la administración.

Cuando por fin la maquinaria del gobierno empezó a trabajar sin fricciones de ninguna índole, empecé a emplear todas mis energías en las mejoras comunales. Los fondos del tesoro aumentaban día a día, pero había resuelto gastarlos a medida que se acumulaban, puesto que dinero sin empleo es dinero perdido. Un teodolito me sirvió para trazar el plano de las calles y los espacios circundantes, determinar la orientación y las elevaciones, ordenar demoliciones y reconstrucciones. Hice explotar la cantera de donde los jesuitas extraían granito para sus obras; empedré las calles principales de Roncador, construí un hospital y poco a poco remplacé los míseros ranchos en que vivía la mayor parte de los habitantes por construcciones más sólidas. Al principio esas obras fueron vistas con desaprobación, sobre todo porque involucraban el empleo obligatorio de vehículos privados y la organización del servicio forzoso. Pero cuando las mejoras empezaron a ser una realidad concreta, los ciudadanos de Roncador se enorgullecieron de la empresa, de modo que año tras año aumentaban la belleza de la ciudad y sus ventajas prácticas.

También invertí buena parte de los fondos públicos en mejoras para el ejército. Importábamos los fusiles más perfectos y todo nuestro equipo militar era del estilo que prevalecía en Europa. Yo mismo proyecté un nuevo uniforme, más vistoso y elegante que cualquier otro Sudamérica. Mi principio era asignar el mayor brillo a los grados inferiores. Salvo algunos detalles, el ejército era en su totalidad un cuerpo de artillería montada. Los soldados llevaban una chaqueta escarlata, con pechera y cinto jalonados de oro, y pantalones anaranjados de corte coracero. Los cuellos y puños de las chaquetas eran naranjados, con vivos de color torcaza; las charreteras, color torcaza con vivos amarillos. Las botas eran de cuero negro, como las gorras, adornadas a la izquierda con una cucarda plateada. Los oficiales, cuyo número y graduación reduje enérgicamente, llevaban uniformes de corte severo, sin ornamentos. Sólo el color de las chaquetas distinguía una grado del otro. El comandante en jefe llevaba los pantalones reglamentarios con una chaqueta negra, charreteras y una cucarda dorada.

Por mi parte me abstuve de cualquier forma de ostentación. Invariablemente se me veía con una capa, pantalones de montar y sombrero, todos de color negro. Ocupaba en Roncador dos

cuartos en el primer piso del cuartel; me servía un criado personal. Sin embargo, no se me escapaba que un pueblo no es feliz sin ritual y que un gobierno debe evitar a toda costa dar la impresión de opacidad y de chata inercia. Por eso había apostado frente a la Casa de Gobierno (así se llamaba ahora el cuartel) una guardia montada que cumplía a diario su ceremonial; en los días festivos el ejército entero aparecía con todo el esplendor de un desfile militar. En tales ocasionales yo me mostraba en público, montando un caballo blanco, y recibía el saludo de las tropas reunidas.

Pero por lo común observaba una reserva impenetrable. No la abandonaba ante ninguno de mis subordinados y nadie podía verme nunca entregado a cualquiera de los placeres corrientes. Mis únicas distracciones eran las que compartía con el general Santos y, después de su muerte, con su hijo, que lo sucedió en su estancia. A ella solía acudir con frecuencia llamado por los placeres campestres, la natación y la caza, y en ello acabé construyéndome un pabellón donde pude guardar mis pocos objetos personales: mis fusiles, mis cañas de pescar, una breve biblioteca.

Así pasaron los años sin asomo de guerra o rebelión. En todo ese tiempo sólo ocurrió un incidente violento, que en cierto modo yo mismo provoqué. Sucedió durante el cuarto año de mi gobierno y del siguiente modo:

Por las grandes pampas situadas al sur y al este de Roncador -vastas extensiones de tierra fuera del contralor del gobierno a que nominalmente pertenecían- corrían de cuando en cuando bandas de saqueadores que vivían devastando la tierra y pirateando en el río. Eran el terror de todas las poblaciones y estorbaban seriamente las relaciones comerciales entre el interior y Buenos Aires. La incertidumbre política de la situación les prestaba toda clase de ayudas, sobre todo en forma de soldados diestros en el manejo de las armas y arrojados en la nación. Entre esos bandidos había surgido un jefe llamado Vargas, nombre al que él mismo había agregado el título indispensable de general. Tenía bajo sus órdenes a unos mil hombres, indios en su mayoría y todos excelentes jinetes. Satisfacían sus principales necesidades -pasto para los caballos y carne para alimentarse- sin riesgos ni dificultades en las inmensas y fértiles llanuras que eran su morada. Pero otras necesidades, como el aprovisionamiento de municiones y algunos lujos como el vino y las ropas, los habían depender del tráfico fluvial.

En la época de que hablo el general Vargas había establecido su campamento unos ciento sesenta kilómetros al sur de los rápidos que formaban el límite de Roncador. Era un sitio bien escogido, ya que el río iniciaba allí un curso lento y amplio en medio del cual se extendía una lista baja pero cubierta de espesa vegetación. Desde su orilla, Vargas podía sorprender cualquier navío que, caído en la trampa, fuera asaltado por una barcaza de piratas que avanzaba rápidamente desde el refugio de la isla.

Al principio no intentó detener los navíos con destino a Roncador, pero al fin, alentado por la inmunidad total de que parecía gozar, capturó un cargamento de armas y uniformes y retuvo al traficante en el campamento en calidad de prisionero. Esa insolencia no podía tolerarse y previendo que sería inútil cualquier protesta ante el gobierno responsable de Vargas, resolví actuar en nombre del interés general del país. Decidí, además, que yo mismo conduciría la expedición punitiva. Pues aunque gozaba del respeto de todos los ciudadanos una acción militar y mi orgullo se resentía un poco ante la idea de que mi valor pudiera ser objeto de dudas. La experiencia ya me había enseñado que la distinción entre los hombres de acción y los hombres de imaginación es fundamental, pero sin que ello signifique en modo alguno que el valor sea patrimonio exclusivo de los primeros. En realidad mi opinión -que mi futura experiencia habría de confirmar- era más bien que el tipo de hombre de gran vigor físico es en el fondo un cobarde en situaciones de evidente peligro, mientras que el tipo más débil del introspectivo, en virtud del poder transformador de su imaginación, es mucho más capaz de acciones decisivas. El coraje es la capacidad de actuar como si la muerte fuera una fantasía.

Con ayuda de Iturbide urdí los planes para nuestra expedición. El factor esencial debía ser la sorpresa, ya que no deseaba emplear todo el ejército en la operación. Decidimos atacar el campamento de Vargas desde el río y desde la tierra simultáneamente, y juzgamos que un grupo de ciento cincuenta hombres bastaría. Iturbide, con una compañía de cien hombres montados, marcharía por tierra hasta un punto convenido y aguardaría allí una señal del pelotón que avanzaría por el río. En cuanto a este último, nuestros planes eran más elaborados. Consistían en tripular dos embarcaciones de las llamadas piraguas, muy en uso para el transporte fluvial de carga pesada. Tales embarcaciones eran como una gran caja de fondo rectangular y liso, con lados inclinados que formaban una cubierta también rectangular, de perímetro dos veces mayor que el del fondo. Por el borde de esa pirámide truncada e invertida corría una galería bastante ancha para que pudieran instalarse en ella los remeros. Las piraguas solían cargarse con fardos que se apilaban hasta sus bordes; sobre los fardos que se echaba una cubierta de tablas sueltas que admitía una nueva carga, dejando espacio para una cabina con techo de cuero. Esas embarcaciones podían transportar una carga de doscientas toneladas y la corriente las llevaba río abajo, impulsadas también por medio de remos.

Construimos dos piraguas, pero en lugar de fardos de yerba y cuero, pusimos en ellas otros de arena del mismo tamaño y aspecto, procurando además que en medio de la embarcación quedara un espacio libre y que hubiera miradores entre los fardos. Resultaron, en verdad, dos fortalezas flotantes, cada una con veinticuatro tiradores.

Las piraguas andan despacio, a no más de seis kilómetros por hora. Calculé que tardaríamos casi veinticuatro horas en llegar a las cercanías del campamento de Vargas. Resolvimos atacar poco después del alba, cuando casi todos los secuaces de Vargas estuvieran aún sumidos en el pesado sueño que seguía a sus desenfrenos nocturnos.

Aguardamos la luna llena, que nos permitiría navegar de noche por el río, y una mañana partí muy temprano con las dos piraguas. Iturbide me seguiría con los jinetes, que llegarían antes al punto convenido. Me ubiqué en la cubierta de una de esas grandes cubetas y ese día viajamos agradablemente; nuestra dificultad mayor era mantener a razonable distancia las embarcaciones, ya que de cuando en cuando caíamos en un remanso y permanecíamos durante un tiempo considerable girando en torno a nuestro propio eje.

La noche era clara y serena; el cielo, brillante. Las riberas arboladas estaban sumidas en el silencio y nuestras rústicas embarcaciones parecían intrusas entre los plácidos elementos que nos rodeaban. Los hombres se turnaban para dormir y remar, pero yo me sentía demasiado excitado por los acontecimientos y exaltado por la belleza de la noche para hacer otra cosa que aguzar la mirada hacia proa. Habíamos dispuesto reunirnos con Iturbide en un recodo del río, sobre una playa arenosa: era difícil equivocarse. Llegamos una hora antes del amanecer y dirigimos las embarcaciones hacia la ribera opuesta, donde las amarramos a los troncos de los corpulentos árboles.

La floresta empezó a animarse; las agudas y líquidas notas de un coro de pájaros llenó el aire y los monos empezaron a parlotear en los ramajes. Súbitamente surgió la luz y se apaciguó esa obertura; entonces vi que un jinete se aproximaba a la ribera opuesta para dar la señal agitando tres veces un pañuelo blanco. Lo cual significaba que las cosas marchaban bien con respecto a Iturbide y que podíamos llevar adelante el ataque. Di la respuesta convenida, ordené que soltaran las embarcaciones y que los hombres en descanso corrieran a las armas. Estábamos aún a cuatro kilómetros del campamento, pero nada estorbó nuestra marcha y en media hora llegamos a la isla situada en el tramo ancho del río. No bien caímos en la corriente que pasa a la izquierda de la isla, y por consiguiente más cerca del campamento, tendí una cuerda entre ambas embarcaciones para mantenerlas juntas; salvo cuatro hombres que hacían con sus remos las veces de timón, todos estaban alerta en sus miradores.

Trescientos metros nos separaban del muelle; de acuerdo con nuestro plan, teníamos que emplear una táctica sin demora. Pero no había un ser humano a la vista y las tiendas y chozas del campamento de Vargas estaban tierra adentro. Sólo me quedaba, pues, la alternativa de disparar una descarga al azar, en dirección a la costa. Tuvo, sin embargo, su efecto, pues una bala perdida hirió a un caballo atado que empezó a relinchar de dolor. Dos o tres hombres aparecieron entonces y escudriñaron la distancia, en nuestra dirección. Ordené que tres soldados armados con fusiles subieran a cubierta, se arrodillaran y apuntaran, como si nuestra partida sólo hubiera estado formada por ellos. Nos escapamos e hicimos un solo disparo hacia las figuras que se divisaban en la playa. Se retiraron y oímos a los lejos gritos de furor. Estábamos ya a unos noventa metros cuando apareció una cantidad considerable de hombres armados con fusiles; nos gritaron a través del río, quizá amenazándonos o intimidándonos a que nos acercáramos. Ordené que toda mi tripulación se guareciera tras los sacos de arena e inicié una descarga contra la playa. Tan cerca estábamos ahora y tan densa era la partida enemiga que varios de ellos cayeron. El resto huyó hacia el borde de la costa, donde había esa posición ventajosa abrieron fuego contra nuestras embarcaciones que, privadas de timones, bogaron sin gobierno en la lenta corriente. Pero de ese modo comprobamos las ventajas de la piragua: aunque nos desviáramos, siempre presentábamos un flanco hacia la costa. Abrimos entonces un fuego incesante al que la ribera enemiga respondió con creciente ardor. Pero la mayoría de sus balas se hundían infructuosamente en los fardos de arena o se perdían. Con todo, algún proyectil entró por los miradores y así perdimos un hombre en una embarcación, mientras otros dos fueron heridos en la mía.

Faltaba ya tan poco para el momento decisivo que no podía contener mi excitación y mi ansiedad. La corriente nos había llevado hasta la mitad del río. Era lo que yo deseaba, pues ya estábamos frente al pequeño muelle construido por Vargas, los fusiles se recalentaban y el acre hedor de la pólvora casi nos ahogaba en nuestro estrecho reducto. Deslizarnos hacia la playa habría significado demorar nuestra acción y prolongar la lucha. Ese era el momento señalado para que Iturbide cayera sobre el campamento desde la orilla opuesta. Era imposible oír nada en medio del estrépito de los disparos, pero nos bastó comprobar que el fuego enemigo cesaba súbitamente. Salté a cubierta sin que al principio pudiera ver nada; el tumulto, sin embargo, me persuadió de que Iturbide ya estaba allí con sus hombres. Al fin distinguí, hacia el sur, un tropel de hombres galopando como furias por una pendiente sin vegetación. Evidentemente huían.

Mientras tanto los remeros habían vuelto a sus puestos y dirigieron las piraguas hacia la costa; desembarcamos a medio kilómetro del muelle. Envié a un hombre para que se informara de la situación. Volvió casi en seguida, acompañado por un explorador a caballo que Iturbide había enviado en nuestra busca. El plan había tenido más éxito de lo previsto. Alarmado por el primer ataque desde el río, el campamento había caído en la mayor confusión. Aquí y allá, hombres desorientados disparaban desde las chozas. Muchos se arrojaban a medio vestir sobre los caballos y huían sin detenerse a ensillarlos. El resto, sin armas, había sido conducido a la playa.

Tomé el caballo del explorador y galopé a través del campamento. Nuestro plan sólo tendría éxito completo si capturábamos a Vargas, vivo o muerto. Desde el campamento seguían oyéndose disparos aislados. Seguí costeando el río y en pocos minutos encontré a algunos de nuestros hombres vigilando a unos doscientos prisioneros que habían sido llevados como ovejas a la costa. Iturbide estaba con los hombres que aún despejaban el campamento, de modo que me lancé en esa dirección.

El campamento era un conjunto de chozas dispersas, casi todas de troncos. En el centro, rodeadas por un espacio libre, había una construcción más sólida: el cuartel general de Vargas. Desde allí seguían oponiendo resistencia y disparando a través de las ventanas. Una bala me dio la bienvenida en cuanto me puse a tiro, rozándome el hombro derecho. Desmonté rápidamente y al abrigo de las chozas me acerqué poco a poco. Llegué así al punto desde el cual Iturbide, con unos veinte hombres, sitiaba el cuartel.

Nuestros enemigos no debían de ser más de seis o siete y estaban en situación desesperada. Iturbide había ordenado a sus hombres que rodearan la choza y que sólo hicieran fuego cuando los sitiados tomaran la iniciativa. Dos horas duró ese lento duelo; después de un intermedio de media hora resolvimos lanzarnos contra la choza y derribar la puerta con un tronco. Pero mientras nos preparábamos para esa maniobra, la puerta se abrió repentinamente y un hombre sin armas se acercó a nosotros. Caminaba lenta y reflexivamente; cuando estuvo al habla exclamó: "Nos rendimos. El general se muere". No había motivo para dudar de tan pasivo emisario. Entramos y encontramos el enlodado suelo de la choza sembrado de hombres muertos o heridos. Los heridos se apoyaban contra cráneos de vacas que aumentaban el horror de la escena. Esos cráneos servían de asientos en los campamentos de esa clase, pero entonces, abrazados por los moribundos, parecían símbolos de la muerte.

Vargas, herido en la garganta, murió sin hablar. Había unos cuarenta muertos, incluyendo a cuatro hombres nuestros. Amontonamos sus cuerpos contra la choza de troncos, hicimos una pira con el material del campamento y le prendimos fuego. Llevamos a la costa las reservas de municiones a la espera de un flete para Roncador. Quedaba el problema de los prisioneros, en número harto elevado. No queríamos conservarlos como prisioneros ni castigarlos por las fechorías de Vargas. Decidimos embarcarlos en las piraguas y lanzarlos sin remos en la corriente. Para ello era preciso reconstruir en parte las embarcaciones y se ponía el sol cuando acabamos de hacerlo. Entonces nos alejamos en la noche con algunos de los caballos capturados. A nuestras espaldas la pira funeraria seguía ardiendo entre las sombras con vivo resplandor; sobre nuestras cabezas brillaban las estrellas suspendidas sobre Roncador. A pesar de la victoria permanecíamos en silencio. Sólo se oía el crujido de las monturas y el tintineo de los arreos sobre el ruido amortiguado de los cascos.

Yo había desempeñado en la acción un papel relativamente pasivo; el riesgo mayor lo había corrido Iturbide y a él correspondieron todos los honores. Pero cuando un pueblo ha conferido a un individuo el prestigio de la autoridad, ansía exaltarlo como ídolo, con todas las virtudes del caso. Gracias al breve e insignificante episodio me convertí para los ciudadanos de Roncador en la encarnación de su gloria nacional.

Mis obras públicas, que tanto tiempo, preocupaciones y ansiedades me costaban, no alcanzaron ese valor épico. Eran el aspecto tiránico y absolutista de mi gobierno y fueron aceptadas con respeto o estima, pero nunca con alegría. Ponerlas en práctica despendía exclusivamente de mis energías, que me empujaban sin descanso de una tarea a otra. Cuando me di por satisfecho con el plano de la ciudad; cuando hube reformado y reestructurado el ejército, me ocupé de cuestiones menores: de proyectar los jardines públicos, diseñar los billetes de banco y la moneda corriente y crear un pabellón nacional: un ave fénix sobre campo amarillo, con una bola roja -el sol- sobre la cabeza. Pero muy pronto acabé también con todo ello y, librado a mis pensamientos, me sentí cada vez más forzado a considerar filosóficamente mi obra y a examinar el presente con relación al futuro.

Comprendí que mi labor me había apartado mucho de los principios de los escritores revolucionarios en quienes había buscado inspiración. Podía sentirme satisfecho por haber respetado las ideas fundamentales en que ha de basarse toda sociedad humana: los dogmas centrales de igualdad, fraternidad y justicia. Pero tales ideas eran lo bastante vagas para autorizar diferentes interpretaciones. Aislando a Roncador de otras repúblicas libres de América había asegurado el éxito de nuestro experimento; pero al mismo tiempo había dado pruebas de nuestra indiferencia con respecto al mundo externo, y nuestro espíritu fraternal, por ejemplo, no iba más allá de nuestros límites. Ello había ocasionado una pronta ruptura con la Sociedad Patriótica de Buenos Aires que yo lamentaba profundamente. Pero no estaba dispuesto a sacrificar la libertad tangible de nuestra propia república por los presuntos frutos de una gran alianza con otras comunidades establecidas menos sólidamente. Temía que nuestra libertad de acción se viera comprometida por tratados internacionales.

Mi gobierno se caracterizaba por una completa indiferencia hacia lo que mi modelo, Napoleón Bonaparte, llamaba empresas *ideológicas*, o sea por la falta de todo deseo de exaltar el Estado al nivel de las especulaciones visionarias. Si habíamos creado una Utopía, era la nuestra una Utopía terrena y real, hecho con materiales concretos. Yo no fue más allá de las aspiraciones del simple paisaje, que formaba el grueso de la población. No podía considerar en nuestro Estado ninguna ocupación más honrosa o deseable que el cultivo de la tierra; y siendo esta una ocupación que exige toda la energía y las facultades de un hombre normal, educar a los hombres por encima de sus necesidades hubiera equivalido a traicionarlos. El arte mismo de leer y escribir no parecía de mayor importancia en nuestra política, ya que los sacerdotes -muy bien adiestrados en el seminario fundado en Roncador- podían ocuparse de los trámites burocráticos inevitables en cualquier comunidad.

Día tras día trabajé siguiendo los mismos principios: anular toda causa de discordia, convertir en realidades la fraternidad y la igualdad, hacer de la justicia el procedimiento normal. Contra tal política no puede haber posibilidad de rebelión: todas las tendencias antisociales e inmorales serán meramente individuales y estériles en su lucha contra el deseo general de bienestar.

Tales eran la estabilidad y felicidad de nuestra nación. Resulta, pues, incomprensible que se insinuaran dudas en mi mente. Al principio esas dudas no se formularon como tales; sólo me sentía invadido por una depresión incontenible cuyas causas en vano busqué en mi salud o en el clima. Pronto comprendí que las razones eran de otra índole: estaba sumido en una lasitud espiritual cuya explicación debía ser más profunda. Ninguna forma de actividad, sin excluir la caza o la lectura, podía calmar mi insatisfacción y mi inquietud.

Permanecí en ese estado durante varios años, hasta que al fin no pude ya rehuir la verdad. Mi enfermedad espiritual provenía del estancamiento que hasta entonces había considerado como el triunfo de mi política. La falta de conflictos, de intereses competentes, de angustias y zozobras, había creado a mi alrededor una flaqueza moral, un hábito de vida regalada, un ocio, un torpor que ya producían en mí el inevitable fermento. Sabía que el mismo desasosiego había penetrado en los monasterios que intentaban segregarse del mundo de la acción para llevar una vida contemplativa. Cierto que no era la mía una vida contemplativa, pero estaba convirtiéndose en una vida de abstracción intelectual. Mientras había sido preciso formar la república me había consagrado a los problemas políticos y mis ideas se habían traducido inmediatamente en acción. Pero ahora ninguna acción me solicitaba; mi espíritu no encontraba resistencia en los acontecimientos ni tensión en las circunstancias.

Mis cavilaciones me llevaron a suponer que la Edad de Oro, de la cual subsisten arraigadas tradiciones en varias partes del mundo, existió realmente y sucumbió por las mismas razones que ahora advertía en mí mismo. Sin elementos externos no existe adelanto; ni siquiera el simple progreso de una peonza que se desplaza.

Traté, sin éxito, de resolver mi problema personal en el ámbito social. Podía implantar un sistema de educación y crear así una sociedad de intelectuales. Acaso de tal modo acabara con mi hastío, pero alterando la paz del Estado y creando una clase absorta en especulaciones visionarias, ansiosa de trasladar a la acción sus proyectos ideológicos. Cuando veía a los indígenas trabajando tranquilamente en las tierras y a los habitantes de Roncador paseando por los jardines o sentados a la sombra junto a las fuentes, cuando comprobaba en todas partes la dicha y el sosiego, repudiaba tales ideas. Antes morir que destruir su serenidad.

Junto con este proceso espiritual se inició en mi vida mental otro cambio que debía influir en la decisión que al fin tomé. Descubrí que mis pensamientos volvían cada vez con más frecuencia a mi niñez y a mi juventud. El motivo podía ser, asimismo, la falta absoluta de actividad; o acaso todos nos volvemos nostálgicos a medida que envejecemos, especialmente en el exilio de una tierra extranjera. Pero año tras año esas evocaciones se hacían más vívidas, surgían de

abismos que nunca había sondeado, se apiñaban sobre mis pensamientos cotidianos. Llegué a sentir un deseo vehemente de regresar a mi país. Reviví todas mis experiencias infantiles, mis días en la escuela y el colegio, mi humillación como maestro. Esas imágenes eran muy intensas, pero yo me sentía aun más subyugado por el recuerdo de una experiencia que nunca había logrado aclarar: la aparición, en mi aldea, de los niños verdes. Ansiaba saber cómo se había resuelto ese misterio y qué había sido de los niños en el transcurso de los años. Empecé a crear una imagen ideal de ellos en nuestro mundo: dos seres a medias humanos y a medias angélicos, equidistantes de la rusticidad terrena y de la pureza celestial.

Resolví huir. Pero no podía marcharme de buenas a primeras de una tierra identificada durante largo tiempo con mi vida que era una creación de mi mente. Sin contar las dificultades morales de semejante decisión, cualquier acción deliberada de mi parte podía tener efectos perniciosos sobre la moral del país. Debía nombrar a un sucesor y poner en marcha la torpe maquinaria de la Asamblea Popular y la elección. En mi estado espiritual, esos trámites eran imposibles. Tenía, pues, que desaparecer súbitamente pero sin parecer desertor. Mi desaparición, por el contrario, debía servir de estímulo moral y político. Debía partir en una nube de gloria.

Al fin llegué a la conclusión de que el único método que produciría el resultado deseado era el asesinato; pero el mío había de ser un simulacro de asesinato, puesto que anhelaba seguir viviendo para huir a Inglaterra.

Cuando me decidí, elaboré mis planes siguiendo determinados principios. El motivo del asesinato afianzaría aun más la unión del pueblo. No debía atribuirse a una manifestación de rebeldía o descontento en el país. Debía ser, por consiguiente, obra de un extranjero; debía significar un atentado contra la integridad y la independencia misma de Roncador.

Tracé mis planes lentamente, con infinitas precauciones. Pasó algún tiempo antes de que se presentara la oportunidad caída del cielo, pero al fin la visita de un explorador norteamericano fue para mí una promesa de éxito. Me pidió autorización para reconocer las montañas que formaban el límite este de Roncador. Una antigua tradición indígena hablaba de minas de oro en esas regiones, aunque los españoles nunca habían descubierto oro en ellas.

En circunstancias corrientes habría despedido sin demora al aventurero, ya que la explotación de tales minas significaba trastornar el equilibrio económico del Estado, suscitar la codicia que arruinó las colonias jesuíticas e introducir entre nosotros un espíritu comercial que alteraría nuestra armonía y nuestra módica satisfacción. Pero oculté mi reacción ante la propuesta y autoricé un primer reconocimiento, bajo ciertas condiciones: el explorador debía actuar discretamente, me comunicaría de inmediato sus informes y no iniciaría ninguna acción sin mi consentimiento.

Dos meses después volvió el explorador. Sus hallazgos superaban toda esperanza. No sólo existían ricas vetas en las montañas, sino que además el río que durante largo trecho corría paralelo a ellas tenía ricos depósitos auríferos. Ello convenía a mi plan. Dije al explorador que consideraría su pedido de una concesión para explotar las minas y le pedí que, mientras tanto, permaneciera en Roncador.

Lo tuve así aguardando durante varias semanas sin permitirle conocer mi decisión. Era hombre de pocos escrúpulos y no tardé en averiguar por medio de espías que había iniciado una correspondencia con sus superiores, en Buenos Aires, y que ya estaba en marcha una maquinación de la especie habitual: se trataba de atraer un país vecino al nuestro mediante la corrupción financiera de su gobierno, inducirlo a buscar pendencia en Roncador y de tal modo invadirnos con todas las fuerzas necesarias para la explotación del oro.

Confié entonces el asunto a Iturbide. No le revelé mi oculto propósito -que su llaneza habría encontrado incomprensible-, pero le comuniqué los informes del explorador y le di toda clase de detalles sobre la intriga que tramaba. Confesé que había sido estupidez mía permitir la entrada del explorador a Roncador y le pedí ayuda para combatir la confabulación.

Expulsar al individuo, le expliqué, era imposible. Sólo habríamos facilitado sus planes. Arrestarlo o ejecutarlo convicto de un vago cargo de conspiración podía envolvernos en una disputa con una nación poderosa. Teníamos que esperar hasta reunir pruebas suficientes y convencer al mundo de que actuábamos según los preceptos de la justicia internacional y en defensa propia. Iturbide prometió vigilar estrictamente cualquier movimiento en la frontera y estar dispuesto a actuar rápidamente en caso de emergencia.

Entonces me ocupé de los detalles personales de mi plan. Escribí un testamento político muy sencillo y breve en que expuse los principios según los cuales había gobernado en Roncador durante más de veinte años. Señalé que ese testamento era una medida de prudencia, tomada con el espíritu de un padre sensato que se preocupa por sus hijos, y recomendé como sucesor a Iturbide. Deposité el documento en manos del encargado de los archivos, con la indicación de que sólo debía abrirse en caso de mi muerte.

Después, en el retiro de mi pabellón de caza, hice una carga explosiva de poder considerable. Disponía, desde luego, de una buena provisión de pólvora para mis cartuchos y encontré en los manuales militares instrucciones precisas para la voladura de puentes, rieles y fortificaciones.

Ya he descrito el puente de tres arcadas que cruzaba el río al oeste de Roncador. Cada vez que acudía a mi retiro campestre debía cruzar ese puente: allí proyecté mi fingido asesinato. Durante la época en que me ocupaba de reedificar la ciudad había examinado cuidadosamente la estructura del puente y, encontrándolo bien construido por los jesuitas, había resuelto conservarlo. Aunque sostenido por dos pilares, el puente era un solo arco que nacía en las márgenes rocosas del río. Los puntos de mayor presión estaban situados, por consiguiente, en el ápice y los extremos y allí -no en los pilares- debía ubicarse la carga explosiva para que resultara eficaz. Decidí que el punto que más convenía era el ápice.

El pavimento del puente, ligeramente combado, era de piedras de granito de unos treinta centímetros cuadrados. Siglos de uso habían cavado surcos a ambos lados; aquí y allá se habían desprendido algunos bloques. Una mañana, al volver del pabellón, hice que mi asistente se adelantara con los caballos. Yo permanecí en el puente y comprobé que levantar uno de los bloques del centro era cosa muy fácil. Si metía la carga fuertemente comprimida bajo una de esas piedras, una pisada tomaría para hacerla estallar. Toda esa operación tomaría cinco o diez minutos.

Cuando tuve listos mis elementos, sin olvidar unos metros de mecha, aguardé la ocasión propicia. Dos condiciones requería mi proyecto: una creciente del río y una noche de luna llena. Conté asimismo con encontrar una canoa en la orilla del río, en un lugar bajo el puente donde existía un primitivo muelle construido por los indios.

A mediados de julio se anunciaron tales requisitos y me resolví a actuar. Anuncié mi intención de pasar una semana en mi pabellón de caza y supliqué a Iturbide que se ocupara de las cuestiones que surgieran durante mi ausencia. Me marché con la sola compañía de mi asistente.

La segunda noche después de mi partida aguardé hasta las dos de la mañana, desperté a mi asistente y le mostré una carta que yo mismo había escrito. Le dije que me llamaban desde Roncador y que debía partir sin demora. Le ordené ensillar mi caballo, recogía mis materiales y

estuve listo al mismo tiempo que el caballo. Mi asistente debía aguardar hasta el alba para seguirme con mi equipaje habitual. Partí entonces por el sendero iluminado por la luna.

A unos diez metros del puente abandoné mi caballo y me acerqué a pie. Sobre mí brillaba la luna, alta en el cielo; podía distinguir a la distancia la silueta de Roncador, silenciosamente agazapada en la montaña; las paredes blancas de algunas construcciones se destacaban en la oscura masa. Me asomé por el parapeto y vi el negro contorno de tres canoas sobre la playa. El río corría rápidamente y sus aguas se arremolinaban bajo el oleoso resplandor lunar.

Tenía un formón y no me resultó difícil desprender uno de los bloques de granito. Debajo, la mampostería estaba rota y suelta, de modo que no me costó abrir un hoyo en el arco mismo. Allí metí la carga de pólvora y fijé la mecha. La acuñé con papel, después con los mampuestos desprendidos y al fin repuse el bloque de granito, que ajusté firmemente entre los demás con cuñas de madera.

Trabajé de prisa y todo estuvo listo en diez minutos. Mi caballo se había acercado al puente; tenía que alejarlo del peligro. Lo llevé unos metros más lejos y me despedí de un animal que me inspiraba más afecto que cualquier ser humano. No comprendió mis actos, pero permaneció donde le ordené. Su presencia en el lugar después del hecho era un detalle esencial en mi plan.

Volví al puente y pasé una mirada final. Como precaución última, me dirigí hacia la orilla y eché al agua una de las canoas. Ya no había otra cosa que hacer. Corrí al centro del puente y encendí la mecha. Escuché unos instantes su crepitar y corrí de nuevo a la canoa. La llevé hasta la corriente, que me alejó.

Un siglo pareció transcurrir antes de que la detonación desgarrara el aire. Ya estaba muy lejos, pero vi una nube de humo pasar sobre el rostro de la luna. Un rato después aún se mecía mi canoa sobre el oleaje provocado por la explosión.

CAPÍTULO III

En cuanto las aguas se cerraron sobre ellos parecieron huir de sus cuerpos, curvarse a sus pies, abovedarse sobre sus cabezas hasta formar un esferoide perfecto. Quedaron así dentro de una inmensa burbuja que en vano oprimían las aguas y en cuya superficie cristalina vibraban rápidamente las partículas de arena. Ambos sintieron al principio un movimiento de descenso, pero muy pronto cesó y la agitación de las aguas, en torno a la burbuja, fue el único indicio de que seguían moviéndose.

Olivero aún ansía la mano de la Niña Verde, pero ya no se miraban; permanecían indiferentes. El tiempo y su angustia habían desaparecido; estaban un poco soñolientos.

Al fin las aguas se abrieron sobre sus cabezas y sin que ellos hubieran advertido ningún cambio de dirección en su marcha ascendieron en medio de un estanque. Se encontraron en una vasta caverna llena de luz acuosa, azul en las zonas menos iluminadas, verde claro hacia lo que quizá fuera la salida. El estanque, entre arrecifes verdes y musgosos, se extendía por toda la caverna. Las paredes eran muy irregulares y del techo pendían carámbanos cristalinos, algunos tan largos que tocaban el suelo y parecían columnas adelgazadas en el centro, en forma de huso.

No bien estuvieron libres de las aguas, ambos recobraron la plena conciencia de sí mismos y pugnaron por llegar hasta la orilla rocosa, que alcanzaron sin dificultad. La atmósfera era muy cálida, casi tanto como la de un invernadero en verano, de modo que sus ropas, que se habían empapado mientras nadaban, no les incomodaron. Pero debido quizá a la densidad del aire o la agitación mental producida por la experiencia por que acababa de pasar, Olivero desfalleció y cayó al suelo. Allí permaneció con la Niña Verde le dijo que ese era sin duda el sitio donde había nacido y del cual se había extraviado con su hermano, treinta años antes.

Descansaron casi una hora; después se pusieron de pie y caminaron hacia el extremo de la gruta de donde parecía entrar la luz. La gruta se estrechaba gradualmente y cuando estuvieron frente a la entrada comprobaron que su altura no pasaba de un metro. Se agazaparon para seguir avanzando y pronto salieron, pero no al aire libre, pues aunque el espacio que ahora escudriñaban era mucho más amplio que el de la gruta dejaba atrás, una techumbre se abovedaba sobre ellos, más alta y vasta que la de cualquier catedral. La luz seguía siendo confusa, como en los atardeceres estivales de Inglaterra, aunque tenía un acusado tono verdoso. Olivero advirtió que provenía de las paredes de la inmensa caverna y que debía ser de índole fosforescente. La roca misma era de formación cristalina.

Otro fenómeno que lo impresionó en seguida fue un sonido de lejanas campanas que parecía llegar de todas direcciones. Cuando se volvió hacia la Niña Verde en busca de una explicación, ella señaló un borde sobresaliente del que pendían en filas series de varillas cuya extensión variaba de algunos centímetros a un metro. Agitadas por la brisa suave que circulaba por la caverna, las varillas se entrechocaban y producían el sonido de campanas que Olivero oía. No tardó en descubrir que esas varillas eran de variadísimas dimensiones; las más pequeñas eran agujas prismáticas de roca cristalina, de seis o siete centímetros, y sonaban como una caja de música; las mayores eran largas varas de roca que tenían hasta cinco metros y producían notas tan profundas como una campana de bronce. Esas varas más largas eran en realidad estalagmitas cuya formación había sido dirigida durante largo tiempo para obtener una masa uniforme y la consiguiente pureza de tono. Cavernas especiales, que podían considerarse talleres o fábricas, estaban destinadas a ese fin.

La Niña Verde explicó a Olivero que esas campanas pendían en todas partes a fin de guiar al pueblo de un lugar a otro; cada dirección tenía su repique o sonido peculiar y sólo oyéndolo podían saber qué camino tomar los habitantes de ese país sin sol y sin estrellas. Todos los sonidos o repiques provenían del centro de ese mundo subterráneo; pero si alguien se extraviaba por cavernas o grutas deshabitadas, más allá del alcance de las campanas, perdía todo sentido de la orientación y ya nunca encontraba su camino. Así había llegado la Niña Verde hasta la caverna cuyo estanque se hundía hasta comunicar con el mundo exterior.

Esta vez prestaron atención a las campanas, que los guiaron de una caverna a otra. Algunas eran infinitamente altas, otras largas y estrechas como un túnel, otras semejantes a un panal de grietas. La misma luminiscencia emanada de todas. La mayoría -al menos de las que atravesaron- estaban secas, pero en algunas el agua rezumba del techo o fluía por las paredes hacia el suelo de roca, donde formaba charcos. Aquí y allí corrían claros arroyos por canales abiertos en el suelo, muy estrechos y en algunos casos evidentemente labrados a mano. El agua era apenas más fría que el aire y aunque ligeramente sulfurosa, agradable de beber.

La única forma de vida comparable a la vegetal eran ciertas plantas semejantes a los hongos que crecían en las paredes de las cavernas. En las grutas más vastas solían formar estructuras parecidas a las del coral cuya altura máxima era poco más o menos de un metro. Su contextura recordaba la de la coliflor, aunque con integumento más resistente. En las grutas más húmedas se parecían a los agáricos y solían estar parcial o enteramente petrificadas. De los techos de las grutas más secas pendía un tipo de vegetación enteramente diferente: eran como raíces enmarañadas y secas. Pero no eran raíces en realidad, sino tallos huecos de diámetro

uniforme, delgados como un lápiz común, divididos en nódulos o celdas que contenían una pepita. Cuando estuvieron frente a esa vegetación subterránea, la Niña Verde tomó un trozo y después de abrir las vainas secas y quebradizas ofreció a Olivero las pepitas para que las comiera. Eran dulces y agradables; según explicó la Niña Verde, con ellas se alimentaba el pueblo.

El primer ser animado que encontraron fue un pájaro, no mayor que una alondra pero más parecido a un búho, ya que era de color gris, con suaves plumas que de lejos semejaban pieles y un cerco de rígidas plumas concéntricas en torno a cada ojo. Se diferenciaba del búho por el pico recto, y de cualquier otro pájaro de la tierra por su modo de volar: alzaba el pico verticalmente, se elevaba en línea recta, como una piedra que se hunde, hasta los dos tercios de la gruta y llegado a esa altura giraba lentamente sobre su propio eje. Descendía en tirabuzón para posarse invariablemente sobre un peñasco a unos dos metros del suelo. Otra peculiaridad era que no mostró la menor señal de miedo ante la llegada de Olivero y la Niña Verde, y dejó que lo tocaran y acariciaran libremente. Tales pájaros no parecían demasiado frecuentes y, salvo en la época del celo, eran de hábitos solitarios.

Después de atravesar ocho cavernas, la Niña Verde se detuvo súbitamente y apoyó una mano sobre le brazo de Olivero. Se encontraban frente a la entrada de una gruta pequeña; la abertura tenía el tamaño de una puerta corriente. Prestaron atención y oyeron que del interior provenía una música de otra índole. Haciendo a Olivero una señal para que la siguiera, la Niña Verde cruzó la entrada y cayó de rodillas. Olivero la imitó y miró hacia arriba. Estaban en una gruta de dimensiones reducidas, quizá de unos cinco metros de largo por siete de alto. Pero tenía proporciones muy regulares, cónica, con las paredes formadas por una masa de cristales resplandecientes. Al fondo de la gruta había una figura humana, un hombre de alta cabeza cónica, carne verde y luminosa como la de la Niña Verde, barbas semejantes a pálidas algas marinas. Llevaba una túnica transparente y estaba sentado en una roca baja. Frente a él, sobre una amplia laja de piedra, algunos objetos: la mayoría parecían cristales pulidos y de variada estructura, algunos negros como la obsidiana, otros incoloros como el cristal de roca. Pero el objeto en que concentraba su atención el habitante de la gruta era un carillón minúsculo, semejante a los que ya hemos descrito. Consistía en un armazón donde pendían nueve varillas de cristal. Cada varilla daba una nota diferente y el hombre las golpeaba produciendo los cambios; es decir, golpeando cada vez las varillas en diferente orden, hasta agotar todos los órdenes posibles. En un carillón de nueve notas, tal repique sólo quedaba completo al cabo de 362.880 alternancias.

Esos moradores de las cavernas, explicó la Niña Verde, eran los sabios del país; vivían en soledad absoluta, consagrados a esas prácticas sagradas y contemplando las piedras pulidas.

Después de observar al sabio durante unos instantes, lo dejaron impasible y siguieron la marcha. De cuando en cuando pasaban frente a otras grutas de donde provenía esa música de invisibles campanas; pero no se detuvieron ante ninguna y apretaron el paso, guiados por los repiques. Después de andar durante un lapso que acaso fuera de seis horas terrenas, llegaron a una inmensa caverna circular donde vieron a algunas figuras que transportaban cargas. Salían de grutas situadas a la derecha y cruzaban la caverna para desaparecer por una salida al frente de Olivero y la Niña Verde.

El repique los guió a lo largo de las paredes de la caverna, más allá de las grutas de la derecha. Se aventuraron a mirar en el interior de una de ellas: densa como una selva de estalactitas y estalagmitas, pero con un amplio sendero despejado en el medio; a ambos lados había unos bloques que resultaron moldes, hechos de alabastro o de esteatita, donde se acumulaba la exudación de las piedras. En algunos casos enriquecía esos depósitos el agua que corría por las paredes de otras grutas, transportada por medio de canales de piedra.

Al salir de la caverna, Olivero y la Niña Verde se encontraron ante un grupo de cinco hombres. Por su aspecto no se diferenciaban del sabio de la gruta; llevaban la misma túnica transparente, las mismas barbas blanquecinas, y su carne era verde. Miraron con ojos desorbitados de asombro a los dos intrusos, pero no se movieron ni hablaron.

Fue la Niña Verde quien se acercó primero a ellos. Había olvidado por completo la lengua de su país natal, pero se adelantó hasta el hombre más inmediato del grupo, descubrió su brazo, señaló su carne verde y después la de él. Gesticuló excitadamente, procurando indicar que deseaba acompañarlos. Pero los hombres siguieron mirando a Olivero, incapaz de moverse o de hacer cualquier señal amistosa. Cuando al fin se adelantó, los hombres saltaron atrás horrorizados, como huyendo de un espectro. Y en efecto Olivero era para ellos un espectro o algo peor aún, pues en verdad los habitantes de ese país no creían en espíritus desencarnados ni conocían las diferentes razas del mundo. En Olivero descubrieron a un ser humano de especie totalmente distinta, pero sólo imaginando un mundo en que no existan especies, sino una clase única de hombres, podremos calcular su asombro.

Huyeron precipitadamente. Olivero y la Niña Verde los siguieron sin prisa, para no darles la impresión de que los perseguían. La caverna por donde habían desaparecido era un breve corredor que llevaba a una sala más vasta que todas las anteriores: una inmensa pista subterránea, quizá de cinco kilómetros de largo por la mitad de ancho. El techo era tan alto que su irradiación luminosa podía parecer un firmamento a alguien no habituado a la sólida estructura de la tierra. Pero la luz era perfectamente uniforme y perduraba sin las variaciones de la luz terrestre: una luz eterna, una tarde estival fija en el instante en que los pájaros dejan súbitamente de cantar.

La escena era demasiado compleja para abarcarla con una sola mirada. El pavimento de la caverna era una hondonada oval poco profunda; tres amplias terrazas interrumpían el declive natural de sus lados. A intervalos regulares cortaban las terrazas escaleras que parecían llevar a varias salidas. Una de esas escaleras comenzaba a los pies de Olivero y la Niña Verde. Por encima de las terrazas, a diferente altura, había anchos bordes salientes en que podían distinguirse cavernas naturales o quizá abiertas por la mano del hombre. La pista central era uniforme y llana. Olivero creyó encontrarse en el interior de una colmena o de un inmenso palomar.

Los cinco hombres a quienes habían seguido se veían más allá de las escaleras, corriendo en línea recta a través de la pista. Grupos aislados, más pequeños, se distinguían en las terrazas.

La Niña Verde no vaciló, y como a Olivero no se le ocurrió otra cosa, la siguió escaleras abajo. Las escaleras eran anchas y largas; bajar les tomó unos cinco minutos. El pavimento, de roca grisácea, estaba cubierto por una intrincada red de canales, abiertos para transportar el exceso de humedad. Irradiaban hacia el centro de la pista. No había indicios de ningún tipo de vegetación, pero de cuando en cuando un pájaro como el que ya habían visto se alzaba girando en el aire.

Cuando avanzaron casi un kilómetro estuvieron al habla con la multitud que habían visto desde las escaleras. Los cinco hombres habían desaparecido en ella. La multitud permanecía en calma, mirando a los intrusos.

Olivero y la Niña Verde se detuvieron a cincuenta metros del grupo, pero aunque permanecieron inmóviles durante largo rato, nadie se movió ni reaccionó de ninguna manera. Eran como un rebaño de ovejas que espiaban los movimientos de un extraño, vigilantes pero sin saber qué hacer. Olivero habría seguido aguardando, pero la Niña Verde le aseguró que su pueblo no era de temer; se tomaron, pues, del brazo y avanzaron cautelosamente.

Ahora podían ver que el grupo estaba compuesto por hombres y mujeres muy jóvenes; pero la distinción entre ambos sexos no era muy clara, ya que todos usaban la misma túnica transparente y en algunos jóvenes la barba era apenas perceptible. Todos llevaban largo el pelo rubio e iban descalzos. Sus cuerpos eran muy delgados, tenían la cabeza oviforme, y bajo las cejas casi invisibles los ojos, muy pequeños, brillaban como los de un hurón.

Los primeros de entre el gripo abrieron paso al acercarse los extraños, pero cuando éstos pasaron se volvieron hacia ellos. Parecían unas cien personas y después que Olivero y la Niña Verde se adelantaron, todos los siguieron. Entonces advirtió Olivero que también ellos caminaban en parejas, tomados del brazo.

Aquí y allá, en la pista, se veían circular otros grupos. Pero la Niña Verde, guiada acaso por un oscuro recuerdo, se dirigió hacia el centro. Al principio la multitud los siguió en silencio, pero instantes después todos empezaron a hablar entre sí rápidamente y en voz baja.

Así llegaron al centro de la pista, donde había un estanque burbujeante de agua caliente. El estanque, de unos sesenta metros de largo y en forma elíptica, estaba bordeado por una pared baja, labrada en la roca. Alrededor corría un canal anular de tres metros de ancho y sección semicircular, donde se bañaban desnudos hombres y mujeres, todos de la misma edad, como los de la multitud antes encontrada.

Como algunos de sus acompañantes se disponían a bañarse, la Niña Verde se despojó de sus ropas terrenas y descendió al estanque. De ese modo no se diferenciaba en nada de las demás mujeres, salvo por la edad; su carne quizá fuera de un matiz de verde ligeramente más oscuro. Olivero se vio muy absurdo con su capa y sus pantalones negros, para no mencionar sus zapatos y otras ropas, y como a su alrededor muchos seguían observándolo, venció todo sentimiento de pudor y cortedad, se quitó la ropa y sumergió su cuerpo blanco en el agua ferruginosa.

Al principio sintió en la carne un escozor como producido por el exceso de sal; pero tal sensación fue convirtiéndose en la de un intenso calor que penetró todo su cuerpo. Se volvió hacia la Niña Verde, reclinada contra el borde del canal: tenía la cabeza caída sobre el pecho y parecía casi dormida.

– Si te duermes -le dijo-, corres el riesgo de hundirte en el agua y ahogarte.

La vigiló hasta que él mismo empezó a ceder al sueño. Subió, pues, al borde del canal y alzó tras sí a la Niña Verde. La roca estaba tibia y era suave al tacto como el jade. Allí permanecieron, sumidos en un sueño profundo.

Puesto que no existían medidas de tiempo en ese país ni conciencia ninguna de su paso, las sensaciones sólo podían juzgarse por su intensidad. El sueño, que anula toda sensación, borra el sentido de la duración. Quizá durmiera allí cinco minutos, o cinco días, o aun cinco años; los mismos jóvenes estaban junto a ellos cuando despertaron, pero como nunca habían tenido conciencia del tiempo, ninguno pudo decirles cuánto habían dormido. Sus ropas terrestres habían desaparecido; a sus pies cada uno encontró una túnica transparente como las que usaba el Pueblo Verde.

Durante el sueño, tal vez porque en ese estado la mente es accesible a influencias que despiertan recuerdos borrados, la Niña Verde había recobrado el uso de su lengua natal. Cuando volvió en sí se levantó exclamando *Si Siloën*, *si Siloën*, que significa "soy Siloën". Ese era su nombre antes de extraviarse, y si en la tierra le habían dado el de Sally, acaso fuera porque había balbuceado a menudo "Siloën" sugiriendo a la señora Hardie el más parecido en inglés.

Con el de su idioma, otros recuerdos volvieron a ella. Pero no eran sino los que podía tener una niña de diez u once años. Recordaba que algunos de los sabios moradores de las grutas gobernaban el país y resolvían todos los litigios. Volviéndose hacia quienes la rodeaban preguntó por la caverna del sabio que regía. "Hace muchos años -explicó- llegué hasta la gruta en que no hay música y me perdí. He regresado ahora con alguien que viene de otro país, pero que también se ha perdido y desea vivir con nosotros".

La escucharon con rostros graves e inocentes; después señalaron una gruta, más allá de la tercera terraza, hasta la cual llegaba una ancha escalinata. Vistieron la túnica, subieron y llegaron ante la gruta, que era como las otras que habían visto durante el viaje, aunque algo más ancha. En el interior, sentados a igual distancia en cinco bancos adosados a las paredes, había cinco hombres barbados. Frente a ellos un espacio vacío, en el que se detuvieron Siloën y Olivero.

Las cinco figuras no se movieron ni dieron muestras de advertir la intromisión. Pero al fin el que estaba sentado en el medio, frente a la entrada, habló con voz serena y preguntó qué los había llevado a la presencia de los jueces.

Siloën respondió y narró su extraña historia. Una o dos veces se detuvo como para cerciorarse de que las inmóviles figuras que tenía ante sí la escuchaban, pero en cada ocasión el Juez sentado en el centro pronunciaba una palabra cuyo significado era "Prosigue".

Cuando terminó su historia, los Jueces ordenaron a Siloën que aguardara con Olivero fuera de la caverna hasta que oyeran sonar una campana. Salieron, pues, y sentados sobre una roca miraron hacia la pista. Los mismos grupos circulaban por ella. En las tres terrazas había otros grupos, cada vez menos numerosos: los de la terraza más baja parecían formados por cincuenta personas; los de la más alta, sólo por cinco. Otras personas, a veces de a dos de a tres, a veces en número mayor, subían y bajaban las escaleras; algunas desaparecían en las cavernas más alejadas.

Mientras esperaban sentados sobre una roca frente a la caverna de los Jueces, vieron un grupo de cinco hombres que se acercaba hacia ellos desde la última terraza. Llevaban todos túnicas iguales, sus cabezas cónicas eran calvas, salvo una franja de pelo sobre las orejas, y tenían barbas hirsutas y blanquecinas. El que marchaba en medio mantenía erguida la cabeza; los demás miraban al suelo y meditaban sobre lo que el otro decía. Cuando éste acabó su discurso, asumió a su vez una actitud meditativa. No prestaban atención a nada de lo que los rodeaba y pasaron frente a Olivero y Siloën sin hacer un gesto.

Al fin se oyó en la caverna un sonido parecido al de un xilófono golpeado con suavidad. Cuando Olivero y Siloën reaparecieron ante los Jueces, el del centro volvió a hablar y les dijo que bajaran a la primera terraza: allí permanecerían hasta agotar los placeres de la juventud. Después deberían separarse para unirse a los que subían a la segunda terraza, donde disfrutarían de los placeres del trabajo manual. Después, ya que su edad lo autorizaría a pasar de la segunda terraza, Olivero seguiría hasta la terraza más alta, donde conocería los placeres de la opinión y el debate. En esa etapa permanecería largo tiempo, hasta ser digno del placer más elevado, que es el del pensamiento solitario. Entonces podría retirarse a una caverna remota.

Tales instrucciones fueron impartidas con voz impasible, sin que un solo gesto las subrayara. Cuando comprendieron que el Juez no tenía otra cosa que decirles, Olivero y Siloën se retiraron lentamente y bajaron las gradas que desde la gruta los llevaron hasta la terraza inferior. Allí se reunieron con el primer grupo que pasó; los aceptaron sin asombro ni preguntas.

Los integrantes de los grupos andaban casi siempre en parejas formadas por un hombre y una mujer. Caminaban juntos, tomados del brazo, pero sin demostrarse excesiva devoción. Con frecuencia, o sea cuando por cualquier motivo el grupo se disolvía en unidades, se recomponía en otras parejas sin hacer ningún comentario. Los grupos mismos no observaban una continuidad estricta: cuando bajaban a la pista para bañarse y jugar partidas se confundían, de modo que otras unidades los reintegraban después. Esos grupos disueltos carecían de dirección y se recomponían libremente hasta reunir cincuenta miembros.

Pasaban mucho tiempo bañándose y midiéndose en juegos semejantes a los de la tierra en que mucha gente podía tomar parte. La terraza servía de paseo y de lugar con igual naturalizad. Puesto que ignoraban la medida del tiempo, aguardaban sin duda que el proceso natural de sus cuerpos les indicara la necesidad de tales actos funcionales; el uno era por lo común preludio del otro. Pero es imposible calcular la duración o frecuencia de esos actos según la escala del tiempo terrestre. El tiempo, nunca lo repetiremos bastante, no existía para ese pueblo.

Cuando una de las jóvenes quedaba encinta, abandonaba el grupo y vivía en otra gruta más vasta, atendida por matronas. Después de dar a luz un niño volvía al grupo, que no abandonaba hasta agotar sus placeres, cosa que ocurría al ser madre quizá de tres hijos. Pero como las oportunidades de concebir eran inciertas y el período de gestación lento, esa etapa no era necesariamente breve.

La Niña Verde asimiló en seguida los hábitos y las emociones de su pueblo, pero Olivero pasó por una disciplina muy ardua. Podía tomar parte en todos los juegos de los jóvenes con excelente disposición, pero mucho tiempo pasó antes de que consiguiera mirar los placeres de la carne con igual inocencia. Sentía ira y celos cuando veía a Siloën caminar del brazo de algún joven y ocultaba su rostro contraído cuando la encontraba haciendo el amor con otros. Pero poco a poco se avergonzó de esos sentimientos terrestres y acabó por librarse de ellos.

Olivero fue aprendiendo el sencillo idioma del pueblo; no era difícil, pues no tenía inflexiones irregulares ni designaba conceptos abstractos. Su dificultad consistía únicamente en su extrañeza: carecía de raíces arias y de toda relación con cualquier idioma terrestre conocido por Olivero. Por lo demás, era una lengua exclusivamente hablada. Ese pueblo nunca había concebido la idea de escribir y para él no existían alfabeto, ni cartas, ni libros de ninguna especie.

Como es natural, Olivero agotó los placeres de la primera terraza mucho más rápido que Siloën; por entonces había aprendido la lengua del Pueblo Verde. Ya desintoxicado de todos sus sentimientos terrestres, estaba ansioso por ascender a la terraza siguiente y continuar aprendiendo las costumbres de ese extraño país. Por consiguiente se despidió del grupo y subió las escaleras hacia la segunda terraza. Tanto él como Siloën se habían fundido en tan perfecta comunidad con el grupo que nunca se les habría ocurrido entregarse a una demostración de sus sentimientos en esa ocasión.

Olivero debió aguardar hasta dar con una cuadrilla (así podríamos llamar a los grupos, más pequeños, de la segunda terraza) en que la promoción de un miembro al nivel superior hubiera dejado una vacante. Porque en la segunda terraza predominaba una disciplina mucho más estricta y cada cuadrilla tenía asignada una tarea definida de la cual pasaba a otra, según determinada rotación. Olivero tuvo la fortuna de ubicarse casi inmediatamente en una cuadrilla de colectores de alimento.

Era una cuadrilla apropiada para un principiante, ya que el trabajo era el más sencillo de todos. Consistía en buscar en las cavernas y grutas los hongos y las pepitas de que vivían los habitantes, llenar los almacenes que había en cada terraza y llevar las raciones a los sabios que vivían retirados en las cavernas. De tal modo Olivero se familiarizó con el inmenso Dédalo

de cavernas y grutas que constituían ese mundo subterráneo. Nunca exploró los últimos confines, ya que las cuadrillas nunca se aventuraban más allá del tañido de las campanas, cuyo sonido los guiaba por todas las intrincadas cavidades.

Recogían los hongos en cestas construidas con los tallos que contenían las pepitas. Y al recolectar las pepitas no arrojaban las vainas ni los tallos, ya que éstos, una vez abiertos, no sólo servían para construir cestas, sino que además su fibra desmenuzada era la materia prima con que se fabricaban las túnicas transparentes que todos llevaban.

De los colectores de alimento, después de un tiempo indeterminado, Olivero pasó a los hiladores y tejedores. Los husos eran de cristal finamente labrado y pulido: varas delgadas, afiladas en los extremos, con una carga de obsidiana o calcedonia en el medio que servía para dar impulso y estabilidad a la rotación. Las fibras, separadas con una maza en el mortero de piedra y después retorcidas hasta formar hebras, se encajaban en una muesca abierta en un extremo del huso. Con el pulgar y los demás dedos de la mano derecha imprimían a la vara un movimiento giratorio del que las hebras salían convertidas en hilos uniformes. El tejido consistía sencillamente en entrelazar los hilos: la trama se formaba pasando a mano los hilos por un cañamazo de unas cien hebras fijadas en un marco vertical de piedra horadada. El resultado de esta operación era una tela de superficie irregular.

Algunas de las tareas en que Olivero trabajó no merecen describirse (obras de irrigación, saneamiento, pulimento de piedras, etcétera), pero dos de las ocupaciones más elevadas deben citarse. La primera era la manufactura de carillones y cristales. Quizá es innecesario añadir algo a lo que ya hemos dicho sobre los carillones. Eran de tamaño y materia muy diferentes, desde las finas agujas de cristal de roca hasta las gruesas columnas de origen estalactítico. El último tipo, desde luego, era más raro, debido al largo tiempo que su formación requería. Los péndulos, como podríamos llamarlos, una vez acabados pasaban a las manos de otra cuadrilla que los disponía en series musicales: a veces en escalas regulares para producir los cambios, a veces en series de notas que, al entrechocarse las varas, producían una melodía perceptible.

Pero el tipo más elevado de artesanos era el de los consagrados a pulir cristales. Para ello empleaban varias clases de roca -ópalo, calcedonia, fluorespato, limonita-, aunque el cristal de roca, en razón de su pureza, era el más apreciado. La ciencia que nosotros llamamos cristalografía -el estudio de las formas, propiedades y estructura de los cristales- era la más estimada de las ciencias en ese país subterráneo. Más aún, puede considerarse que era la ciencia misma, puesto que se basaba no sólo en todas las naciones de la estructura del universo, sino también en todas las nociones de la belleza, la verdad y el destino. Esas eran las cuestiones en que se concentraban los sabios de la última terraza y los que vivían retirados como eremitas en sus cavernas solitarias.

Es importante tener bien presente que el conocimiento de los cristales era esencial, ya que sobre él se había alzado, como una superestructura, todo un concepto de la belleza. Para decirlo con brevedad, el ideal era hacer cristales que, aun conservando la estructura propia de cada clase, se apartaran del orden estricto natural de modo muy sutil. El placer estético consistía en percibir el grado de transgresión entre la forma artificial y su prototipo natural, y la emoción estética más intensa la suscitaban los cristales que más transgredían, dentro de los límites de lo probable. Eran admitidos los seis sistemas de formación cristalina -el cúbico, el tetragonal, el ortofónico, el monoclínico, el triclínico y el hexagonal- y cada uno tenía sus devotos. Tales preferencias correspondían acaso a varias fases del arte en el mundo terrestre: en un extremo la fantasía barroca del sistema cúbico, en el otro la clásica simplicidad del sistema hexagonal.

Las cuadrillas cuya misión era pulir cristales empezaban su carrera con un largo estudio de los cristales naturales. Había grutas en que ejemplares perfectos facilitaban las consultas, pero ningún aprendiz se consideraba adiestrado hasta que había formado su propia colección de las series completas. Lo cual no era tan fácil como podría suponerse, ya que algunas de las clases eran muy raras y era preciso buscarlas en cuevas y grutas remotas, más allá de la zona de las guías musicales.

Cuando el aprendiz completaba su educación podía ensayar con algunas de las piedras menos preciosas. Cuanto más ensayaba, más advertía la dificultad de su tarea; pues salvo su propio instinto, no había ley que lo guiara fuera de los límites de las formas naturales. Pero una vez que llegaba a dominar ese instinto, ninguna alegría podía equipararse al descubrimiento de una forma cuya perfección era muy otra que la perfección natural.

Ya convencido de que era diestro en el pulimento de piedras opacas, el aprendiz podía aventurarse a emplear el puro cristal de roca. Aunque no había contralor sobre el suministro de esa roca preciosa, habría sido una blasfemia emplear tal materia para una labor torpe. Cuando el artesano creía haber logrado una forma perfecta, podía probar el resultado ofreciendo el cristal a un sabio solitario. Si el sabio aceptaba el don para contemplarlo, era porque juzgaba perfecta la obra. Cuando un artesano conseguía que aceptaran cinco de sus cristales, se le consideraba digno de convertirse en sabio y ascendía a la última terraza.

Muchos artesanos estaban sentenciados al fracaso, ya porque sus mentes eran demasiado débiles para comprender las leyes del mundo natural, ya porque, aun poseyendo el grado necesario de inteligencia, carecían del instinto que puede transgredir la ley natural en virtud de la belleza absoluta.

Cuando tales artesanos se confesaban a sí mismos su fracaso, eran invariablemente encargados de otra ocupación que no hemos mencionado aún: el cuidado de las cavernas funerarias.

Debemos explicar que el pueblo de este país tenía de la inmortalidad una noción diametralmente opuesta a la que prevalece en la tierra. Quizá porque en lugar de un cielo abierto e impalpable veían sobre sus cabezas la roca sólida, o bien porque creyeran que su universo era de extensión limitada y numerables sus habitantes o por cualquier otra causa, lo cierto es que los elementos orgánicos y vitales del cuerpo les parecían repulsivos y deplorables. Todo lo que fuera blando y gaseoso los llenaba de una especie de horror, y para ellos la respiración humana era sobre todo el síntoma de una maldición original que sólo después de la muerte podía extirparse. La muerte misma no era causa de espanto para ellos, pero nada los aterrorizaba tanto como la corrupción y la ruina: ambas significaban un retorno a lo blando, a lo gaseoso, al elemento que era de su debilidad y su desgracia. Su único deseo era volverse sólidos, tan sólidos y perdurables como las rocas que los rodeaban. Practicaban los ritos de la petrificación. Cuando el odiado hálito por fin abandonaba el cuerpo humano, llevaban ese cuerpo a cavernas especiales y allí lo hundían en canales llenos con el agua mineral que fluía por techos y paredes. Allí permanecían hasta que el cuerpo se volvía blanco y duro, hasta que los ojos se cristalizaban bajo los párpados vítreos, hasta que el pelo parecía hecho con la frágil materia de los caracoles y la barba se convertía en unos pocos carámbanos mellados. Pero este proceso era sólo un largo purgatorio, ya que una vez petrificado el cuerpo lo retiraban del agua para llevarlo como una estatua yacente a las salas de los muertos, cavernas en que los cuerpos alabastrinos se apilaban en apretadas filas aguardando su beatitud final: la cristalización. Cuando el cuerpo, que más que humano parecía un pilar de sal, adquiría la precisión matemática y la estructura perfecta del cristal, entonces consideraban que había llegado a la verdadera inmortalidad.

Esos prismas sólidos iban llenando lentamente las cavernas. Nadie sabía hasta dónde se extendían en la masa inmensa de la tierra; todo lo que sabían era que el espacio en que vivían era limitado, que un día llegaría en que los sobrevivientes de la raza habitarían la última gruta y sus restos se sumergirían en los canales, cumpliendo así el propósito de la viva: alcanzar la perfección eterna. Pues para este pueblo nada era más digno de Dios que ofrecer sus cuerpos a la tierra y confundirlos con ella. Sus partes más íntimas, decían, se regocijarían cuando sus cuerpos se confundieran con la tierra. Ese era todo su anhelo: la comunión con la armonía física del universo.

Como es de suponer, el cuidado de las grutas petrificadotas y de las salas funerarias ocupaba el tiempo de muchos hombres, pero tales deberes nunca fueron asignados a Olivero: fascinado por el trabajo de pulir cristales, llegó a ser tan discreto en él que en poco tiempo estuvo en condiciones de ascender a la etapa siguiente de la vida, más de acuerdo con su edad y experiencia. Se despidió, pues, de sus camaradas de trabajo y después de subir los escalones se sentó en la terraza más alta, sobre una roca.

Allí la gente caminaba en grupos de cinco o bien a solas. Los que andaban sin compañía habían abandonado un grupo para apercibirse a la perfecta soledad de una caverna. Pero a fin de hacer más gradual la transición a dicho estado, se les permitía circular mientras pudieran soportar la vista de seres humanos en esa última terraza, y como últimos compañeros tenían derecho a adoptar un animal doméstico. Los únicos seres vivientes de ese mundo subterráneo eran, aparte los pájaros ya mencionados, una especie de gusanos o culebras y unos inmensos escarabajos que tenían aproximadamente el tamaño de una tortuga. Por lo común, el sabio que gustaba de los escarabajos no adoptaba las culebras y viceversa; los caracteres respectivos de esos dos animales eran similares a los de nuestros perros y gatos. Las culebras que medían casi un metro, eran de color gris plata, con tenues destellos azules y fosforescentes en las escamas. Domesticadas (era muy raro encontrar alguna en estado salvaje) vivían siempre junto a sus amos, enroscadas en torno al cuello, la cabeza o el pecho y con la cola colgando a la espalda. Los escarabajos, por su parte, no se familiarizaban con la persona de sus amos y corrían a sus pies con la velocidad de las cucarachas. Sus élitros, color azul metálico, eran ligeramente estriados en dirección longitudinal. Corrían sobre tres pares de patas, cada una con tres articulaciones; las mandíbulas y antenas no eran muy evidentes. Las hembras (que por lo demás apenas se diferenciaban de los machos) emitían una luz incandescente por el extremo posterior del cuerpo. Vivían del estiércol y eran tan estimados por recolectores como por compañeros.

Pareció transcurrir un tiempo interminable antes de que Olivero viera aparecer un grupo de sólo cuatro hombres. Cuando estuvieron al habla se incorporó y preguntó si podía unírseles. Se inclinaron gravemente y no opusieran reparos. Olivero se ubicó así a la izquierda, ya que ése era el lugar del novicio. Cuando el guía del grupo, que ocupaba siempre el centro, se marchaba al retiro, el novicio podía pasar al extremo derecho, y sucesivamente al segundo lugar de la izquierda y al segundo de la derecha, hasta convertirse él mismo en guía.

El grupo a que Olivero había unido estaba discutiendo sobre la noción de Tiempo. No era ese problema que ocupara demasiado a los sabios, ya que en un país donde no había cuerpos celestes, ni sucesión de noches y días, ni variación de estaciones, el sentido del tiempo era muy rudimentario. A ese pueblo no se le había ocurrido siquiera medir el paso del tiempo, y carecían de inventos tales como el reloj y el calendario. Sin embargo, percibían algunos cambios. El fluir del agua en las grutas, la corriente de los arroyos, la decadencia del cuerpo humano y, sobre todo, el proceso de la petrificación eran fenómenos que exigían explicaciones. De una cosa todos parecían convencidos: el tiempo es de duración limitada. Señalaban la solidez e indestructibilidad de las rocas que los rodeaban y comparaban esa masa -que para ellos era un elemento más vasto que el espacio- con la insignificancia de las cosas mudables. Cuando el

último elemento vital hubiera adquirido la forma cristiana, entonces desaparecería el sentido del tiempo. El tiempo es cambio, decían; es el signo de nuestra naturaleza transitoria.

Olivero se había familiarizado en la tierra con la noción de que el tiempo es independiente de la experiencia: es una pura forma autónoma de todos los acontecimientos específicos. Pero este nuevo modo de razonar estaba fuera de su alcance. Se aventuró a sugerir que la cuestión debía encararse sobre una base más amplia que la de la existencia presente. Ignoramos, dijo, la extensión de la roca sólida a nuestro alrededor; otros mundos pueden existir en el interior de su masa y el propio universo sólido acaso flote en un vacío infinito. En ese universo más vasto quizá hubiera un incesante proceso de mutaciones, y el tiempo, por lo tanto, tal vez fuera real e infinito.

Pero esa noción de un sólido flotando en el espacio los movió a risa: contradecía la ley según la cual todo sólido cae a través del aire y se hunde en el agua. Admitían que otros mundos existieran en el universo; imposible negar que la aparición de Olivero era una prueba de ello. Pero la descripción que Olivero hizo de su mundo -un mundo de espacio sin límites- fue acogida como una loca fantasía. No era posible, sostenían, concebir un espacio que no estuviera limitado por sólidos en cualquier dirección.

Olivero comprendió que en sus discusiones le sería preciso moderar su sentido del conocimiento superior. Su experiencia no sería sino aceptada hasta cierto punto. Sus evidencias no tenían más valor que las de un hombre que despierta de un vívido sueño. El sueño era real, pero único. No pasó mucho tiempo sin que el propio Olivero empezara a dudar de la realidad de su pasado. Ansió dar con Siloën para confirmar sus recuerdos. Pero Siloën parecía separada para siempre de él; por lo demás, ella misma estaba firmemente convencida de que toda su experiencia terrestre era una pesadilla que la había visitado mientras yacía exhausta e inconsciente en las cavernas más allá de la música.

Cuando el guía del grupo advirtió la ignorancia de Olivero con respecto a los principios básicos del universo, pidió a los otros tres que le permitieran explicárselos brevemente. "La noción de donde procede toda nuestra sabiduría -empezó- es la del Orden opuesto al Desorden". Por Orden entendía no un concepto abstracto de naturaleza imprecisa, sino el espacio-sólido Masa que los rodeaba. El Desorden es el espacio-vació. Sólo el Orden existe. El Desorden no puede concebirse. De esta idea fundamental derivaban todos los dogmas acerca de la naturaleza del universo. El Orden no puede imaginarse con principio y fin. No puede ser creado del Desorden ni reducirse al Desorden, puesto que lo que no es Orden no existe. El Orden es continuo a través del universo y es de especie única. Es indivisible, ya que en todas partes es el mismo y nada existe que pueda dividirlo. Es inmóvil e inmutable, siempre idéntico a sí mismo. El mundo no tiene centro, pero todo centro dentro del mundo es un centro de Orden. El pensamiento mismo no es sino el Orden, puesto que es pensamiento del Orden. El pensamiento no es pensamiento sin el Orden: es desatino. Los sentidos son la causa de todo desorden, puesto que, confinados en el cuerpo, crean la ilusión del yo personal. La única percepción sensorial verdadera es la que nos muestra en todo un Orden inmutable; otras percepciones, como la múltiple variedad de las cosas, la creación, la destrucción y el cambio, tienden a crear un sentido del Desorden y son motivo de error.

Olivero, aun admitiendo la fuerza y perfección de tal filosofía, aventuró que los propios conceptos de Orden y Desorden podían tomarse como dos polos opuestos que, juntos, constituyen un conjunto armonioso. Y dicha polaridad puede ser el principio, mismo de un universo formado por masa y vacío, oscuridad y luz, atracción y repulsión, vida y muerte. Cuando expuso esa teoría -no sin dificultad, pues muchas de sus imágenes eran incomprensibles para ese pueblo que vivía en una luz eterna y no tenía noción de la oscuridad- volvieron a reírse de él y dijeron que suponer la necesidad del Desorden era la mayor de las herejías. El guía detuvo la lenta peregrinación del grupo y se volvió para señalar hacia abajo la

inmensa hondonada de la caverna. Una leve nube de vapor estaba suspendida, como siempre, sobre las aguas termales del manantial; las suaves corrientes de aire que circulaban por las cavernas la alzaron y la arrastraron. "Nuestra vida -dijo el guía- es como una nube que se alza de la tierra: flota en el aire hasta que choca contra la superficie más fría de la roca. Entonces se condensa y se convierte en el elemento más sólido del agua. El agua, a su vez, muda su forma solidificándose sobre la superficie de la roca. Todo se solidifica: esa es la ley del universo".

La expresión "ley del universo" designaba lo que más cerca estaba para esos sabios de nuestra concepción de Dios. Ignoraban el fuego, estaban exentos de estaciones inclementes, no los afligían el azote del trueno y el relámpago ni todos los horrores del mundo terrestre: por consiguiente, nunca se había desarrollado en ellos el instinto del miedo. El universo era para ellos pasivo, o activo sólo en virtud del gradual e inevitable establecimiento del orden sobre el caos. Pueblo único, sin división de fronteras ni lenguaje, no les era preciso invocar la ayuda sobrenatural. Ni el sacrificio ni la propiciación tenían lugar en sus vidas, puesto que nunca habían asignado a la ley del universo atributos personales o pasiones humanas. Semejante noción habría sido para ellos la blasfemia más infamante. Únicamente su concepto de la belleza les permitía ejercitar una voluntad arbitraria. Quizá no sea exacto no implica forzosamente la belleza en nuestro sentido. Sus bellas artes eran tan sólo la música y la construcción de cristales. La música, como ya hemos dicho, era un mero ejercicio matemático que consistía en establecer todas las permutaciones posibles con determinado número de notas: como tal, era más bien un ejercicio basado en el orden que lo que nosotros llamaríamos arte. La contemplación de los cristales, sin embargo, era de otra índole. No era una contemplación de todos los sistemas de cristalización (aunque esta era una de las ciencias), sino un placer sensorial fuera del orden natural. Cuando Olivero insistió en discutir este punto, el guía admitió que era el problema más arduo de la filosofía. La única belleza absoluta, la única belleza permanente e independiente de lo temporal era el orden del universo revelado en la estructura de los cristales naturales. Esa era una verdad por todos admitida. Pero desde el principio del mundo, los hombres se habían complacido creando formas que, sin ser imitaciones exactas de las formas encontradas en las rocas, estaban por ellas sugeridas. La explicación corriente de esa extravagancia era que mientras el espíritu se regocija con las formas naturales, los sentidos se complacen apartándose de dichas formas sin llegar, desde luego, al extremo de crear figuras desordenadas -lo cual habría sido una ocupación estéril-, pero sí lo suficiente para proporcionar el placer que acompaña el descubrimiento de un orden desconocido. Tales órdenes más allá de lo natural no existen realmente, pero al hombre le seduce imaginar que existen.

– ¿Y no era posible -preguntó Olivero- que la explicación opuesta fuera válida? ¿Qué los sentidos, al valorar las cosas, se regocijaran en la percepción del orden exacto de la naturaleza mientras el espíritu, afirmando su libertad, se regocijara con las formas creadas por el hombre?

Esa teoría, discutida durante muchas vueltas por la terraza (ese era el modo habitual de medir la duración de las controversias) fue declarada una paradoja temeraria que los llevó a examinar la naturaleza del espíritu y su relación con los sentidos. Durante dicho examen utilizaron muchos de los argumentos familiares al mundo terrestre. La verdad general de que el espíritu se alimenta por los sentidos y sólo resulta del proceso de la percepción sensorial quedó admitida. Pero así como las aguas informes que fluyen por las paredes de una gruta evolucionan hasta la forma perfecta de un cristal, las sucesivas percepciones de los sentidos forman gradualmente un órgano que tiene su propio sentido inherente del orden. Lo cual no resolvía el problema planteado por Olivero, ya que de tal modo se admitía que sin un sentido del orden no podía haber percepción del desorden.

Al fin coincidieron en juzgar las formas de los cristales artificiales como pertenecientes a un estado intermedio, equidistante del orden y el desorden. Si ello podía aceptarse como hipótesis razonable, era posible que algunos hombres, aproximándose al cristal por la vía sensorial, vieran en él un orden creado por los sentidos y hallaran placer porque esa experiencia

procurara la fusión de un poder humano capaz de reprimir el desorden; y por otro lado, también era factible que algunos hombres, aproximándose al cristal por la vía del espíritu, concibieran la distinción que existe entre el orden creado por el hombre y el desorden del universo, y se regocijaban con la naturaleza superior del orden al que toda carne deberá por fin conformarse.

Aclarada esta hipótesis y aceptada por todo el grupo, Olivero sugirió que quienes llegaban a los cristales por vías sensoriales eran los que los hacían, y quienes utilizaban las vías del espíritu eran los sabios que aceptaban los cristales para la contemplación.

Esa propuesta encontró el asentimiento general. Desde ese instante Olivero se ganó rápidamente la estimación del grupo. Creyó conveniente ocultar su conocimiento de otro mundo y toda su experiencia terrestre. Pero guardando para sí tal conocimiento y conservándolo como un secreto depósito de ensueños, adquirió sobre sus compañeros una gran ventaja para las discusiones. Todos se maravillaban ante su elocuencia y sabiduría, sin que Olivero advirtiera esfuerzos especiales de su parte. Pues aunque los pensamientos eran sutiles en ese país, la vida era simple, y cierta complejidad de experiencia es esencial a la elocuencia. Por lo demás, su curiosidad bastaba para dar continuos motivos a la discusión y el examen.

Ocupó una tras otra las posiciones del grupo hasta que por fin fue elegido guía. En esa condición podía permanecer con agrado hasta la muerte, ya que le resultaba muy agradable circular por la terraza en la atmósfera luminosa y serena de la caverna. Encontraban el alimento que necesitaban -infinitesimal con relación al mundo externo- en cestas depositadas a lo largo del sendero. El agua estaba en copas abiertas en la superficie de la roca. La temperatura era constante y, ahora que Olivero se había aclimatado, agradable. No se conocían enfermedades ni las menores irregularidades de la salud. Los años actuaban sobre el cuerpo vivo como la petrificación sobre el cuerpo muerto: como un proceso infinitamente lento. Y cuanto más cerca estaba el cuerpo de la muerte, más hermoso parecía el estado de perfección sólida y cristalina. Y cuando el tránsito era sereno. Durante sus incursiones por las grutas de los sabios retirados, los colectores de alimento encontraban en raras ocasiones un cuerpo sentado, rígido y silencioso: la mano no tocaba ya los cambios en los carillones. Con destreza, sin emoción, amortajaban el cuerpo del sabio posándole sobre el pecho su cristal favorito. Después llamaban a los encargados de las cavernas funerarias, que acudían para llevar el cuerpo al canal petrificador. Tan indiferente a la muerte era ese pueblo que si la procreación encontraba un grupo de jóvenes y doncellas jugando, o una cuadrilla de obreros o aun un grupo de sabios que discutían, ninguno interrumpía sus ocupaciones: la muerte no suscitaba más atención que la brisa que al pasar arrancaba sonidos a los carillones.

Llegó el momento en que Olivero sintió que debía pasar al estado solitario. Cuando estuvo del todo resuelto, anunció su propósito al grupo. Aceptaron su decisión sin reparos, porque no era la costumbre objetar la sabiduría de un guía. La única norma de la comunidad era que todo sabio, camino de la soledad, debía presentarse primero ante los cinco jueves, no porque su decisión pudiera encontrar obstáculos, sino para dar al juez principal la oportunidad de retirarse. Si la aprovechaba, el aspirante se ubicaba a la izquierda de los jueces resignándose a otro ciclo de promoción que acaso duraría mucho más. Pero el puesto de juez rara vez estaba vacante, ya que si bien no lo distinguían privilegios especiales y casi nunca se requerían sus funciones, la noción de autoridad tenía un atractivo especial que seducía a determinado tipo de sabios.

Nadie pensó en retener a Olivero, que abandonó la caverna de los jueces lleno de gozo. Ya había alcanzado la etapa final de la vida; en adelante sólo se ocuparía de la libertad de su propio espíritu. Habría prescindido de buena gana de los paseos con un animal doméstico: pero cuando lo propuso a los jueces, el principal le advirtió severamente que no omitiera un ritual que tenía tanta razón de ser. Pues la cuestión no era tan sólo apartarse lentamente de la comunidad con los hombres, sino además vivir durante un tiempo en compañía de un insecto o un reptil, seres incapaces de comunicar sus pensamientos. De tal modo el espíritu se preparaba al

proceso de comunicarse con las cosas inanimadas. En efecto, aunque los sabios buscaban la soledad, tenían clara conciencia de los riesgos de la introspección y por lo tanto se ejercitaban para dirigir sus pensamientos hacia un objeto que estuviera fuera de ellos mismos. Sin un objeto que contemplar, decían, los ojos se vuelven hacia dentro y el hombre enceguece. Ese objeto, de acuerdo con una convención inmemorial, era siempre un cristal.

Olivero partió, pues, en busca de un escarabajo, ya que prefería su forma precisa y dura a la sinuosa y taimada serpiente. Los sabios podían elegir entre los escarabajos jóvenes que esperaban amo en una gruta especial. Salvo el tamaño, poca diferencia había entre ellos, pero Olivero eligió uno que, a juzgar por el modo en que movía las mandíbulas, debía ser de carácter vivaz. Porque Olivero, a pesar de su aclimatación, era todavía más vigoroso y fornido que los demás habitantes y podía caminar más de prisa que lo corriente. Necesitaba, pues, un escarabajo que corriera rápidamente y sin cansarse.

Cifer, como llamó a su escarabajo, era un animal ideal. Si Olivero se detenía a descansar, Cifer se apartaba de la senda y desde un punto casi invisible miraba a su amo. Aunque moviera antenas y mandíbulas como jugando, sus ojos, negras cuentas de vidrio, no se desviaban, y en cuanto Olivero se ponía de pie volvía rápidamente al sendero, dispuesto a correr tras los talones de su amo. Tan constante devoción conmovía a Olivero, y aunque no sentía la tentación de prodigarle una simpatía humana le resultaba agradable hablar con esa criatura vivaz pero muda, paciente pero siempre ansiosa de avanzar, sin mostrar nunca indicios de cansancio, fastidio o aversión.

Imposible decir cuánto permaneció Olivero en esa etapa; lo cierto es que la encontró más placentera y, por consiguiente, más necesaria que lo previsto. Pero al fin se acostumbró tanto a formular sus pensamientos a Cifer que se consideró ya apto para el mundo inanimado y no demoró su retiro a la caverna. Llevó a Cifer a un último paseo y lo dejó al cuidado de ciertos obreros que se encargaban de los animales despedidos. Estos no pasaban a otros amos; vivían con hembras en cavernas especiales, donde propagaban su especie.

La manera de buscar una gruta para el retiro final era ésta: el sabio deambulaba pausadamente por la terraza superior. Al pasar frente a las grutas -unas sesenta- que daban a la caverna central, escuchaba la música característica de cada una. Después de atravesar de ese modo la terraza volvía a cruzarla hasta que podía retener en la mente cada melodía y elegir entre todas la que más le gustara. Entraba entonces en la gruta así elegida y cada vez que llegaba a una encrucijada volvía a elegir de acuerdo con su oído. Mientras avanzaba, examinaba las grutas que se abrían a su paso. En cualquier momento de su marcha podía elegir una vacía. Pero lo corriente era que las mejores grutas inmediatas a la caverna central estuvieran ya ocupadas y a menos que el aspirante diera con alguna vacante por la muerte de un sabio, debía recorrer una distancia considerable. Si la busca lo llevaba hasta un sitio donde cesaba la música, tenía que esperar allí la llegada de los colectores de alimento y seguir andando a su lado. Hecho por fin la elección, los colectores de alimento regresaban e indicaban el lugar a los fabricantes de campanas, quienes preparaban carillones en el tono preferido por el sabio y que después servirían de guía a los futuros colectores de alimento.

Después de cruzar dos veces la terraza, Olivero eligió una caverna cuyas campanas producían una melodía al estilo lidio. Permaneció largo rato frente a la entrada de esa caverna, escuchando las dulces notas de esa caverna, escuchando las dulces notas llevadas por la brisa que corría suavemente por el pasaje. Como casi todas las melodías, sólo constaba de siete notas, pero tan delicadamente ordenadas, tan sutilmente moduladas que sus tonos e intervalos producían la más sublime sensación de belleza intelectual. No había duda posible, pero Olivero se demoró en ese intenso placer que nos posee cuando prolongamos el último instante de la indecisión, seguros ya de la alegría que nos aguarda, pero ansiosos de observarla antes de

hacerla definitivamente nuestra. Porque cuando un placer semejante se hace habitual, pierde en agudeza lo que gana en acumulación y profundidad.

En ese momento Olivero se preguntó qué clase de ser había inventado la melodía. Pero saberlo era imposible, ya que mucho tiempo antes otros sabios habían compuesto melodías suficientes para todas las cavernas, veneradas como un legado intelectual. Era posible, desde luego, que sabios contemporáneos pudieran componer melodías igualmente hermosas, pero nadie asignaba ningún valor al cambio por sí mismo. Ese pueblo pensaba que cuando una cosa es hermosa lo es para siempre, y sólo en caso de necesidad se creaba una obra de arte.

Cuando se hubo deleitado con esa especie de anticipación sensorial, Olivero comenzó su último viaje. Durante un buen trecho, extasiado por la música, no se le ocurrió mirar las grutas frente a las cuales pasaba. Cuando al fin recordó su misión y encontró la primera gruta vacante, había llegado muy lejos. Quizá hubiera estado ocupada previamente, puesto que el asiento y la mesa de piedra estaban ya preparados. Era una gruta de tamaño mediano, cónica y de base ovalada. Las paredes eran rocas básicas más oscuras que las conocidas hasta entonces por Olivero: una obsidiana luminosa de perfecta formación cristalina. No se veían estalactitas ni el menor indicio de humedad; la entrada, alta y amplia, permitía la ventilación necesaria.

Olivero permaneció durante largo tiempo inmóvil y concentrado frente a la entrada. La gruta se abría ante él haciéndose real en todas direcciones. Antes de resolverse a morar por el resto de su vida en ese lugar, Olivero quiso examinar sus confines, cerciorarse de que su forma habría de gustarle siempre. Le pareció encantadora: las paredes se abovedaban suavemente hasta la alta cúpula, redonda y profunda, luminosa y azulada, semejante al hueco de un hueso recién abierto. Mirar hacia arriba era como mirar el iris de un inmenso ojo iluminado.

Olivero avanzó hacia el banco de piedra y se sentó vuelto hacia la entrada. El resplandor de la roca hacía casi invisible la abertura. Esa era, sin embargo, la dirección desde donde provenía el tañido de las campanas.

Y así aguardó en esa atmósfera intemporal, inmóvil, sin mudar de postura. Al principio su cuerpo sintió el esfuerzo; la absoluta inactividad, la presión de la dura roca. Pero el espíritu persuadió al cuerpo y lo hizo resistir hasta la satisfacción final.

Los colectores de alimento lo encontraron por fin y le llevaron provisiones de alimento y agua. Un día le dejaron un carillón de nueve campanas y una vara para golpearla. Estaba exquisitamente entonado y Olivero sintió gran placer produciendo los cambios. Tocar un repique entero llevaba catorce días, según las medidas de tiempo terrestres. Pero Olivero había perdido ya toda consciencia del tiempo terrestre y estimaba cada cosa según su duración inherente.

De cuando en cuando lo visitaban talladores de piedras que le ofrecían cristales. Pero el cristal que él deseaba debía reflejar en sus proporciones la melodía de la música que entraba en la gruta. O sea que debía consistir en siete planos asimétricos, pero cuyos ejes se reunieran en un solo punto. Aunque aceptaba otros cristales que le gustaban por su belleza natural y absoluta, reservaba el puesto de honor, en medio de su mesa, para el cristal que tuviera la peculiar armonía que lo había conducido a ese lugar. Si los talladores lograron al fin un cristal con tales propiedades fue sólo porque advirtieron cuáles eran las preferencias de Olivero. Resultó elegido un cristal grande, de unos veinticinco centímetros de alto; la luz entraba en sus pulidas caras y producía al salir una serie de vívidos colores que variaban del oro pálido al verde acerado.

Olivero tenía ya todo lo que necesitaba para la vida de contemplación y para disponer su cuerpo a la perfección de la muerte. Cuando se entregaba al éxtasis de las proporciones objetivas, los cristales y las campanas, encontraba el mayor de los placeres anticipándose a la objetividad de la muerte. Se adelantaba hasta el momento en que el cuerpo se desprende del espíritu y el

espíritu del cuerpo, y en que el cuerpo existe por sí solo. Había adquirido esa sabiduría definitiva que ve en el espíritu una perturbación del cuerpo. El espíritu es lo que incita a los sentidos a buscar satisfacciones espirituales. Pero las únicas satisfacciones son las físicas, concretas e inmutables. El cuerpo sólo conoce el verdadero placer cuando concentra en sí mismo las fluctuantes antenas de la vista y el oído, cuando nada perteneciente al mundo externo altera su perfección interior, cuando pierde toda sensación y deseo, y no aspira más que al ser fijo y armonioso. Lo absoluto -la belleza absoluta y el bien absoluto, la esencia o la índole verdadera de cada cosa- no puede aprehenderse por medio de los volubles sentidos: el cuerpo mismo es el que lo alcanza cuando arroja de sí el gusano que lo ha devorado y colmado de ansias y deseos, para asumir un estado de pureza cristalina. El conocimiento puro no es un proceso de la percepción, sino un estado final de la existencia. Nada sino la materia puede existir en última instancia; nada sino la materia puede existir eternamente en la forma armoniosa. ¿Qué es el caos, sino la materia perturbada por fuerzas inmateriales?

Esas consideraciones llevaron a Olivero a reflexionar de este modo: "¿No he encontrado acaso una vía de acción que me permite deducir que mientras vivimos y el espíritu infesta el cuerpo, nuestros deseos nunca se satisfacen? Pues el espíritu es para nosotros fuente de infinitas perturbaciones debido a su codicia de poder; y es además responsable de enfermedades que estorban nuestra búsqueda de la verdadera existencia: nos llena de amores, y de codicias, y de temores, y de fantasías de toda clase, y de orgullo. A veces consigue apartarnos hasta de la capacidad de acción. Y cuando nos impulsa a la acción, suele ser a una acción destructora para el cuerpo. ¿De dónde provienen las guerras y rebeliones? ¿De dónde, sino del espíritu y de las codicias del espíritu? Las guerras resultan del ansia de poder, y el poder que satisface las exigencias del orgullo espiritual sólo se adquiere por la fuerza. A causa de todas esas excitaciones y alteraciones no tenemos tiempo mientras vivimos para consagrarnos a la filosofía. Aun cuando encontramos un momento de solaz y nos consagramos a alguna especulación, el espíritu todavía nos urge, introduciendo la confusión y el desorden en nuestras indagaciones y ofuscándonos a tal punto que nos impide discernir la verdad. La experiencia me ha probado que si aspiramos al conocimiento puro de cada cosa debemos despojarnos del espíritu: el cuerpo ha de lograr en sí mismo un estado de armonía y perfección. Entonces alcanzamos la belleza absoluta que deseamos y pretendemos amar: mientras vivimos, y no después de la muerte. Porque sólo entonces, y no antes, el cuerpo se apartará del espíritu y existirá por sí solo. En este vida presente nos acercamos más a la perfección cuando menos contacto o comunicación tenemos con el espíritu y, lejos de saciarnos con la naturaleza espiritual, nos mantenemos puros hasta la hora en que Dios resuelva aliviarnos. Desembarazados así de las fluctuaciones del espíritu, seremos puros y llegaremos a formar parte de la armonía universal y conoceremos en nosotros la ley del universo físico, que no es otra que la ley de la verdad. Cuando mi cuerpo alcance esa armonía final, entonces sabré que habré llegado al fin de mi viaje para alcanzar aquello que era el objeto de mi vida. Todo lo que es brumoso y fluido, todo lo que es muelle y transitorio cae, se precipita, vuelve al caos o a la materia informe. Pero del mismo caos habrá de surgir lentamente todo lo que es sólido y finito, todo lo que es duro y eterno, todo lo que es fijo y armonioso. Esta armonía existe antes y después de la vida; en mundos aún no formados y en mundos ya muertos, fríos y extinguidos. Tal armonía es la armonía del universo, y también la armonía del cristal; mi único deseo es llegar a formar parte de esa armonía, obedeciendo en mi estructura sus leyes y proporciones inmutables".

Cuando la muerte llegó a Olivero, sintió con peculiar alegría cómo iban abandonando sus miembros el correr de la sangre y las causas de dolor que durante tanto tiempo lo habían poseído. Murió lentamente, observando con serenidad la creciente palidez, la rigidez marmórea que se adueñaba de la blanda carne y aprisionaba articulaciones y ventrículos. Los latidos de su corazón eran como los estertores de la llama en una lámpara sin combustible.

Los encargados de las cavernas funerarias que llevaron su cuerpo al canal petrificador encontraron en su marcha otra procesión. Venía de las cavernas en que vivían las matronas. Llevaban el cuerpo de Siloën, muerta al mismo tiempo que Olivero. Ambos cuerpos yacieron uno junto al otro en el mismo canal y esos dos seres que en la vida habían permanecido separados se unieron en la muerte y formaron parte de la misma armonía cristalina. Las trenzas de Siloën, que flotaban en el líquido donde estaban sumergidos, se esparcieron sobre el pecho de Olivero como regueros de piedra y se mezclaron inextricablemente en el laberinto coralino de su barba.

FIN